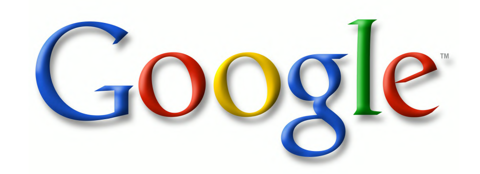
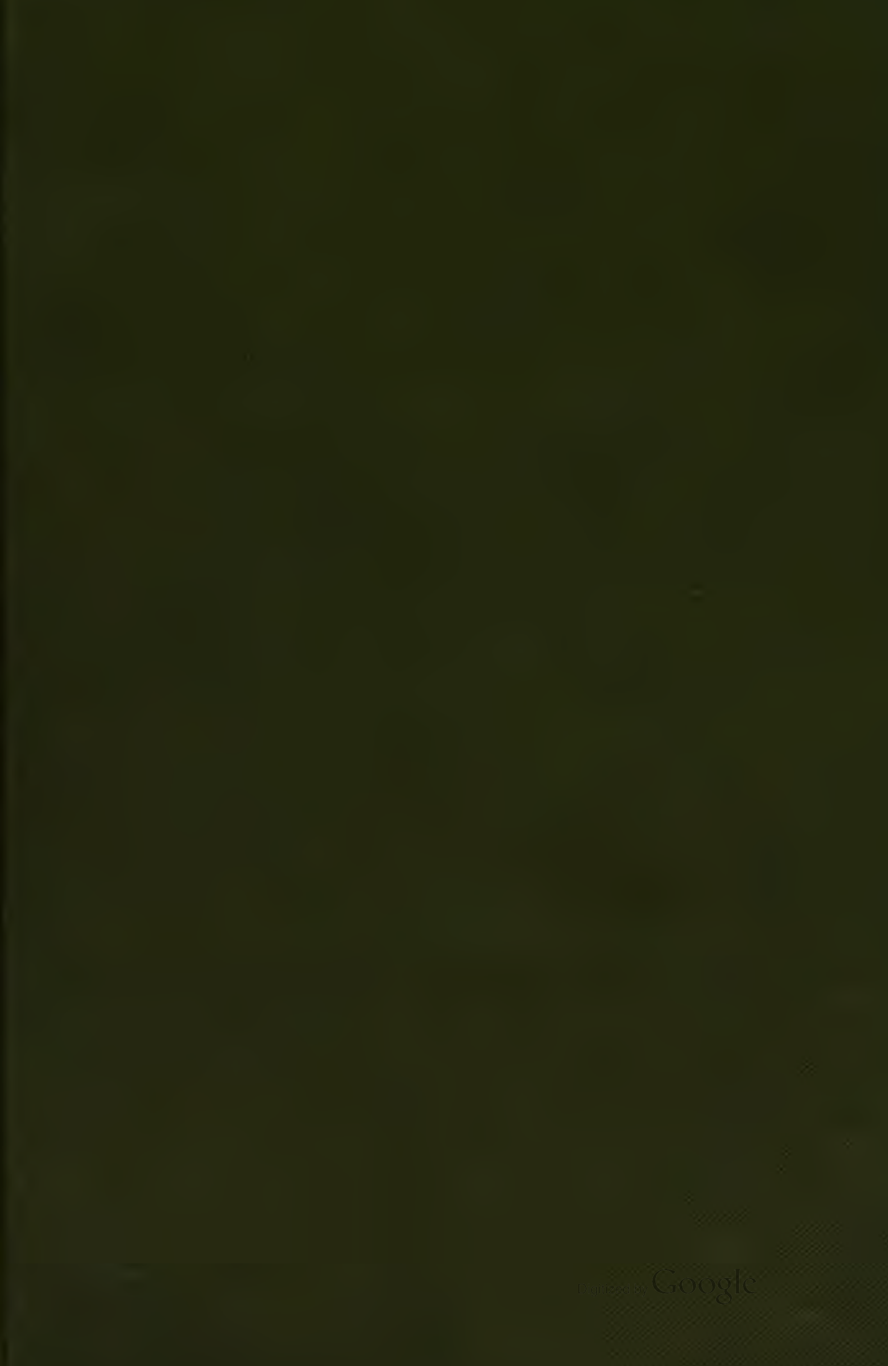
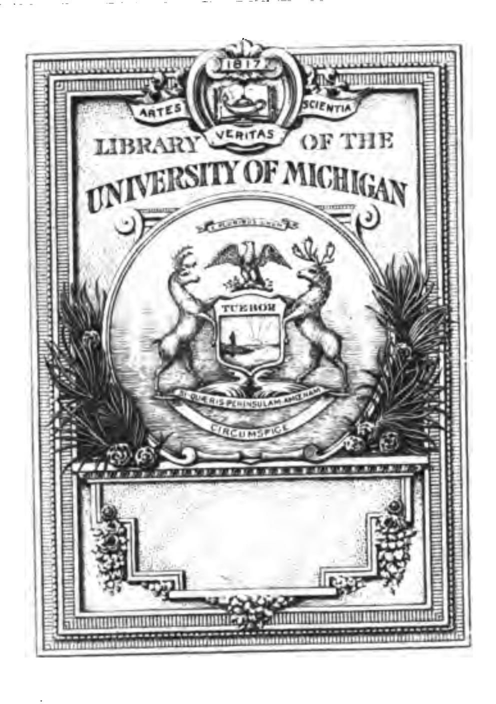
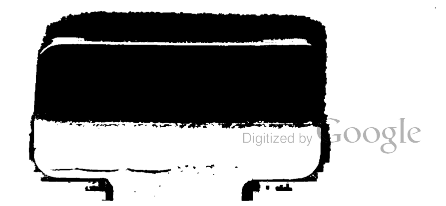







1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





GOMEZ DE LA SERNA

EL INCONGRUENTE



LOS HUMORISTAS

CALPE

P. G.

EL INCONGRUENTE

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

EL INCONGRUENTE

NOVELA GRANDE

LOS HUMORISTAS

CALPE

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

EL INCONGRUENTE

I

Niñez y adolescencia.

Gustavo *el Incongruente* nació inesperadamente a los seis meses de embarazo de su madre, suspendiendo durante cinco minutos la ópera *Los hugonotes*, pues nació en pleno palco del teatro de la Opera.

Gustavo tuvo durante la niñez rasgos fantásticos. Intervino en su bautizo, protestando de que no le preguntase el cura, como en las barberías, «si fría o caliente»; los dientes le salieron de la noche a la mañana, y un día recobró la palabra como un mudo, para decir que su doncella dejaba que se bebiese su biberón el soldado que la festejaba.

En el colegio de párvulos tropezó en la sala de Física con el resorte de la electricidad y tuvieron que llamar a los bomberos y a los peritos electricistas para poder contener el estrago, aquella terrible trepidación de la casa como una potente fábrica.

Su padre estaba asombrado con aquel niño que a los cuatro años le dijo:

—Mira, necesito un bastón.

Una de las cosas que tenía costumbre de inventar de pequeño es que él era Periquito...

—¿Quién ha hecho esto, niño?—le decían, y él contestaba:

—Ha sido Periquito.

Muchas veces le regañaron por aquella doblez; pero él confesaba, sin que le hiciesen dar su brazo a torcer, que había sido Periquito el que había roto tal cosa o se había comido tal otra.

El recordaba que cuando se puso a meditar, buscando en su fondo aquel Periquito, lo había encontrado agachado en su corazón. Era un verdadero niño, distinto a él, del que hubiera podido hacer el retrato cabal.

Una vez, pasando por una fotografía, hubiera podido asegurar que un niño ampliado y metido en un marco redondo y muy sobresaliente era Periquito.

«Esta no es una cosa que a mí se me haya ocurrido—pensaba Gustavo con berrinche de niño—. Periquito existe... Y, sobre todo, cuando estoy al balcón, en esos largos ratos que me paso al balcón, tieso como un huso, está conmigo... Yo en una esquina y él en la otra.»

Toda su niñez estuvo influída por Periquito, que mientras él estaba enfermo jugaba fuera de casa, se divertía en las otras habitaciones y le veía por un espejo revolver la caja de conchas.

Reloj, un magnífico reloj cronométrico, lo tuvo desde los cinco años.

Varias veces volvía del colegio con carteras llenas de billetes, con se encontraba por casualidad.

Se encontró un niño envuelto en periódicos, que había sido abandonado con disimulo en la vía pública, y en una ocasión apagó la mecha de una bomba que si hubiese estallado habría matado a más de mil personas.

Cursando los primeros cursos de la segunda enseñanza tuvo una acalorada discusión con el profesor de Psicología, Lógica y Etica porque le dijo de buenas a primeras:

—Mire usted... No se empeñe... Yo no creo en esas cosas.

Era Gustavo, por todos estos antecedentes, un caso agravado del mal del siglo, de la incongruencia. El había desmentido de tal modo todas las cosas, y suponía de tal modo que las unas podían ser igual que las otras, que se le había descompuesto el destino y, en relación con él, todo desvariaba.

Por decirlo así, era un disolvente de todas las leyes de la vida, que se rompían, se enredaban, se quedaban aisladas y desanudadas cuando él se interponía entre ellas.

Hijo ya de un padre al que habían alcanzado las primeras nociones de incongruencia del mundo, se habían acrecentado en él, pues aunque es cierto que todo está hecho a base de incongruencias y esa debe ser la mueca con que se debe mirar la vida, se corre el peligro, desligándolo todo demasiado, de que sus pocos deberes se corrompan y se debiliten.

Todo lo que estaba en el mundo como un cabo suelto de rota continuidad; todo lo que andaba buscando un heredero, un compañero, un continuador, una aproximación, como la trompa del destino, como los sutiles tentáculos de esos animales gelatinosos y transparentes que se mueven constantemente buscando al incongruente que por allí pase; todo eso tanteaba en el aire, buscándole a él, y por eso se le ceñía tanto cuando creía haberle encontrado.

Parecía un chico que les había salido cojo. Su padre se le quedaba mirando muchas veces, buscando en él la anormalidad; pero no la encontraba. Encontraba un chico como iluminado por dentro, como lleno de una luz de malicia que le hacía simpático.

Era en el destino donde tenía el mal su Gustavo, y menos mal que nunca eran graves las consecuencias de la incongruencia. La incongruencia que le perseguía a su Gustavo era más bien bromística, aunque a veces tuviese caracteres trágicos. Los caracteres trágicos eran como una amenaza más que nada.

El veía al joven con una valentía bien probada, acostumbrado ya a las cosas que había visto y esperando las nuevas.

Cuando tardaba en volver del colegio, su madre se inquietaba y su padre decía ya con una resignación espartana:

—Es que es así él... ¡Cuándo te convencerás de que no tiene más remedio que ser así!... Apártale la comida.

Gustavo aparecía a cenar a las doce de la noche, con su cabás al brazo. Se había perdido no sabía dónde, y un profesor desconocido para él le había metido en una escuela iluminada con velas, donde le hizo pintar con tiza en el encerado quién sabe cuántas operaciones, resultando los números, como las calaveras de los números, una danza de esqueletos inútil.

Su padre estaba muy escamado con él, y sospechaba de todos sus movimientos. Por eso, cuando acabó el bachillerato fué a ver su expediente y encontró que todos sus aprobados habían sido suspensos primero, aunque los había cobrado como *sobresalientes*. Sólo había una asignatura, quizá la más difícil de todas, en que había sacado matrícula de honor, porque tuvo la osadía de pedir examen de comparación con el profesor.

En todos los momentos se definía el incongruente, y tan pronto le salía la única lección que no había repasado como la que mejor se sabía.

Como las aventuras de un niño carecen de la seriedad emocionante que tienen cuando son las de un hombre, paso de prisa esta primera época de su vida, aunque podría descubrir los encuentros extraños con hombres que le cogían de la mano y le llevaban por la ciudad *como si fuesen su papá*, y otras cosas por el estilo.

Entre los episodios de su incongruencia infantil se

contaba el que le sucedió con su tío, queriéndole devolver, una vez que fueron a la tribuna del Congreso, la chapa que su tío le dejaba porque tenía que irse.

—No..., no—decía Gustavo, obcecado e incongruente, como si lo que le ofreciese el otro fuese dinero que él no quería tomar.

—No... No...

Después estudió abogacía, por estudiar algo, por si acaso, y le sucedieron muchas cosas incongruentes, aunque aun dotadas de esa trivialidad que tienen todas las cosas de la adolescencia. La incongruencia no tenía aún esa madurez y esa gravedad que había de tener después. Por eso hay que pasar por alto toda esa primera época.

Su discurso del doctorado fué una de las cosas curiosas de esa época, pues el tema, que asustó a los jurisconsultos, fué: «El derecho que tiene todo el mundo a hacer lo que le da la gana.»

Le rondaban ya por entonces las cosas serias que le habían de abrumar después, y entró en una ocasión en la casa de pasillo interminable y soportó el ofrecimiento que de sus niños le hizo aquella mamá.

Gustavo, cada vez más dentro de su incongruencia, aceptaba ya las cosas sospechosas que le ocurrían; y cuando por la chapa número 48 le dieron un gabán de pieles, lo aceptó, y todos encontraron que le estaba a la medida.

Lo que le pasaba mucho al *Incongruente* es que cuando cogía un tenedor del cajón de los cubiertos se le convertía en cuchara, y viceversa.

No era cosa de magia. Era cosa de la incongruencia. Lo que está más preparado para la incongruencia, lo que la acepta más, es eso: que uno crea haber cogido un tenedor y resulte una cuchara, o viceversa.

El Incongruente sonreía cuando veía aquella sencilla pega material. De tal modo era incongruente, que no se curaba sino por los contrarios. Si el médico

le recomendaba una medicina debía de estudiar en casa del boticario cuál era la contraria.

—Tome usted morfina—le decía el doctor, y él tomaba cafeína.

Una vez fué a ver a un especialista del estómago para que le observase una cosa en la garganta.

—¿Pero no ha leído usted en mi balcón: «Especialista del estómago» en letras bien grandes?

—Sí, señor, y por eso he venido, porque un especialista de mi mal me lo agravaría... Usted sólo puede aliviármelo.

Había intentado tener almanaque; pero no le servía de nada, y, por el contrario, le equivocaba.

Para saber la fecha, su mejor sistema era mandar comprar el periódico del día. Generalmente vivía los miércoles en los sábados, y los domingos le sorprendían siempre con sus tiendas cerradas, necesitando alguna cosa.

Hacía mucho tiempo que deseaba un jueves, darse cuenta de que era jueves; poder ir a un sitio en que tenía que ser jueves para que le recibiesen, y no coincidía con un jueves nunca.

Optó por preguntar a los transeuntes durante unos días «si era jueves», y como les vió mirarle como a un loco, no volvió a preguntarlo.

Una vez fué a despedir a su padre, y en vez de ir a la estación del Norte, que es por donde se iba, se fué a la del Mediodía, y no pudo despedirle.

Gustavo veía ya la vida con tranquilidad, pues se hallaba conforme con su destino. ¡Qué lo iba a hacer!

Aceptaba el bastón que no era suyo, y sabía leer las cartas amorosas de mujeres a las que no había visto jamás.

En los días de Pascua recibía todos los regalos que le enviaban gentes que se habían olvidado de enviar su tarjeta con el envío.

Gustavo era, además, muy sutil en sus adivinacio-

nes, y, por ejemplo, sabía y sonreía a los que llevaban la punta del dedo gordo fuera del calcetín porque la uña había roto el punto.

Gustavo sonreía a solas mirando con compasión al que llevaba roto y enmitonado el calcetín.

El del dedo del pie fuera del calcetín, como llevaba eso muy oculto, lucía un gran aire de impunidad y exageraba su tipo honorable y su orgullo de hombre que va con los calcetines sin romper.

Todo anunciaba ya en esa primera época de su vida lo que iba a ser la segunda; iba a los museos el día de su limpieza, cuando estaban cerrados, y ante algunos escaparates le sucedió que estando fisgándoles se derrumbó la luna en un fracaso espantoso de cristales.

Ni de la novela de esta misma época ni de la de después se pueden seguir con cierta cronología las peripecias. Tiene que ser una incongruencia la misma historia de su vida y la de la elección de capítulos.

Además, es que no se podrían contar todas las incongruencias de su vida. No; yo sólo intento escalonar unas cuantas, y que se le vea vivir y producirse, y se imagine el lector todo lo que pudo pasar en los otros días que no se reseñan.

Baste decir, para darse idea de este ser incongruente, que cada día le trajo una nueva incongruencia y que se vió mezclado a todos los enredos imaginables.

II

Batiborrillo de incongruencias.

En su mesa tenía una campanilla de plata como principal atributo, la campanilla para «llamar al orden al silencio», como él decía.

* * *

Se fué a casar a los diez y ocho años; pero no se casó porque en el descorchen del *champagne* mató a su suegro con el corcho de una botella y la novia se negó a dormir ni una sola noche con el asesino de su padre.

* * *

Se encontraba y corría constantemente sus juergas con señoritas del verano perdidas en el invierno, y en el verano, por el contrario, con señoritas del invierno perdidas en el verano.

* * *

Cuando iba de espectador a los circos le pasaban cosas incongruentes, como que le caía un foco en la cabeza, un clown le daba un terrible empujón, y los trapecistas le caían montados sobre sus hombros, dejándole la cabeza entre las piernas.

* * *

Una de las cosas que aseguraba haber visto, y que contaba con la mayor sencillez, era a un gato que una noche se quitó la piel como quien se saca un abrigo muy ajustado, y se puso después a repasarlo.

«La figura del gato desollado, revestido sólo de los cartílagos y los tendones, como esas pelotas que botan tan bien y que se hacen con verdadera goma recortada, en las droguerías o en las boticas, no se me olvidarán nunca—contaba él—, y más que nada el gesto que hizo cuando se puso de nuevo el gabán.

* * *

No temía a la muerte. Tenía muy especiales ideas sobre ella.

Creía en la fatalidad; pero una fatalidad especial, regulada por clases distintas de incongruencia.

—Para proponer sus finales a plazo fijo—decía él— y que no sean monótonos, ni demasiado precisas las fechas, inventa combinaciones como que la muerte suceda al tomar la diez mil copa de vino, o al tomar el tranvía la diez y ocho mil cuatrocientas treinta y cinco veces... Es una especie de complicado tresillo el que juega con nosotros la vida... Lo decisivo sería adivinar la combinación a que estamos sometidos.

* * *

Su teléfono era el verdadero teléfono de la incongruencia, y le ligaban con conventos, funerarias y numerosa e insistentemente con casa del verdugo; pero lo que era más interesante en su teléfono eran los cruces, el cruce del rey con la condesa en pleno coloquio de amor y el cruce del jefe de policía poniéndose en connivencia con los ladrones para no coincidir en los mismos sitios, para distribuir bien a la guardia sin estorbarles en su trabajo.

El Incongruente pensaba: «Toda la vida es tan incongruente como mi vida, sino que los demás no quieren verlo ni dejar que así sea. ¿Habrá algo más ligero que la incongruencia y que aleje más la idea de esa responsabilidad que ellos se han inventado?

Para mí, la muerte será una incongruencia más, y, por lo tanto, carecerá de esa importancia que otros la dan. Yo no he ligado mi vida a nada. Yo no tengo lógica, y, por lo tanto, se desatan todas esas cosas apretadas y muy ligadas que tienen los otros, las cosas que les obligan, les conducen, les llenan de dolor... Yo, en la incongruencia, siempre estoy alegre.»

* * *

Estando una vez en casa de una novia llegó tal luz a la habitación, se excitó tanto la luz eléctrica, se hinchó de tal modo, que todo se veló en la habitación menos él.

* * *

Aunque tenía miedo a los guardarropas, porque los gabanes se pegan y se hacen jugarretas en el fondo de los vestuarios, contagiándose de la tuberculosis unos a otros, tenía que dejar a veces su gabán en ellos, y siempre aparecía en sus bolsillos una cartera que no era la suya, unos guantes nuevos, y alguna vez alguna cita que aprovechó... Gustavo sostenía que es que alguna vez los números de las chapas son números premiados en misteriosos sorteos.

* * *

Gustavo había hallado un día perdido, ese día que se puede perder, pero que deja siempre un gran vacío en la vida... Lo había encontrado cierto día al levan-

tar el fanal de un reloj, sin cuerda hacía tiempo... Se vió en el espejo del reloj más joven, y vió en el balcón que se reflejaba en él la mujer de aquella tarde lejana y árboles de primavera en vez de los de invierno.

* * *

Una temporada se dedicó a persuadir las cosas.

«En las cosas—pensaba él—hay un margen de persuasión... Nosotros las excedemos; pero somos tan cosas como ellas, y tenemos persuasión por lo mismo que ellas la pueden tener.»

La decisión de persuadir las cosas se le ocurrió viendo uno de esos retratos que sonríen al mover de un modo leve el fondo de la fotografía. Estaba maravillado del efecto de aquella sonrisa, y quería ejemplarizar a los cuadros inmóviles enseñándosela.

«Todo es tan lerdo como es por defecto de la Pedagogía... Así los retratos están tan parados porque no se les ha sabido enseñar a ser expresivos... Gracias a este retrato que les enseño y que les tiene que asombrar entrarán en una nueva era de civilización expresiva.»

Seguía moviendo el retrato frente a los cuadros hasta que los enseñó a sonreír a todos.

* * *

—Y todo puede ser más incongruente de lo que es—se repetía él como gran axioma de su vida.

—Y todo puede ser más incongruente de lo que es—se repetía él como frase bicarbonatada con que corregir todas las acideces de su estómago.

—Y todo puede ser más incongruente de lo que es...

Y después de tanto repetírselo metía la cabeza de

nuevo en la incongruencia de la vida y en vez de las cinco veía que eran las diez y media.

* * *

En un libro *Mayor* enorme, con cantoneras de vaca, escribía pensamientos incongruentes, como éstos que para muestra van a continuación:

Se hacen acoples vivaces de los tic-tac de los relojes. A veces dos tic-tac se persiguen y se unen como moscas en el vuelo.

—

Al salir de casa en la noche de luna y niebla alta, dije: «Me voy a la playa de la luna», y me paseé por las calles como el que se pasea por las playas.

—

Hay árboles histéricos, de sistema nervioso muy engarabitado... Se les nota sobre todo en otoño, cuando su sistema nervioso se queda al descubierto.

—

Los árboles van dejando caer sus hojas, arrugadas y tiradas como misivas... Debían echarlas al cesto de los papeles... El día en que esté civilizada la arboleda, así lo hará.

—

En la noche, las mangas de riego dirigidas al fondo de las alcantarillas riegan incesantemente las raíces de la ciudad.

—

En el fondo de los espejos caen heladas terribles. Así decimos: «Hoy es día de helada en el espejo», u «Hoy es

día de niebla en el espejo»... Yo hasta pondría un cartel que anunciase los peligros de cada día en los espejos... Ha habido hasta mucha gente que se ha ahogado en un espejo... Merece hasta un anuncio en el Diario de la Marina.

—

*En los libros, las páginas impares—*1, 5, 7*—son mejores que las páginas pares. Las páginas pares hasta se las podía suprimir si se quisiera. Son también incómodas de leer.*

—

La huevera está en entredicho. Ya apenas se usa. Quizá comenzó su decadencia, su desuso, esa especie de manía que se la tiene, desde que se comenzó a usar para lavar los ojos.

—

De aquel pintor que pintaba en el desierto huyeron los salvajes porque se creyeron que estaba armado en regla, que la paleta era su rodela, los pinceles sus flechas y el largo tiento su arco.

—

Las gambas son exquisitos microbios de gran tamaño, que se comen los hombres como quien se inocula una enfermedad de capricho.

—

Hay vasos de un cristal sulfuroso que llena de burbujas el agua, convirtiéndola en agua mineral de lujo.

—

Los faroles de dos mecheros lucen la alegría que les comunica el estar juntos. Son como mellizos que se hacen feliz compañía.

Algún día se inventará la explotación de los ciudadanos para el anuncio, y sin que ellos lo noten se inscribirá en las espaldas de todos el anuncio recién lanzado por la Gran Agencia Universal.

—

No hay nadie que se coma las piñas duras que cuelgan como pesas de ciertos relojes, sobre todo de los relojes de cuco.

Están duras y maduras como los membrillos, tan duros en la hora verde como en la madura.

—

Los termómetros, según pasa el tiempo por ellos, van padeciendo cada vez más una especie de presión arterial fuerte que acaba en arterioesclerótica.

—

El peine que tienen los fotógrafos en sus cuartos de tocador ha dejado calvo a medio mundo, es lo que más contagia el despelusen.

* * *

Etcétera, etcétera, etcétera.

Numerosos pensamientos como esos apuntaba en su gran libro *Mayor*, y numerosas incongruencias como las apuntadas en esta introducción llenaban su vida; ¡pero mejor que hacer el inventario de todas ellas hay que recoger incongruentemente unas cuantas, con la seriedad aparte de su título capitular!

III

La llamada.

Le llamó por el balcón aquella señora. Era una casa con aspecto muy formal y hasta clerical. Era la única casa que tenía unos angelitos sosteniendo una cruz en cada balcón.

¿Por qué le había llamado aquella mujer y se había metido hacia dentro para abrir ella misma la puerta?

Aquello venía a demostrar más que nada que él era un incongruente. Siempre se le había ocurrido pensar que lo más incongruente que nos puede suceder era eso, que de un balcón cualquiera se asomase una mujer hermosa y le llamase con apasionamiento sin haberla mirado, sin haberla tenido que pasear la calle, sin haberla hecho la menor indicación, sin haber pasado nunca por ese trayecto.

Entró en el portal; pero cuando ya estaba dentro pensó: «¿Y qué piso será? No los he contado... ¿Derecha o izquierda? Si fuera correspondía a la derecha ¿a qué mano corresponde dentro?» Frente a tan insolubles problemas pensó que lo mejor sería ir subiendo, subiendo, hasta que una puerta le abrazase...

El portero le salió al encuentro:

—¡Oiga, oiga!—le gritó—. ¿Dónde va usted?

—¿Yo?

—Sí... usted...

—¿Yo?

—Ya le he dicho que sí. Usted.

Ante tan extraña disputa, la portera se asomó tam-

bién a la caja de la escalera, y mirando al *Incongruente* con graciosa sonrisa, le dijo a su marido:

—¿Pero no le conoces? ¿Pero no le conoces? Es el señorito Juan, el del tercero...

—¡Ah! Sí, es verdad... Pues no había caído... Suba, suba... y usted dispense...—dijo el portero.

En todas las puertas había chapas con el Sagrado Corazón, alguna enorme, otra en colorines, otra de bulto.

Daban miedo aquellas puertas, por cuyas rendijas se escapaba un aire rancio, de habitaciones muy cerradas, muy ahogadas, llenas de barómetros y de calzado viejo, con pasillos interminables, por los que todo el mundo que pasa parece andar con zapatillas que además estuviesen silenciadas por tacones y suelas de goma. ¡Zapatillas con suela de cáñamo y además suela de goma!

El Incongruente esperaba una de esas bromas a que era tan aficionado su destino. ¿Se había olvidado ya aquella señora de que se había asomado al balcón y le había llamado?

¿Quizás se había asomado al último piso en vez de al primero, como a él le había parecido?

Todo se podía esperar de la incongruencia que presidía su vida.

Las mirillas le guiñaban un ojo, y sentía que le pellizcaban o le daban pequeños mordisquitos en la nariz.

«¿Se burla de mí detrás de una de esas mirillas esa bella mujer morena que me ha sonreído y me ha dicho que entre?», pensaba él.

En vista de que no se oía el ruido sigiloso de una puerta desentornándose, entreabriéndose, se paró ante una de ellas y se puso a conquistarla. La mirilla era indudable que le miraba con sus ojos felinos y crédulos. Sentía el efecto soñador de unos ojos azules.

Nada. Había que conquistar esa puerta. Se apoyó

para ello en la barandilla como si volviese la espalda a la balaustrada de un balcón, y se puso a mover el bastoncito y a torcer la cabeza y a sonreír como si estuviese en una esquina pelando la pava a una señorita...

Las miradas intensas y sinceras entraban por la mirilla buscando a aquella mujer con un antifaz de mirilla que indudablemente le sonreía desde el otro lado.

También ensayó con la mirilla las miradas porfiadas y, por lo bajo, como queriendo entrar de abajo arriba en la incógnita, como había aprendido a hacerlo en los grandes bailes de máscaras.

La mirilla le decía: «¿No me conoces? ¿No me conoces?», con la más ensordecida de las entonaciones.

Veía que la mirilla iba cediendo, se iba conmoviendo, iba abriendo sus ojos, se iba despertando...

Nunca habrá espectáculo más inesperado, más incongruente, más grato, que el de ver aparecer por las rendijas, por entre los párpados metálicos—del metal de los gritos y de los picaportes—dos ojos hermosísimos, alegres, presagios felices de que corresponden a una mujer hermosa, que nos tratara con toda su felicidad y en seguida nos dejara que nos durmamos en las almohadas de sus senos. Ni cuando la máscara con la que se jugaba al más difícil juego de azar se descubre y se ve que es bella, se goza una sorpresa como la que *el Incongruente* gozó al ver aparecer aquellos ojos afortunados por entre el varillaje de abanico de la mirilla.

Después de ese reconocimiento en que los ojos se agrandaban en los mismos ojos, es decir, en que aquellos ojos azules se agrandaban, la puerta comenzó a abrirse poco a poco, sin un rechinamiento, aunque verdad es que una larga gota de aceite chorreaba por el lado de sus bisagras, como si toda la puerta sudase o llorase.

Duró largo rato el entreabrimiento, sin que se per-

diese ni un momento de vista la mirada de aquellos ojos pegados a la mirilla, como los verdaderos ojos de la mirilla.

¿Serían los ojos autóctonos de la mirilla?

El Incongruente lo sospechaba todo y lo temía todo.

Pero de detrás de la puerta, como si se hubiese quitado un traje y un antifaz y por fin apareciese la incógnita dama, apareció una bella mujer rubia...

¿Rubia, cuando la asomada que le había llamado por el balcón era completamente morena?

No era la misma. Ni era aquél el piso. Aquella era una aventura distinta de la primera.

—Pase, no podemos vernos aquí, ni dentro...

—¿Entonces?

—He logrado que el cuarto de los baúles comunique con la caja de la escalera... Allí hay perchero y todo... Vamos. No deje el sombrero de ninguna manera en la percha de la antesala... Esa es sólo para el de mi esposo...

El Incongruente entró y se dejó conducir de la mano por la rubia opulenta con todo el cuerpo fabricado como de ámbar y espuma de mar.

La incongruencia hacía que la vida tuviese otra luz que la natural, y por eso la luz que había en aquella antesala sólo se parecía a la luz ingenua que él vió en la antesala de sus padres cuando era muy niño.

La dama rubia le pasó a la habitación de la caja de la escalera, habitación en la que el revés de los escalones se escalonaban sobre su cabeza.

La rubia le sorbía como se sorbe un huevo pasado por agua; él se quedaba pálido por momentos.

El se sentía fuera del mundo en aquel margen de la vida. «¡Estoy en la caja de la escalera!», se decía a sí mismo, y eso le daba ánimo.

Sentía en el encanto con que abrazaba a la rubia la inesperada, la esquisitez que tiene lo que sucede sin saber cómo, la mujer abrazada en un ascensor, la ma-

ravillosa delectación que sentiría el del nicho de abajo si recibiese viva y besuqueadora a la mujer besuqueadora del nicho de arriba.

Se entregaban a sus sorpresas cuando sintieron, a través de la caja de resonancia de la escalera, que la morena gritaba:

—¡Es un escándalo! ¡Es un escándalo! Llamo yo a un joven, y se prevale de él la rubianca del segundo...

Los dos se sobrecogieron. Se sentían abrir todas las puertas de todos los pisos, y asomarse para ver qué pasaba.

—¡Y ésta es la hora de que venga mi marido!—dijo la rubia—. Quédese aquí, que voy a salir a contestar a esa descarada...

El escándalo que se armó cuando salió la rubia fué tremendo, y sobre todo para el pobre Gustavo, que recibía en la cabeza la resonancia de los doscientos cincuenta escalones que tenía la escalera.

Estando en eso, una voz de varón sobresalió sobre todas las voces. Indudablemente era el marido que llegaba.

—Veremos si es verdad—dijo entrando en la casa.

Durante un largo rato todos buscaron por toda la casa, revolviendo hasta en los armarios. Todos daban golpecitos en las paredes para ver si estaban huecas.

«¡Estoy perdido si a alguien se le ocurre dar un coscorroncito en esta pared!»—pensaba Gustavo—; y, en efecto, alguien dió el coscorrón, y se sintió que aquella pared sonaba a hueco.

—¡Aquí!—gritó la voz denunciadora.

Y todos acudieron presurosos, dando grandes patadas en el falso muro, hasta que saltó la puerta. Entonces le cogieron a Gustavo por los brazos, como quien coge a la gallina por las alas, y lo sacaron al salón.

—¿Qué hacía usted ahí?—le preguntó el marido.

—Aquí... Al margen de la vida..., porque usted

comprenderá que no tiene usted derecho a tocarme, porque yo no estaba en su casa: yo estaba en la caja de la escalera...

—Tiene razón—dijo el joven abogado a la moderna, hijo del general del segundo—. En buen Derecho, no tiene usted derecho a tocarle, porque estaba en la caja de la escalera, y la caja de la escalera es un espacio fuera del mundo, que no puede servir en Derecho... Una escritura firmada en la caja de la escalera no sería válida... Todo lo realizado en la caja de la escalera no sirve... Usted, señor marido, no puede reprochar a este señor nada, y no puede alegar haber cogido *in fraganti* a este caballero porque estaba fuera de todo dominio en la caja de la escalera...

Toda la concurrencia al acto estaba suspensa, y se planteaba el suspendiente conflicto de la caja de la escalera...

—Por lo tanto—siguió el abogado defensor—, debemos dejar irse a este caballero que, si hubiese realizado ese abuso de confianza en la casa de este señor, o hasta en la misma escalera, merecería todas las represiones; pero habiéndolo realizado debajo de la escalera no puede caer bajo la férula de nuestra justicia. Todos los tribunales, sabedlo, se declararían incompetentes...

Dicho esto, y obedeciendo a esa influencia que el abogado despierta en su auditorio, todos se hicieron a un lado para que pasase el reo absuelto... y Gustavo pasó por entre todos y descendió orgulloso, digno, desarrugándose por la escalera llena de la luz que llena las escaleras después de la tormenta.

IV

Su tía Mónica.

Su tía Mónica tenía en el perchero siempre un sable de guarnición y un ros. Siempre parecía que se acababa de detener frente al espejo, al que había saludado afectuosamente, aquel militar que estaba de visita, que parecía estar de visita...

Estaba perfectamente evocado aquel gesto de desarmarse sin temor ni prevención ninguna para entrar a ver a la amiga, más bien a la pariente.

Mónica, que era incapaz de protegerse colocando en el perchero un sombrero y un bastón, porque eso hacía suponer cosas ambiguas, estaba satisfecha de tener aquellos dos elementos tan representativos y tan caballerosos.

De niño, Gustavo se había entretenido jugando con aquel sable y poniéndose aquel ros, como si hiciese traición a la visita jugando con sus cosas; pero pronto supo que no había nadie en la sala, que aquello no era de aquel militar que se había supuesto y que por eso no se había atrevido a pasar...

Gustavo iba a casa de su tía Mónica casi todas las tardes, por adormecerse y descansar en aquella conversación lánguida, que formaba como la «media» de la conversación, una media de lana tejida con los grandes agujones lentos y entretenidos.

Gustavo iba allí como a descansar en la casa ingenua en que no pasaba nunca nada.

—A mí también me defiende, querida tía, tu sable y tu ros—decía él.

—Por cierto—le dijo un día—que ese sable no es ya el de guarnición y ese ros tampoco es el de uso, querida tía... Eso puede perturbar tu defensa algún día...

—Déjalo... déjalo; nadie se fijará en eso... El ladrón tiene más miedo que el que va a ser robado—dijo la tía Mónica.

Y no se volvió a hablar de aquel anacronismo, que con el tiempo habían adquirido las dos prendas salvadoras, que la misma tía Mónica limpiaba todas las mañanas con esmero, dándole a la dragona del puño del sable con los mejores ungüentos, untados con los retazos de los antiguos guantes blancos de cabritilla de la época de sus abonos a todos los teatros.

Nunca le había pasado nada raro a Gustavo en casa de su tía Mónica, y la tenía apuntada como un oasis, como un sitio negativo para la incongruencia, cuando un día, al pasar al recibimiento, le pareció notar que las dos prendas militares tenían más vida, se habían removido en su sitio, tenían luces de haber sido dejadas por el militar que parece que entra en el reservado de la casa al quitarse el cinturón con la espada. ¡Gesto confianzudo y cariñoso a la vez que deshonesto!

Gustavo volvió a tener aquella noche, al mirarse él también al espejo y dejar su sombrero, la misma impresión de mando; por primera vez se dió cuenta de aquel ros y de aquella espada, y vió al capitán que se quitaba sus atributos.

Lo que no hacía otras noches lo hizo aquélla, llamando con los nudillos en la puerta de la sala en que había luz, cuando todas las noches le recibía su tía en el gabinete quitándose las gafas al verle entrar, porque ese era un gesto que le había quedado de cuando comenzó a usar las gafas y aun su coquetería no sabía usarlas delante de nadie.

—Pasa, pasa—le gritó su tía desde dentro.

Y Gustavo vió al entrar a un capitán antiguo, al

dueño de la espada y del ros, que se había puesto de pie al verle cruzar el dintel.

—El de la espada y del ros del recibimiento—dijo la tía...

Gustavo le saludó ceremoniosamente y buscó el otro ros y el otro sable por la habitación; porque ¿cómo podía haber vivido tantos años sin su sombrero y su sable?

La tía Mónica estaba silenciosa, atemorizada, cohibida; el capitán cumplía la media hora de la visita, y Gustavo miraba la escena como el que no se explica nada, pero que sabe que hay circunstancias en que no se debe preguntar nada, porque, al no poderse contestar nada a la pregunta, se podría hundir por ese lado el mundo.

Por fin el capitán hizo una reverencia, se levantó y se fué. Gustavo y su tía sintieron en el perchero el ruido del sable al ser desenvainado del balustre para los paraguas, y sintieron los cintarazos que daba en las piernas del capitán al ser colgado. Después se oyó la puerta.

El Incongruente entonces preguntó a su tía:

—¿Pero quién era?

Y ella le contestó:

—No me preguntes nada... Yo nada sé... No me lo podré explicar nunca; pero prométeme que no se lo dirás a nadie ni volveremos a hablar nunca de ello...

—Te lo prometo—dijo Gustavo.

Y se asomó al recibimiento para ver si de verdad se había ido aquel ros y aquel sable.

—¡Sí se los ha llevado!—dijo Gustavo.

Y se quedó a cenar con su tía aquella noche y contó muchas anécdotas para quitarla el miedo.

V

En el salón de los figurines.

Se vistió el frac sin saber para qué.

Muchas veces se había vestido de frac y se había tenido que volver a desnudar porque no encontraba donde ir de frac.

Como era ya conocido de mucha gente, no podía utilizar esa suposición por la cual todo el mundo piensa, al ver al desconocido vestido de frac en el sitio en que no es de rigor, que ha estado antes en la gran cena de etiqueta. A él le preguntaban en seguida de dónde venía, qué había sucedido en la noche, y le cogían en el renuncio.

De frac era mucho más incongruente que con otro traje, hasta que con chaquet.

El frac le vestía de incongruente en realidad, y cuando salía de frac se sentía disparado hacia lo insospechable.

¿Por qué se había vestido de frac aquella noche? ¿Adónde iba a ir?

Se puso a pensarlo, sentado en la butaca, en que igual se puede resolver dónde ir o estarse toda la noche lanzando humo a las constelaciones y haciéndolas estornudar.

Cuando Gustavo se vestía el frac era como si se amortajase, como si se embalsamase, como si se vistiese de etiqueta para algo así como para irse al otro mundo.

«Todo hombre vestido de frac—solía él decir—tiene algo de *croque-mort*».

Sus camisas tenían fama. Las mandaba almidonar con doble almidón, y así resultaba con aquellas pecheras una especie de coracero.

«¡Qué valentía me da mi pechera durísima y un poco curvada, como los damasquinadores curvan las corazas!»

«Si yo estuviese en otra ciudad, en Nueva York, por ejemplo, tendría donde ir»—pensó para consolarse.

En la Opera no había función aquella noche. ¿Y al casino? Le costaría jugarse una cartera de billetes.

«¿Y si ésta fuese mi última noche?—pensó—. ¿Es que no iba a poder ir a ningún sitio iluminado, divertido, despierto, con música, vestido de frac?

Podía cometer la tontería, que está permitida sin que deje de ser una tontería, de asomarse a un palco proscenio de algún teatro; pero eso tenía el inconveniente, además de su tontería, de que había que aceptar como querida alguna de las primeras actrices del teatro, pues parecía haberse ido a eso.

Iba descartando sitios.

«Podría ir a casa de esa pobre marquesa de Osirio, tan tronada y tan guapa. Me abrirían los criados, y ella cedería ante el compromiso de verme de frac, tan respetuoso y de tanta etiqueta para ir a verla a media noche a pedirla un rato de amor...»

Pero tendría que regalarla un collar de perlas al día siguiente, porque, como ella decía: «Yo no pido joyas sino para las pobres Vírgenes de las ermitas de España que tienen collares de abalorios.»

El Incongruente, por fin, se puso en pie, se caló el sombrero de copa, se envolvió en su gabán de pieles, tan exuberante en el cuello que tenía Gustavo cierto parecido con el pastor que se envuelve en la oveja que se le ha puesto mala, o se le ha cansado, y salió a la calle.

Iba a tener un golpe de audacia y se iba a meter

en cualquier sitio, en el palacio o el salón en que viese que había fiesta y jarana, pues, dado quien era y su indumento, sería imposible que le devolviesen a la calle sin escucharle, sin dejarle ver.

Gustavo buscaba los balcones en que se viese la iluminación con los farolillos del festival, y no los encontraba. Eran los sitios de la diversión profesional los que iba encontrando.

Sólo en una revuelta, haciendo rinconada con las últimas casas que daban al río, vió unas vivísimas rendijas de luz que le denunciaron un lugar de diversión, un sitio en que sin ruido se debían de estar divirtiendo mucho los invitados.

Gustavo, con gran atrevimiento, llamó a la puerta y le dejaron pasar.

—¿Llego muy tarde?—preguntó con audacia de vividor al portero.

—No... Aun llega usted pronto... Siempre es pronto aquí...—dijo el portero con librea de figurín de porteros y gorra que le cubría los ojos con su visera de gorra de figurín de las gorras.

¡Qué tipo más empaquetado en portero resultaba aquel portero!

Gustavo subió por las escaleras de mármol y se quedó sorprendido de ver la inmovilidad que tenía la escalera, que ni subía ni bajaba, porque había en ella numerosos caballeros inmóviles, intachables, con envidiables trajes de etiqueta.

Viendo las plantas artificiales de los descansillos y fijándose en aquellos hombres se notaba que había cierto parentesco entre todo y que sólo eran elementos decorativos de la escalera monumental.

Gustavo, indeciso, esperaba que cualquiera de aquellos hombres echase a andar, como se espera en la mesa, a que se ha sido invitado, que el principal representante comience a comer; pero al ver que nadie se movía, se dirigió hacia los salones

del principal, que es donde se veía que estaba la fiesta.

Al ver la inmovilidad y la indiferencia de todos, Gustavo se sintió más libre y supo sonreír. Estaba, según pudo darse cuenta al abarcar los salones de arriba, en la casa de los figurines.

Había gente tomando el te en un inacabable gesto de ir a dejar la taza o de ir a llevársela a los labios. Parecía que estaba muy caliente el te que habían echado en sus tazas.

Estaban todos pasmados en los grandes gestos, con sonrisas pasmosas y llenas de piedad.

—Está bien esa solapa.

—Tiene intención esa americana...

—El cuello de mi *smoking*, cuando doy una chupada al cigarro, es algo magnífico...

—En los ojales debían nacer por abril las «rosetas» de la primavera...

—El chaleco blanco es una prenda clerical... Es como la sobrepelliz de los curas...

—Los trajes de tela con espiguilla son como los más a propósito para los tratantes en granos...

—Y, sin embargo, son muy elegantes.

—Los botines parece que te hacen caballo de carreras...

—Los cuatro botones en la manga de la americana son como un ascenso en la moda...

—Los ridículos trajes hechos no tienen mas que un botón y a veces ¡dos!

—La novela de la vida no tendría personajes dignos si no nos tuviese a nosotros...

—La americana de dos filas es de avaros que guardan mucho su cartera.

—Y de marinos civiles.

—Y de hombre que tiene frío en el pecho.

—A mí no me gusta porque es la americana de los hipócritas...

Así eran todos los diálogos, y Gustavo estuvo oyendo en unas tertulias y en otras las mismas conversaciones sobre el traje y sus gracias.

Cansado por fin de oír todo eso, se escapó por la noche obscura, alejándose de su casa, yendo no se sabía dónde, porque de frac era un hombre perdido, que no se lo quería quitar nunca y bandeaba por la noche como un barco loco.

VI

La casa predilecta.

Gustavo sabía que no hay mujeres diferentes. No hay mas que casas, balcones, habitaciones distintas, muebles de distinta clase, posiciones más o menos oscilantes.

Gustavo, por eso, se paraba ante las casas, ante los balcones, y parecía un enamorado que esperase a su novia, que no salía nunca porque jugaba el último juego de una serie interminable en el fondo de la casa, en el comedor de tapete triste.

Muchas veces se le habían encontrado sus amigos en aquella vigilancia frente a la casa elegida, y no había sabido responder a sus preguntas.

Estando mirando los balcones de una de esas casas en que le gustaría vivir o estar con una mujer, había recibido en el hombro los golpecitos del marido de la dama del piso a que miraba más insistentemente, y otras veces sólo había visto que un caballero daba vueltas a su alrededor con sigilo buscando en sus ojos la dirección, como en una pistola el punto de alza, para saber en qué dirección miraba.

Se ponían nerviosas aquellas casas frente a las que se plantaba con la envidia de ser su morador. Notaba en sus visillos el aire de su nervosidad, y una vez huyó del estallido de aquella que llevaba mirando toda una larga tarde y cuyos cristales sonaron con estrépito, golpeándose con fuerza como si la tormenta les hubiera soplado con su desconcierto.

Pero le llegó la casa del ensañamiento, la casa en la que no tenía más remedio que entrar, que ser un personaje, un actor, un inquilino perdido allí dentro.

«¡Oh, qué bien allí dentro!»—pensaba, las horas muertas, mirando los balcones entornados o abiertos de aquella casa de tipo noblote, con fondo de colegio tristón, pero inolvidable.

Gustavo iba todas las tardes, con el pensamiento concentrado en ella, a la calle pacífica en que se levantaba la casa de sus pensamientos.

Toda la calle estaba intrigada de por qué se establecía allí aquel joven, y las casas en que no había cadena de refuerzo por si algún desconocido aparecía, compraron y pusieron la cadena.

Gustavo, apoyado en la esquina como quien se rasca la espalda, miraba hacia lo alto, buscando en todos los pisos y a través de todos los balcones el encanto interior.

Gustavo gateaba imaginariamente por todos los balcones, buscando la mujer que le refugiase.

Por fin se asomó una rubia oxigenada, señora antigua, pero de una belleza dorada al fuego lento de los ocasos, con tipo de gran faisán, y se le quedó mirando como correspondiéndole. ¡Qué más quería él! Toda la pasión que había gastado como en restaurar la fachada, toda la fachada, se la dedicó a ella sola, apiadada mujer que por fin le socorría y le trataba maternalmente desde el alto balcón salvándole al gran desaire de la calle.

Aquella mujer había oído las romanzas inacabables de Gustavo, sus serenatas desesperadas, cuando, al atardecer y anochecido, todos le perdían en las obscuridades de la noche sin saber si aquella doncella a la que esperaba salía por fin a comprar el pan de la noche.

Ella había creído siempre que la buscaba; pero quiso probar su fidelidad y su constancia.

Gustavo, con el atrevimiento que le daba su fe en la incongruencia, la hizo el gesto de «¿subo?», cuando entre las luces escasas del atardecer no parecía discreto. Ella respondió con un «sube» disimulado, que hubiera resultado obscuro si no se hubiera metido hacia dentro a continuación, como para ponerse a mirar por la mirilla cuando subiese.

Gustavo, rápido, escabulléndose como el viento en el portal, subió las escaleras con sosiego, mirando bien el encanto que había en aquella escalera, con sus tacones desgastados, con su gran espacio de salón, como si antiguamente la escalera hubiera sido un teatro.

La rubia le esperaba en el balcón del segundo descansillo, y él se avergonzó al verla, porque pensó que había visto la apatía por llegar que había tenido al subir la escalera, con cuyo espectáculo se había complacido, sintiéndose la rata monumental de aquel grande y destartalado salón rampante.

Gustavo, por fin, en el descansillo de la rubia, la besó la mano y pasó a su casa. Ella cerró y echó la cortina que ocultaba la puerta de la calle.

—Bueno, caballero...—dijo.

—Señora...—repuso él—: primero dejadme admirar todas las bellezas que atesora vuestra casa y dejadme asomar al balcón para hacerme a mí mismo, que aun parece que estoy clavado en vuestra esquina, el gesto de que ya he acabado de subir, de que por fin estoy a su lado...

—Es usted muy ingenioso... Vea; no son mas que cuatro chucherías.

Gustavo comenzó a saborear todas las cosas. Ante un gran ramo de flores de papel hizo el ademán de olerlo, y dijo:

—Los rojos huelen muy bien; pero los amarillos tienen un olor muy penetrante también... Las hojas de oro huelen al oro de la riqueza.

—¿Verdad? Si en la Naturaleza hubiese hojas de oro, se quedaría muy apaciguado el deseo de dinero... —respondió ella.

Gustavo la miró sorprendido de aquel modo de hablar. «¿Pero aquella mujer, en vez de ser aquella señora rancia que esperaba, ciega entre sus cosas viejas, vivía y pensaba?»—se dijo Gustavo.

Después siguió mirando las cursilerías de porcelana, todos aquellos niños con filete de oro que había en las rinconeras, la santa acostada en un sepulcro vitrina, los jarrones con sus pinturas de jardín, los retratos en marcos de tríptico en que figuraban señoras de cementerio y jovencitas blancas de las que se pone la edad en la lápida para que se vea que tienen diez y ocho años.

«¡Ya sabía yo que merecía la pena!»—se alentaba Gustavo, besando cada cosa—. «Además, ¡qué olor tiene esto a ser de la casa de otro; a ser de la casa de quien menos se esperaba que fuese, con quien menos se iba a tratar!»—seguía monologando Gustavo, sin dejar de ver las casitas de madera hechas con una navaja por el padre de la rubia, y oyó la caja de música imprescindible que frota para producir su música las raspaduras del tiempo.

La rubia se reía de cada cosa de las que decía Gustavo con risa de chiquilla, como si cada frase la diese frío en la espalda, moviendo todo el cuerpo con coquetería.

—¿Pero tiene usted una pecera? ¿No sabe que eso trae la desgracia?...

—¿Es verdad?... Descuélguela, descuélguela y soltemos los peces...

Entonces se produjo una escena de una incongruencia sin límites.

Gustavo descolgó la pecera y soltó los peces como si fuesen pájaros y los peces se hubiera dicho que, en vez de precipitarse en la calle, siguieron su camino

como peces en el agua, y después, con la pecera sin peces en la mano, se le escapó a Gustavo y se vió cómo la pecera sin peces subía al cielo como un globo de los niños.

Los dos se quedaron un rato sin poder creer que fuese verdad lo que habían visto, aun cuando Gustavo acabó por sonreír con su beneplácito de hombre que sabe lo grande que es la incongruencia del mundo.

La rubia se sentó con él en el sofá, esperando la escena necesaria; pero él estaba arrobado con la casa, enervado por aquel interior.

Gustavo se complacía en ver que era una casa poblada de cortinas atadas como los caballos de circo. Durante todo el día estaban así embridadas, rascando el freno de sus cordones con borlas; pero después, a la noche, campaban en libertad, como los caballos de circo también cuando les sueltan la brida tirante que une su cabeza a los omoplatos.

—Yo quisiera quedarme aquí para siempre—dijo Gustavo, haciendo que se moría en el sofá.

Ella, deseosa, atufada, como mujer que al fin estalla, le dijo, poseída por la sinceridad de él:

—Pues quédate para siempre... Esta noche tengo un guisado de carne y patatas... No tengo vino; pero bajaré por él si quieres.

Gustavo cogió la mano de aquella mujer y la llenó de besos. Estaba enternecido. Así había soñado él aquel interior, en el que había encontrado la tía cuidadosa que convida a cenar a su sobrino.

¡Qué buenas noches la iba a dar cuando llegase la hora solemne y definitiva!

Ella, para agasajarle, abrió un «entredós» antiguo y sacó de allí una caja de caramelos.

—Mira, son unos caramelos que valen como piedras preciosas... No me he tomado nada más que la mitad de uno en las grandes solemnidades; pero hoy te voy a dar uno entero, y yo me voy a tomar otro entero de

menta... Eran de mi abuelo, que se los había encontrado en el cajón de mi bisabuelo... No hay nada tan dulce en el mundo... Se ve que el azúcar que se vende en las tiendas ha debido perder mucho desde entonces acá...

Gustavo, que saboreaba ya el caramelo, dijo con la lengua rizada por la dulzura:

—Esto es admirable... No he probado nada más dulce... Sólo sus caricias lo serán más—acabó llenando de besos acaramelados la mano de la rubia.

Después ella encendió el quinqué de petróleo, cenaron con alegre apetito el exquisito guisado de carne, que esparció su perfume de portería por toda la habitación, como sazonándola, y por fin se fueron a la alcoba, en la que se veía una cama revestida de una colcha de mariposas.

Gustavo sintió venirle a los labios la oración de pequeño, la oración que fuese como acción de gracias por haberse realizado algo tan maravilloso y que había sucedido tan sencillamente, y que si fué una incongruencia al principio, no lo sería más...

El se quedaría escondido, abrigado, temblando con alegres temblores de perro, en aquella casa admirable y junto a aquella mujer que se había portado con él como una antigua esposa, pues resultaba eminentemente matrimonial bajo la colcha de las mariposas.

VII

Aquella Nochebuena.

Gustavo entró en la Nochebuena con desesperación. No tenía a nadie ni quería ir con mujeres fáciles aquella noche, porque se ponen a llorar en cuanto dan las doce, porque se acuerdan del hórreo en que ellas nacieron. Había pasado numerosas Nochebuenas con gentes extrañas, con las que llegó a intimidades inauditas—una mujer le confesó un crimen que había cometido—, y estaba desengañado porque todas aquellas mujeres con las que había pasado la Nochebuena se habían portado después peor que nadie con él.

Gustavo veía como una alucinación visual las velillas numerosas, de llama diminuta, que poblaban la noche. Le mareaba aquella fantasía de las velas encendidas, que tanta influencia tienen en la vida y que varias veces han impresionado de tal modo a las beatas, que han presenciado la aparición de la Virgen.

Chiribiteaban en sus ojos las luces de las velillas, y eso le incitaba a buscar alguna alegría para la noche.

«La mujer que pase esta noche sola me admitirá si yo llamo a su puerta.»

¿Pero qué mujer pasaba aquella noche sola?

En la vecindad había alguna que iba a pasar la noche sola; pero después de los sucesos de aquella célebre noche en que cenó con aquella vecina, estaba convencido de que no se debe intentar nada con la vecindad, pues quizás es una cosa prohibida por la Naturaleza como un incesto.

¿Quién entonces?

Y repasando el talón de señas de su memoria, de donde tachó a su prima Matildé, que se le apareció sola, pero ya no entre los vivos, dió con Dorotea Caser, la esposa del marino.

Esa sí que estaría sola esta noche.

Salió en su busca y Dorotea misma le abrió la puerta y le hizo pasar al rincón de su intimidad.

Gustavo la dijo de buenas a primeras:

—¿Y si apagásemos la luz para iluminarnos sólo con la luz de la leña de la chimenea?

—Apague...

Se quedaron muy a obscuras al principio; pero después se recobró la visión de los principales objetos, cuyo bulto se podía trazar con los ojos en la obscuridad.

La esposa del marino se desabrochó un poco el pecho de su blusa. Estaba empaquetada como un paquete por el que ha de pasar toda una estación sin que sea sacado del armario. Estaba muy guardada.

Gustavo se sentó a su lado en el sofá que pusieron delante de la chimenea, y abrazándola por la cintura la besó los pómulos. Así reclinados el uno sobre el otro, se fueron sollamando frente a la lumbre de los leños. Se acordaban de los bosques y de los pastores, con un sueño de tierra adentro. Veían una escopeta colgada en la pared y un cinturón de cartuchos; en una cuna dormía un niño; el marido se había dormido sobre un brazo y la mujer sobre otro. La lámpara de petróleo se adormecía en su amarillez.

Para sacudir esa visión, buscó él en sus labios el sabor a estuche que tenían sus besos, pues sus besos estaban guardados en el estuche morado de las joyas que esperaban la fiesta de la vuelta del esposo.

«¡Qué noche más pura y más dulce!—pensaba él—;

y más cuando las incongruencias de mi vida me han dejado en paz!»

La esposa del marino se entreabría poco a poco, y era encantador sentir aquel olor a una especie de naftalina para la carne que se escapaba a sus intimidades.

«En el barco todos estarán abyectamente borrachos»—pensaba Gustavo.

Cuando de pronto se comenzó a correr la cortinilla de azogue de un espejo y se vió un naufragio... Era una marina de una naturalidad perfecta, con un oleaje furioso, con su barco desarbolado, con sus marineros corriendo de un lado a otro... Todo era en pequeño, muy en pequeño... No se distinguían los rostros de los marineros, que eran monigotillos de piernas largas, con las que se daban en el traspontín al correr... La tempestad era terrible, y era que iluminaba la escena con intercadencias de bombilla que tiene los hilos rotos...

Ella empavorizada y como si sintiese en el pecho el frío del mar, se abrochó, y Gustavo se puso de pie.

—Vete—le gritó ella.

El continuaba quieto sobre la cubierta de su vida, sin darse cuenta de que no era una película lo que veía, sino el trasunto de lo que estaba pasando en el mar en aquellos momentos.

—Vete y jura que no volverás a verme—le gritó ella.

—Sí, me voy y te lo juro...

La tempestad del barco cedió un poco; pero aun tenía encrespamientos de terremoto, palpitación apasionada, chisporroteando los rayos al caer en el mar como tenacillas demasiado ardientes que se meten en el agua.

—Vete, acaba de irte... Si no no habrá salvación —volvió a gritar ella, salvando el barco como si fuese su patrona.

Cuando Gustavo salía ya por la puerta, vió que el barco por fin se atravesaba bien en las aguas, se afianzaba bien sobre su cabalgadura y los rayos se convertían en bengalas.

Gustavo, impresionado por aquel suceso inesperado, se dirigió a las tabernas de la noche y acabó siendo él el marino borracho de la Nochebuena.

VIII

La cacería.

Gustavo aceptó aquella cacería como quien se escapa así a la fatalidad que parecía residir sólo en las grandes ciudades.

Todos se vistieron las casacas antiguas, aquel traje que figuraba en sus armarios para completar sólo un buen equipo de elegante.

En el camino de la excursión el dueño de la finca le dijo a Gustavo que en la gran extensión del coto de caza se había perdido hacía años un palacete que no se había podido volver a encontrar.

La idea de ese palacete no le dejó a Gustavo, le preocupaba, se le proponía como lo que él debía descubrir en la cacería.

Todos se desperdigaron por el monte después de tomar en el palacio el exquisito desayuno del cazador con el vaso de agua en que se prueba el agua fresca de los arroyos.

Gustavo tomó el camino más intrincado, como si fuese hipnóticamente al palacete cuyo tipo de casa de juguetes para el juguete humano le impresionaba.

En la maraña por la que se había metido le salió al encuentro un animal raro con tipo de ardilla y cabeza con pico. Gustavo se echó la escopeta a la cara como el canuto por el que soplar la mirada mortífera y ¡pum!, le mató, guardándolo en su zurrón.

Después salió volando de unos cañaverales el pájaro más absurdo que puede imaginarse, pájaro que al

volar volvía la cabeza con gestos de miedo. Gustavo volvió a echarse a la cara el telescopio mortífero y lo mató, guardándosele también en su zurrón.

Siguió andando, andando, desbrozando caminos, entreabriendo todos los espinos del bosque y, por fin, ¡oh sorpresa!, encontró el hotel de las antiguas cacerías, palacete pequeño, con las ventanas cerradas, todo muerto.

Entró por una ventana rota y fué abriendo ventanas y puertas, luchando con ellas como un nadador, pues todas le presentaban una enclavijada resistencia; pero al fin salió a luz con los brazos en cruz, abriéndose las ventanas como las aspas de un molino.

En el piso principal, en la habitación principal, que daba a la balconada de piedra, se quedó suspenso y no quiso abrir los balcones: «olía a la alfombra de los siglos», y pensó conservar aquel perfume no abriendo los cristales.

En el aparador había unas botellas de un siglo. Destapó una y un rayo de sol fué a buscar el cristal de la copa.

Se sentó bien repantigado en el butacón y bebió el primer sorbo. Sabía a «lacrima Christi», y sus ojos comenzaron a parpadear como parpadeaban, antes sobre todo, los cinematógrafos. La misma habitación se repetía, pero en días distintos, días que eran muy lejanos, como pudo comprobar viendo el periódico que se repetía en la mesa, la primer revista semanal que había habido.

El empapelado que tenía la habitación era distinto al que había visto al entrar; en el de ahora se estampaban unos pescadores repetidos de arriba abajo. La luz tenía calidades de membrillo, y se podría decir que el ruido del ambiente era mucho menor. El mundo se veía que estaba mucho más sordo.

Aunque aquello estaba tan lejos del mundo, se veía que había por el mundo menos carruajes y menos

bocinazos... Todavía no estaban empedradas las calles del mundo.

Gustavo bebió otro poco de aquel licor, y siguieron sus parpadeos y aquella delectación en la silla de manos del tiempo. Podría decir siempre que aquél había sido el momento más delicioso de su vida.

Cada parpadeo involuntario, como tic de la embriaguez de sus ojos, era como un día diferente, fatal, con el tono de muestra del mejor minuto de sus horas, generalmente el minuto del ocaso, cuando el sol da en la pared del fondo de las habitaciones.

Nada especificaba el día en aquel engranaje de habitaciones y horas; pero él seguía viendo que eran días de un color ambarino y como con el optimismo de otras vidas, de otras juventudes, optimismos que saboreaba, que eran diferentes y aumentaban el caudal optimista de Gustavo.

No había gentes, figuras, sucesos en aquella habitación. Todo estaba pasmado en su silencio, en su disimulo inmóvil. Hubiera sido algo artificial presenciar la exhibición de los personajes de aquel comedor. No. Sólo decorados, adornos y cosas en el aparador y en la mesa, naturalezas muertas distintas, cosas cuya escena había sido más permanente y había impresionado la pupila obscura de los vinos; su mirada escondida detrás del espejo negro de la botella.

Seguía viendo empapelados distintos, entre los que privaban los de flores indigestas, tristes, turbias, aculotadas por el tiempo, flores de unos jardines muy otoñales, flores de tapete, flores de cortina, cuyas hojas tenían el tono de las de los tilos en el invierno.

A medida que avanzaba el tiempo, los empapelados estaban más vivos y aparecía la casa empapelada con un papel de crisantemos de varios colores, incontables crisantemos que tenían algo de arañas agarradas a la pared.

Gustavo seguía bebiendo sin tino, como el que ya

no quiere quedarse a obscuras y tiene cerca el frasco del petróleo.

A veces aparecían sobre el mármol del aparador las fuentes con frutas admirables, frutas de otro tiempo, en que se cuidaban más las plantas y hasta se las abrigaba con chales y pelerinas; enormes fresones y magníficas manzanas, ante las que se comprendía la grima del cuchillo al tenerlas que arrancar la cáscara y partirlas en crudo, recurriéndose por eso a asarlas al horno.

Pasados numerosos empapelados más, que daban aspectos tan diferentes a la habitación que había que mirar al aparador para ver que era la misma, llegó un momento en que la habitación resultaba la misma y su tapete era el mismo, y en el aparador se veían las mismas cosas. Es que había estado lo menos cincuenta años perdido el palacete de los antiguos cazadores y había vivido un largo día que, sin embargo, resultaba diferente, ¡qué diferente! Ahora parecía la habitación tener una continuidad de empapelado, en que se destacaba una nueva hoja de almanaque cada día, la hoja del almanaque mayor, los números del tamaño y con el tipo de unos niños de luto de dos años o de tres.

Gustavo, emborrachado por el vino y mareado por la monotonía de aquella habitación, en que parecía que pasaba el cautiverio de muchos años, se quedó dormido sobre la mesa, y sólo al cabo de dos horas se despertó.

El recuerdo de lo que había vivido por influjo del vino de la botella de un siglo, le rehizo, y con cuidado salió de la habitación, cerrando con llave la puerta. Después, al desandar el camino, fué trazando un plano de él, y sólo cuando de nuevo estuvo en la carretera que conducía al palacio oficial de su tío, se guardó el lápiz y el plano. «Despacio—era su proyecto—me iré bebiendo las once botellas que quedan...»

Todos le esperaban inquietos, desesperados, temerosos, a la puerta del palacio, y hubo un gran aplauso y una fuerte chillería cuando le vieron llegar.

El dijo que se había quedado dormido en su puesto, y todos rieron de las pocas condiciones de cazador que tenía.

—¿Pocas?—contestó el ofendido—. Que suban el zurrón con los animales que he matado.

Un criado lo subió, y todos vieron con gran estupefacción que eran animales desconocidos y rarísimos.

—Ha matado usted—dijo consternado el hombre de ciencia—la última *termilana* que debía vivir en el mundo; ha extinguido usted la especie del animal más listo de la creación...

—¿Y este pájaro?... Mire usted este pájaro...

—¡Ah!—gritó con verdadera desesperación el hombre de ciencia—. ¡Ha cazado el «pirnición»... Ha matado el «pirnición»!...

Y ocultó su cabeza entre las manos, como presa del más terrible de los dolores.

—¿Y qué es el pirnición?—preguntó la amazona de la partida.

—El pájaro del que dicen que viene la paloma sagrada—dijo el sabio.

—Los mandaré disecar; no se apure usted—dijo Gustavo—; pero ya ven ustedes qué clase extraordinaria de cazador soy yo...

Después se cenó alegremente y todos durmieron el sueño del cazador sin intrigas, sin pesadilla, sin pena ni gloria.

IX

En el baile de máscaras.

En los bailes de máscaras le habían sucedido al *Incongruente* cosas muy chuscas, y, sin embargo, volvía.

Estaba en medio del salón, sin decidirse por nadie, con las manos en los bolsillos, pensando incongruencias.

«En un baile de máscaras—pensaba—a todas las máscaras se les cae un pendiente... un alfiler... algo... Por eso hay unos señores de sombrero de copa que no hacen mas que mirar al suelo.»

«Las que más disfrutaban en el baile de máscaras eran las lámparas. La luz se vuelve *ravisante*—seguía pensando y proseguía—: «A los mismos faroles de las afueras del baile se le ponen caras de pascuas.»

«El gas era como una máscara que imitaba la alegre salida de la Opera, abrigándose el cuello con el pañuelo de seda blanca, cruzado al pecho.»

«Todos los alrededores de la Opera—insistía en pensar, atacado por la voluptuosidad—estaban impresionados y novelescos por el baile que se celebraba allí dentro, y lo que más le gustaba era la entrada y la salida en el teatro y el subirse a los trapecios de la luz oscilante sobre todas las máscaras, como en un gran circo en que por una noche trabajan todos los particulares.»

Gustavo, en medio del salón, esperaba la aventura,

porque él no quería apresurarse, pues ya se apresuraba lo bastante el Destino.

En efecto; a los cinco minutos se dirigía a él, jugando, saltando como una niña que ha visto a su papá, una muchacha disfrazada de escocesa, el más caro y distinguido de los disfraces.

Gustavo sintió que iba hacia él una señorita, no una máscara.

Alguien la vigilaba, además, desde lejos, y, por lo tanto, no debía portarse con incorrección.

—No me conoces—dijo la máscara con la simpleza proverbial de las máscaras.

—No te conozco—dijo Gustavo—; pero te adivino...

Eso la hizo sonreír a la vista, porque ella no usaba un antifaz con barbas o con un bozo excesivo de encaje. Enseñaba una sotabarba fresca, redonda, con cierta burla de juventud y morbidez en su llenazón.

Lo primero que hubiera hecho Gustavo hubiera sido acariciar a aquella señorita por debajo de la barbilla con esa caricia paternal y hambrienta con que se caza al cordero lechal.

—Dime lo que te gusta, y verás cómo estamos conformes—dijo Gustavo, dándola el brazo y dando vuelta al salón.

La gentil escocesa cayó en la fórmula de seducción fácil que había inventado Gustavo.

—Pues a mí me gustan las fiestas íntimas, sin juegos de prendas, sin música y sin canto—dijo ella.

—Pues a mí también.

—A mí me gusta—volvió a decir ella—que me sepan despertar del sueño con la mayor delicadeza, sin abrir las persianas de un golpe.

—Pues a mí también.

—A mí me gusta ponerme a leer junto a los cristales del balcón hasta aprovechar la última luz... Agotar la luz del día, ¡qué delicia!

—Pues a mí también.

Así siguió ella diciendo puerilidades, que Gustavo coreó, hasta creer ella que habían nacido el uno para el otro.

Gustavo tenía la pasión voraz del que se encuentra con una muchacha magnífica al alcance de la mano, en un ambiente que los ciñe bien. Hubo momentos en que su mano presurosa quiso apretujar entre sus dedos a toda aquella mujer, acariciándola por entero con verdadera brusquedad.

Acentuó sus arrebatos, llegó a las exageraciones más vivas cuando vió que ella se quería ir, que la habían hecho la señal de partida desde algún rincón del teatro.

—Nos tenemos que querer siempre—dijo Gustavo con la exageración de la despedida.

—Siempre—contestó ella, y le preguntó—: ¿Dónde vives?...

Gustavo la dió sus señas y ella desapareció, después de recibirlas como huyendo al papel en que iba a escribirlas, como queriendo conservarlas en la memoria sin mezclar a eso una palabra ulterior...

Gustavo se quedó sumido en esa alegría falsa del baile de máscaras cuando ha desaparecido la mujer que interesa. Era como un mar encrespado de alegría; pero un mar salobre y amargo.

Estuvo por tirar el sombrero a lo alto lanzando a la multitud la prenda que necesitan devorar, el primer sombrero de copa que sacrificar, pues aunque todos llevaban sombrero de copa, al mismo tiempo eran los gatos del sombrero de copa como el gato lo es del ratón. Se contuvo y comenzó a buscar la máscara que se pareciese a la desaparecida, que la imitase siquiera.

Lo peor que tiene esa segunda parte del espectáculo es que ya salen las piernas de caballero y de señora por encima del balaustre de los palcos y todo ha perdido la etiqueta. La que no lleva pantalones hace piruetas ostentosas.

Se han echado a perder los colores y el confetti se ha embarrizado. Hay ya la máscara tirada por los suelos, y desde el más alto palco se teme que tiren una mujer al hemiciclo. Cae un sombrero desde el plafón. El sombrero de copa de la Providencia quizá. El tapón de una botella de champaña salta un ojo a una furciata; pero no importa, él se tiene que casar con ella, y se busca un cura en el salón y se les casa.

El bastonero, que era antes una figura plebeya e incongruente, se ve que está entre los suyos y que es necesario. Aparentemente no lleva mas que ese largo tirso, que se parece al que llevan los vendedores de cintas; pero es el hombre que va armado de pistola, navaja y puñal, porque él sólo está allí para contener a todo el mundo. Lleva todos los bolsillos llenos de cargadores repletos.

Lo peor de esta hora tercera es que los amigos más insoportables se pegan a uno. Abandonados de todas las mujeres y esperando que se les coja del brazo la más desesperada, se pegan a uno que es el don Tancredo del baile, solo y sobre un pedestal.

Poco a poco se van haciendo en la fiesta espléndida esos desgarrones, esos cameres, esos blancos que desaniman la fiesta. Al ver esos vacíos, los músicos comienzan a tocar desaforadamente como pidiendo votación, como llamando a los que están por los pasillos, se besan en las escaleras o las suben y las bajan interminablemente sin saber qué buscan, sin saber qué quieren.

Los puños están fuera de las mangas—los de los más optimistas ruedan por el suelo con la tristeza de sus gemelos descabalados—, las pecheras de las camisas se han *desballenado*, y los caballeros de esa guisa parecen tener pecho de pájaro.

Todos los fracs van estando manchados, rozados, viejos. Todos parecen prestidigitadores, malabaristas, equilibristas, barristas con pies palmípedos de tales.

Es la hora en que tiran desde no se sabe dónde un huevo crudo al más infeliz y se lo escalfan en un ojo, condecorándole de amarillo.

El chico que se ha escapado sigilosamente de su casa piensa que ya habrá amanecido y su padre notará su ausencia, y le espera detrás de la puerta con el fuerte palasán. Ya no le importa. Piensa quedarse siempre, para toda la vida, en el baile, cuyo espectáculo cree interminable.

La mujer peonza baila en medio de la sala, y el mareo en que va a caer muerta asusta a todos.

Es la hora de mantear a alguien, y eligen a un señorito de piernas largas y desarticuladas y lo mantean lanzándole hasta el mismo plafón del techo. Es como si jugasen al diavolo con él.

El que aspira como a ser célebre en el mundo con el anónimo del escándalo que está promoviendo esta noche, llega al delirio. Pero nadie se acordará de su nombre ni de su rostro, porque parece que está disfrazado o para todos como si lo estuviese.

Los buenos amigos, que, en cambio, se hubieran querido conservar cerca, pasan infieles, olvidados de nosotros, en tonto coloquio con un cualquiera.

Da vergüenza, tristeza y entra la desilusión de la madrugada y de una experiencia tan consumada, tan apurada, tan saciada, que creemos que nos enseñará a no volver a otro baile de Opera.

Sin embargo, una última esperanza le mantenía expectante a Gustavo:

¿Surgiría en la abigarrada multitud del baile otra segunda escocesa?

«No—pensaba él—; el traje de escocesa es traje de colegiala más que de máscara... No es usual.»

Se dejó coger por esos brazos que se enhebran por entre el brazo en jarras del que lleva las manos en el bolsillo, y dió la vuelta al salón con distintas mujeres, cuya habla confidencial con voces bajas de nefasta

insinuación, como las de las mujeres extraviadas del Prado, le hacían dejarlas a la segunda vuelta, desprenderse de ellas como de cargas pesadas y enganchadas.

De nuevo volvió como víctima de la fuerza centrífuga al centro del salón, donde varios hombres de frac se apostaban como a la salida de las iglesias.

Gustavo estaba ya un poco aburrido, cuando vió una escocesa.

Fuese quien fuese, tenía que aceptarla, y ya, pues era la mujer de última hora, se la podía llevar hacia la cena de media noche, y después a la casa de portal engañoso y de los espejos inclinados...

Gustavo se fué hacia ella, pero notó en sus respuestas que no se trataba ya de la fina muchachita que no podría dormir aquella noche, que sentía haberle dejado allí en medio, entre tantas mujeres, tantas, que muchos disfrazados de frac pasaban con dos, una a cada brazo...

La escocesa, que le vió llegar tan decidido, desconfió de él; pero en seguida se dió cuenta de que se trataba del señor que lo paga todo, que quizás tenía en sus venas sangre escocesa, cuando tan rápidamente se había decidido por ella.

«Le recuerdo a alguien»—pensó la escocesa, y en seguida se dispuso a hacérselo pagar.

Gustavo la prometió todo con tal de que le acompañase por la noche, y Gustavo salió con ella a la calle y dió la vuelta a aquellas calles, enseñando a los faroles de gas su pareja, y por fin cumplió un deseo antiguo: el de esconderse con una máscara en la casita iluminada por las lámparas eléctricas perpetuas, donde todas las habitaciones estaban llenas del insomnio de las máscaras.

X

El peón perdido.

Gustavo jugaba constantemente al ajedrez en el precioso juego que conservaba *el Incongruente* de su tío Manuel, el gran ajedrecista, al que hubiese hecho un retrato cuando jugaba al ajedrez, pues era interesante verle tomar una actitud de pensador, de gran actor en el papel más difícil, de político que medita la más difícil solución de un asunto de Estado o de general que medita sobre el plano.

Aquel tío Manolo era un jugador tan empedernido de ajedrez, que había celebrado en un enorme salón de suelo ajedrezado que él tenía lo que él llamaba las cenas de los ajedrecistas y había dado de cenar a muchos de sus amigos sentándoles en las sillas rodantes que estaban unidas a una mesa en que el peón humano llenaba el ocio de esperar ser movido cenando bien y alegremente. (Era lo mismo que el ajedrez sobre las mesas en el que las miradas se pasean también como por los suelos de una habitación ajedrezada.)

Su tío Manolo había leído los documentados libros sobre el ajedrez, en que los ajedrecistas célebres—entre ellos hay muchos Shakespeares del ajedrez—estaban sentados junto a su aparato.

Huésped constante de París, iba todas las tardes a la tienda de aparatos de juego, en que, en un ajedrez vertical, se planteaban al transeunte problemas de

ajedrez estupendos, cuyas soluciones se presentaban en el mismo escaparate al día siguiente.

En aquel ajedrez ganaba todas las partidas, aunque, eso sí, tenía que tomar los buenos peones, aquellos con los que su tío había jugado toda la vida y que respondían a su doctrina, a su ingenio. Se dejaba llevar de aquellos viejos alfiles, de aquellos chinos sentados en un taburete y que sonreían con sonrisa maliciosa.

En sus ratos de apuro, cuando su renta diaria no alcanzaba a subvenir sus muchos caprichos, echaba mano del ajedrez y jugaba con aquellos ajedrecistas ricos que no sospechaban de él, que no podían sospechar, porque el ajedrez es un juego limpio, en el que en vano estarían señalados los caminos ni importaría nada poner una caperuza especial a los alfiles.

Sentía a su alrededor a su tío Manolo pensativo, con el dedo índice de la mano izquierda sobre la patilla larga. El mismo recordaba en aquellos momentos a su tío Manolo de un modo excepcional.

—¡Cómo te pareces a tu tío Manolo ahora!—le habían dicho sus viejas tías al verle jugar al ajedrez.

Y él aceptaba la alusión con verdadero orgullo, recogiendo toda la presencia perdida de su tío.

Un día tuvo la desgracia de que se perdiera un peón, y Gustavo, desolado, se mudó a otra casa, sólo por poder levantar, sin duda, los muebles de todas las habitaciones y dejar vacía la casa para ver si encontraba el peón perdido. Nada; no lo encontró; pero para no perder esperanza, y por si él no lo había encontrado y lo encontraban los nuevos moradores, siguió con la casa alquilada, aunque estaba vacía de moblaje. Era su única fortuna aquel juego de ajedrez, siempre ganancioso.

Buscó Gustavo su peón por todas las casas de préstamos, pues se supuso muy bien que se lo habían llevado para completar algún juego de marfil.

Ante aquellos juegos completos, en los que todos los peones parecían de la misma familia de los Ming, Gustavo se sentía perplejo y se llevaba todo el juego para ver de adivinar en su casa, jugando con todos los peones, mezclados uno a uno a su juego incompleto, con cuál ganaba. Con alguno sintió el alivio de ganar; pero en seguida perdía de nuevo, viendo que ninguno de aquellos peones completaban su juego.

El Incongruente estaba desolado, porque sólo podía sostener su vida llena de incongruencias gracias al ajedrez hereditario. Se iba a arruinar comprando viejos ajedreces; pero lo merecía el caso.

Volvía a jugar numerosas partidas, encargándose de los peones de siempre, con el clandestino peón nuevo entre todos, y siempre gritaba malhumorado cuando perdía:

—¡No es éste! ¡No es éste!

Los que jugaban con él iban creyéndole loco por ver cómo rompía un peón contra el suelo después de la jugada perdidosa: el peón probado y desechado.

Por fin volvió a la casa deshabitada, y buscando muy bien, dedicado a buscar en ayunas el sitio secreto en que había caído el peón, logró una tarde encontrar, junto al zócalo de los pasillos, un trozo del zócalo de la cuarta dimensión, donde encontró un guante, muchas horquillas, muchas cerillas gastadas y, entre todas esas cosas, el peón perdido.

XI

La impaciencia.

El Incongruente esperaba el tranvía, el B con disco rojo, paseándose con inquietud por la plataforma de cemento de la parada de los tranvías.

El andén de los tranvías es algo estúpido, que revela la pobreza y la poquedad del peatón, que espera en ese andén, mediocre trozo de acera para esperar al más vano de los vehículos, al que pone de mal humor, al carro para transeuntes de pies cansados, transeuntes que son como cabezas de ganado trasportadas como tales por los tranvías.

Al *Incongruente* le apretaba un zapato, le habían salido mal algunas cosas aquel día y no quería de ningún modo irse andando a su casa, donde le estaba esperando desde hacía una hora una desconocida a la que había citado a esa hora este día.

Los tranvías venían muy despacio, anunciándose desde muy lejos con tenebroso sarcasmo.

«¡Aquél tampoco es! ¡Se necesita mala intención!» —se decía *el Incongruente.*

En efecto; otros números y otras letras iban pasando por sus narices, huyendo de él como si le hubiesen gastado una broma demasiado pesada.

El estaba rojo de impaciencia y pensaba en lo que debería haber contra la impaciencia.

Ningún tranvía se anunciaba en la calle, ni de una clase ni de otra. Quizás estaban todos parados como

un tren lleno de coches *restaurants*, en la obscura y larga estación de cualquier calle, en la que, aun siendo tan tarde, parecía que habían abierto las tiendas.

Por fin, con su paso de oruga lejana, uno se anunció a lo lejos. B parecía poner en su disco rojo, ¡Bee! venía balando al acercarse, Be seguía propalando unos metros antes de llegar; pero el B se convirtió en A al estar cerca. El cobrador le miró, riéndose, al pasar, y todos los viajeros le miraron con piedad, saludándole por conmiseración. Iban sentados como muñecos y se daban cuenta de todo. Indudablemente era una injuriosa mirada de lucidez la que le lanzaban, adivinando toda su vida, como si estuviese en el sitio estratégico en que se traslucía.

La mirada de reojo de todas aquellas gentes le irritaba. Ninguna de aquellas personas reconocían en él a nadie. Todas le apuntaban con sus ojos como con una escopeta de aire comprimido, y ¡zas!, le disparaban el plumerillo de su mirada, clavándoselo en el ombligo. Ninguna mirada más despectiva que la que lanzan los que van en un tranvía al que no es ese tranvía el que espera: «Valiente desdichado ése, que no sube a nuestro tranvía... Es una vida que se queda apagada detrás de nosotros... Un desconocido que se morirá hoy o mañana en un barrio que no es el nuestro... Mirémosle con frialdad inhospitalaria.»

El Incongruente necesitaba otro alivio ya. No veía correr el tiempo en su reloj, pero veía correr el tiempo en todo, hasta en las piedras de la calle, raudas o veloces, precipitadas como las de un río que hubiese crecido por unas lluvias torrenciales...

Se doblaba impaciente sobre su bastón, como queriéndole romper. «¿Y por qué no lo he de romper si eso me aliviaría?»—se dijo, y desde ese momento comenzó a intentar con cuidadoso ensañamiento la rotura del bastón. «Así se puede esperar»—se decía, con

una sonrisa extraña, mientras doblaba su bastón cada vez más, más, más, hasta que ¡clac!, se partió.

«¡Ah!»—respiró *el Incongruente* con satisfacción, como si se hubiese tirado de un dedo, produciendo ese ruido que despereza a los nudillos de los «claquidos» que los obturaban. Después cogió el bastón y lo dejó al borde del andén.

Ya podría esperar otro rato tranquilo. Cada vez le era más imposible irse a pie. No podría caminar, lleno del deseo de llegar en seguida, pues daría grandes saltos de San Vito, y asombraría a todos con su conducta incontinente. Y *el Incongruente* sonreía al pensar en aquella paradoja que se planteaba en su espíritu de que «si se iba en tranvía llegaría pronto y si se iba a pie, desde luego muy tarde», ¡cuando por empeñarse en irse en tranvía no llegaría tal vez nunca!

Las luces dudosas, las linternas como sin número de los tranvías, le arrojaban por fin su número contrario al pasar por su lado. Era como un jugador que se iba arruinando a medida que salía la contraria siempre.

¡Ah! Pero él tenía la obcecación del jugador y pondría siempre cinco minutos más a cada jugada.

Más impaciente cada vez, y deseoso de curarse, se quitó la corbata y la tiró. Cauterizaba así su impaciencia, imponiéndose sacrificios y quedándose desprovisto de cosas.

Ahora ya tendrían derecho a lanzarle aquella mirada de tontos los que pasaban sentados en los colegios de los tranvías. Ahora ya tendrían derecho a esa mirada despectiva y burlona, porque ahora era el hombre descorbatado, que a todos les parecería que es que se ha olvidado de ponerse la corbata. ¡Imbéciles!

Seguía arruinándose, pues todos los números y las letras eran contrarias. Al final tendría que suicidarse como un jugador en último extremo.

Para matar su impaciencia comenzó a saludar a los

de los tranvías y veía cómo todos los tranvías llevaban detrás, después de sus saludos, una larga cola de cometas de la duda y de la incertidumbre, pues todos los viajeros se iban pensando en quién sería aquel hombre absurdo que les había saludado.

Ya debían ser lo menos las diez y media de la noche, esa hora en que los tranvías van ya un poco vacíos y corren como trenes sin nadie que vuelven de haber llevado a las gentes al veraneo o a la romería.

El Incongruente, que era humano en todos sus deseos y que no se los contradecía, necesitaba tragarse algo contra aquella impaciencia en último grado. ¿Qué? Repasaba en su imaginación algo bárbaro que tragarse. ¡Cualquier piedrecita de la calle! «No... —se dijo—; me tragaré mis gemelos; el del puño izquierdo.»

En efecto; se quitó el gemelo y se lo tragó. Así había resuelto con otra inquietud su inquietud primera, pues ya tendría la preocupación de qué le pasaría con aquel gemelo en la barriga, agarrado al fondo del alma, cerrando el puño suelto de su espíritu.

El acabaría con la impaciencia antes de que la impaciencia acabase con él. Se había entablado entre él y la impaciencia ese pugilato de amor propio que se arma entre el jinete y el caballo. El tenía bastantes espuelas para su impaciencia, y el gemelo le serviría de espuela ideal.

Más tranquilo, se puso a considerar la noche y hacer una cosa que calma la impaciencia: mirar hacia arriba. Durante mucho rato estuvo mirando las estrellas, tan hermosas como las que se ven cuando recibe uno un pisotón, tan rutilantes, tan colganderas como si fuesen a caer como la gota madura.

Después bajó los ojos de nuevo, más irritado que nunca, desesperado, sin que le sirviesen ya los últimos alivios conseguidos.

La luna irónica le ponía su espejuelo en los ojos

como un chico travieso asomado al balcón de la primavera.

Se estaba mareando de ver pasar tranvías, cuyo interior triste se imaginaba. Sobre todo en los cruces de uno ascendente y otro descendente se mareaba más.

Le amargaba, le dolía la vista como a un miope al mirar en vano la llegada de los tranvías lentos, siempre ya próximo el suyo, y, sin embargo, el otro, el que atravesaba su camino alejándose de él.

Ya habrá visto todas sus cosas la mujer desconocida, habrá leído sus cartas, habrá tenido tiempo de desvalijarle por completo. ¿Por qué se le ocurriría decir que la pasasen al despacho?

Estaba dispuesto al suicidio antes de no irse en el B con disco rojo. Ya era una cuestión de amor propio; arruinaría su vida si fuese necesario. No había remedio.

«¿Pero qué me pasa?»—se preguntaba, sospechando de aquella angustia de suicida.

Para derivar su enojo sospechó de aquella cocinera que tenía a la sazón, que cantaba en la cocina la Carmañola y el Himno de Riego y que estaba siempre afilando los cuchillos contra la piedra del fregadero.

«¿Se habrá equivocado y me habrá echado en la comida alguna especia prohibida? Con las especias hay que tener mucho cuidado... ¿Me habrá echado la especia de la impaciencia? Porque esto que me pasa es muy anormal.»

Gustavo echaba ya espumilla por la boca y se daba con la nuca en la espalda, echando hacia atrás la cabeza con fuerza.

Estaba en el momento de atragantarse, de tragarse un farol, de morder un hierro.

Entonces pensó en el reloj irritante que no dejaba de salir a relucir cada dos minutos.

Había visto una vez en una feria un prestidigitador

que se había tragado un reloj, y pensaba que contra la impaciencia no había ninguna aspirina parecida a la de tragarse un reloj; porque eso era como tragarse el tiempo, como comerse la hora próxima, que tan próxima parecía.

Sacó el reloj, lo miró. «Si yo me lo tragase»—pensó—. «Aunque después me costase mucho trabajo el vomitarle, no importaría».

Pero Gustavo, ante su «Roskopf Patent», desistió de su propósito. El que se tragaba el prestidigitador con dilatación del estómago era un «Longines» extraplano.

Gustavo, desistiendo de su propósito, cogió el reloj y ¡zas!, lo tiró contra las piedras de la calle, saliendo el reloj patinando como un desesperado. Sólo que lo vió un golfillo y se lo devolvió sin darse cuenta de lo que había sucedido, como si pudiese creerse que un reloj, como un sombrero, sale escapado furiosamente empujado por el viento.

Gustavo dió una propina al golfillo y recogió su hermoso reloj Roskopf, que seguía andando y señalaba las once y pico de la noche. Ya aquel reloj resultaría eterno, porque el buen golpe es el que hace al reloj ser seguro siempre.

¡Ah! Por fin apareció por el extremo de la calle, con lentitud de barca, el tranvía B con disco rojo; le desesperó el paso guasón que traía y por fin subió a él de un salto mortal, como si hubiese intentado subirse al techo.

—¿Pero qué les ha pasado?—le dijo de muy mala manera al cobrador.

—Que hemos llevado delante cinco carretas de bueyes y, para fin de males, se ha caído un buey muerto de congestión en la cabeza.

A la máquina se le había contagiado algo de la tozuda lentitud de los bueyes.

Por fin llegó frente a su casa, descendió del tranvía,

llamó al sereno y subió, más por el pasamanos que por la escalera, a su segundo piso, al que llamó con furia.

—¿Está la señorita esa que me esperaba?

—Sí... en su despacho—le dijo la cocinera.

Cuando entró en el despacho no la encontró, y ya se daba por vencido, cuando vió que había unos guantes y un sombrero de mujer sobre una de las sillas, ocurriéndosele entonces mirar en la alcoba, en cuyo lecho vió acostada, dormida, con los brazos desnudos sobre las sábanas, que es como se duermen los ángeles extendiendo las alas, a la mujer que le esperaba.

Gustavo se acercó a ella y la llamó, dándola la mano en sueños, para que resultase atento su saludo cuando ella se despertase.

La joven abrió los ojos y sonrió.

—Muy buenas noches—dijo moviendo su mano en la mano de Gustavo.

—¿Y qué deseaba usted?

—Vivir con usted eternamente...

Gustavo se puso en guardia.

Era bella aquella mujer, aunque tenía una frente de muñeca de porcelana, una frente deslumbradora, brillante, inaguantable. ¿Por qué se habrá cortado el flequillo?

—¿Viviré con usted eternamente?—le volvió a preguntar.

Gustavo, sin responder, la miraba con fijeza. ¿Había visto alguna vez a esa mujer?

No recordaba, y callaba sin responder a lo único que no podía responder

Se querían casar con él, por estar dotado de ese aspecto de loco que convence a las mujeres.

La mayor incongruencia de su vida era cómo las mujeres le buscaban y le llamaban.

Sospechaban que era un hombre excepcional, aunque no sabían a qué se debía en primer término su excepcionalidad.

El Incongruente desconfiaba por eso de toda la vida y temía aquella pegazón de la mujer que quiere quedarse nada menos que toda una vida con el hombre que le gusta.

—Pero bueno. ¿Tú quién eres y de dónde vienes? —preguntó Gustavo.

—¿No recuerda haberme dicho nunca que me querría siempre?

—Casi no me acuerdo—respondió él con cierta galantería.

—Pues yo soy la máscara de primera hora del baile de la Opera...

Gustavo se dió cuenta de que había bastante lógica en aquella presentación. Por primera vez sucedía lo que creímos imposible. Por primera vez iba la vida tan lejos como nuestras presunciones y nuestros galanteos.

Aquella chica le había prometido amarle siempre, y allí se presentaba tan decidida, que con ingenua decisión se había metido en la cama y se había dormido.

Gustavo pensó en lo comprometedor que resultaría aceptar aquella mujer, y estudió la manera de hacer que sus padres la volviesen a admitir.

—¡Ah! Yo no me levanto de aquí esta noche... He pasado sola la mayor vergüenza, que es la de desnudarme, y no paso la de tenerme que vestir.

—¿Pero qué dirán tus padres?

—Soy mayor de edad y me he emancipado para venir a verte... Les he dejado mi diario íntimo.

Después de oír esas palabras, Gustavo aceptó la dedicación... ¡Con cuántas mujeres le había sucedido eso mismo, y, sin embargo, se había podido desprender de ellas después de no mucho!

XII

¿Un Velázquez? ¿Un Leonardo?

Un día apareció en su casa un señor con sombrero de copa y unos lentes de tres gruesos.

—Soy un comprador de Velázquez y sé que usted tiene uno, es decir, que han pintado a su abuelo encima de un auténtico cuadro de Velázquez...

—Pase y véalo—dijo Gustavo.

El hombre de los triples lentes vió el cuadro y le preguntó a Gustavo:

—¿Me dejaría usted borrar el retrato de su abuelo para encontrar el verdadero Velázquez?

—Haga usted lo que quiera—dijo Gustavo, esperanzado de tener ese Velázquez inesperado.

El hombre de los triples lentes se quitó la levita, los puños postizos, el cuello de cura y se puso a borrar el retrato que tenía encima el supuesto Velázquez.

¿Encontraría algo?

El, con gran esmero, pasaba todos los ácidos posibles sobre la pintura muy pegada a la tela, y después de muchos trabajos consiguió poner al descubierto la tela, pero la tela materialmente visible, como arpillera decorativa.

—¿Encuentra usted algo?—le preguntaba Gustavo.

Y aquel hombre respondía aún:

—Espero... espero...

Pero nada. Gustavo esperaba con impaciencia y desconfianza ver cómo acababa eso. Le parecía que

aquel hombre le iba robando a su abuelo y no se lo substituía.

—¿Pero no vé que no aparece nada?

—Eso espero...

Por fin el hombre de los lentes triples se detuvo en su tarea, y mirando a Gustavo fué guardando sus bártulos, diciéndole con la mayor tranquilidad, cuando se los hubo guardado:

—Perdón, caballero... Discúlpeme. Pero debajo de su abuelo, según he podido apreciar, no había nada...

—¿Pero no me devuelve usted mi abuelo?

—Veremos en la restauración de volverle al cuadro. Yo quería hacerle ganar mucho dinero comprándole el Velázquez...

Gustavo no sabía qué hacer con aquel señor absurdo que le había suprimido un antepasado.

El desconocido, con una actitud solemne de experto y de médico forense, miraba todos los cuadros de la casa como si todos tuviesen un gran valor...

—¿Y aquel cuadro?—preguntó, señalando una expresiva y brillante cabeza de mujer que desde tiempo de su bisabuela ocupaba aquella altura en la alcoba de la madre de Gustavo.

—Aquel cuadro—respondió Gustavo—no se sabe a quién representa; peio decía mi madre que lo veía tener una expresión tan viva a veces, que tenía que cerrar los ojos y volverse de espaldas a él.

—Pues yo le juraría que es un Leonardo... No he visto nunca incandescer la sonrisa de esa manera nada más que en los cuadros de Leonardo...

Gustavo fué a buscar la escalera y, alargando los brazos hacia lo alto, en las alturas de la habitación de techo muy alto, lo tomó en sus manos y lo bajó con cuidado. Cuando estuvo ya abajo y fué a dar el soplo que desempaña del primer polvo los cuadros muy lejanos a los plumeros, se quedó muy sorprendido de verse en el fondo del cuadro. El mismo señor miste-

rioso dió un grito, y los dos se quedaron suspensos frente a la evidencia: aquel retrato no era un retrato, era un espejo.

¿Pero qué mujer eternamente la misma y con rostro real y perfecto recogía en su luna enfocada hacia lo alto?

Los dos hombres volvieron la cabeza en derredor, buscando el cuadro que podía haberse reflejado en el espejo. Ninguno. Aquella mujer perdida era algo inolvidable y de una fisonomía simpática y como iluminada.

Gustavo miró con rabia al caballero de los lentes con talla de piedra de molino como si le quisiera asesinar con la mirada por haberle destruído dos cuadros, y después, silenciosamente, subió de nuevo la escalera y volvió a colocar en su alto clavo el cuadro, como buscando que espejease de nuevo la imagen perdida...

—¿Ha vuelto de nuevo?—preguntó Gustavo con gran turbación al hombre gafudo que miraba desde buen punto estratégico el cuadro.

—No... No ha vuelto... Quizás es que esté torcido hacia la derecha...

Gustavo, con gran cuidado, lo colocó mejor; pero el señor gafudo seguía diciendo:

—No... No... No...

—¿Y así?...—volvía a preguntar Gustavo de vez en cuando.

—Tampoco... Tampoco — contestaba invariablemente el hombre nefasto.

Por fin, Gustavo, cansado de la larga estancia en un travesaño de la alta escalera, bajó con presteza de bombero al suelo, se encaró con el cuadro, vió su resplandor de cornucopia y, encarándose con mucha indignación con el mal ojerizo caballero, le dijo:

—¡Váyase de mi casa, destructor de cuadros, que va usted a borrarme el resto de ellos!

El hombre, asustado, salió corriendo hacia la puerta y huyó por las escaleras. Iba más asustado de lo que había pasado en el cuadro que de las palabras de Gustavo.

Gustavo, triste, robado, desposeído, se sentó en una butaca de la alcoba de su madre y se quedó mirando aquel cuadro desaparecido, aquel cuadro convertido en espejo ahora y que reveló durante mucho tiempo una presencia real que había flotado en la habitación sin descomponerse.

XIII

La lluvia torrencial.

Aquella tarde comenzó a llover de un modo pavoroso.

El Incongruente, que conocía el mundo como nadie, se decía: «Siempre puede suceder esto... ¡Cuánto había yo esperado una lluvia así!»

Y la lluvia no paraba. Habían pasado los cinco minutos de los grandes chaparrones y continuaba con igual fuerza.

Gustavo comprendía lo terrible que debía de haber sido para los que les cogió en la calle y cómo debían de mirar a sus balcones iluminados, viendo con encanto el espesor de los muros de la casa.

«Es cuando mejor sabe que sean espesos.»

La lluvia, no de gotas, sino de jarros de agua tirados desde las ventanas del cielo para despejar de indiscretos las calles, caía como si fuese lluvia de canalones más que de las regaderas usuales.

Gustavo, que había visto pasar por tres veces los cinco minutos de la tregua sin que hubiese tregua, estaba sorprendido del torrente que barría las calles.

«¡Qué admirable aislación del mundo la de las casas! Mucho cuestan y numerosos albañiles las edifican; pero el día torrencial son una bendición.»

Las luces de gas se apagaron bajo el torrente, y las calles se quedaron más desoladas aún.

En eso sonó el timbre de la calle.

«¿Quién a esta hora? ¿Algún amigo que pasaba por ahí y que viene a pedirme el albergue de una butaca?»

Gustavo abrió la puerta, temeroso de que entrase una larga hilera de transeuntes recalados que le ocuparían la casa como se ocupa un portal; pero no; entró sólo una señorita, que se escurrió por la rendija de la puerta como una rata mojada.

El Incongruente cerró entonces la puerta, y lleno de curiosidad volvió al despacho donde la rata mojada se había metido.

—Bueno, señorita...—dijo Gustavo con su mayor naturalidad y con mucho afecto.

—Bueno, caballero... Supóngase que soy la víctima de un naufragio—dijo ella justificándose.

—¡Ah! Doy por bien sucedido el naufragio y echaré más leños a la chimenea en honor suyo... ¿Quiere ponerse una americana mía y unos pantalones? Los náufragos aceptan cualquier prenda...

—¿No tiene una colcha bonita?—repuso ella.

—Sí, tengo una colcha y se la voy a dar en seguida.

Gustavo volvió con la colcha de grandes flores como lechugas.

Ella cogió la colcha y se ocultó detrás de un biombo, saliendo al poco rato como vestida con una bata.

—¿Y quiere unas zapatillas?

—A una mujer nunca se le ofrecen unas zapatillas... ¡Qué horror!

—¿Quiere un almohadón para los pies?

—¿No tiene zapatos de *smoking?*

—Sí.

—Pues eso... Eso es lo que me conviene.

Gustavo entró en su alcoba y apareció en seguida con los zapatos de charol... Ella los cogió y se los puso como si fuesen de señora.

Los nuevos leños ardían con animación, soplando el humo por en medio del tronco y teniendo iluminaciones de gases etéreos, gases optimistas como espi-

rituales ráfagas del bosque, como íntimas ilusiones dormidas en la madera.

La desconocida, la náufraga de la lluvia, sonreía y tenía el aspecto de una mujer en la intimidad de su casa.

—Bueno... Pero...—insinuó Gustavo, cansado del silencio excesivo.

—¿Qué?—contestó ella con impertinencia—. Estaba usted solo y asomado al balcón viendo la lluvia torrencial... No tenía usted mujer, puesto que los demás balcones estaban apagados... Bien podía usted recoger uno de los náufragos de la noche... Pero no tiene usted derecho a conversación... Con un náufrago no se conversa... Además, la lluvia que ha caído sobre mí ha borrado todas mis ideas y no sabría sostener una conversación...

—No, señorita; yo no intento conversar con usted; sólo la iba a preguntar quién era y dónde vivía, para enviar un recado a su casa...

—Pues es inútil... No sé cómo me llamo ni dónde está mi casa... La lluvia ha borrado mis recuerdos... No se puede imaginar cómo ha borrado la fisonomía de las calles... Los letreros de las tiendas y los nombres de las calles los ha borrado por entero, y también los revocos de las fachadas... Todo se ha ido a las alcantarillas, y las grandes letras de bulto de las muestras iban empujadas con el agua, que parecía una sopa de letras... La ciudad ya no tendrá fisonomía... ¿Cómo no me iba a perder yo, forastera, que vivía en casa de unos amigos, me parece que almacenistas o sastres, de cuyo balcón se habrá borrado la muestra?...

El Incongruente veía en ella la náufraga auténtica de la tormenta, a la que había agudizado los bellos y finos hombros la lluvia.

—Pues aquí tendrá usted una casa en que estar recogida hasta que recuerde.

—Es que no recordaré nunca...

—Bueno... bueno... Yo no marco límite a su estancia en esta casa...

—Pero siempre me tratará como a una náufraga.

—Siempre.

La lluvia seguía apretando, y hasta las persianas verdes habían perdido su verde. Realmente todas las casas parecían la misma, un molde en cartón piedra, de muros sin expresión. ¡Bonita se había quedado la ciudad! Igual parecería la que era que la que no era. ¡Pero menos mal que había pescado una náufraga!

—¿Y usted, no cena?—la preguntó Gustavo con timidez.

—Sí... Yo ceno...

—Pues puedo ofrecerle unos huevos y un poco de carne fría.

—No... No puede ser... Una náufraga necesita caldo y caldo caliente... Después necesita una náufraga merluza cocida. ¿Es que no sabe cuál es el menú de una náufraga?...

Gustavo buscó a la cocinera y la indicó lo que tenía que hacer para la náufraga.

Cuando volvió junto a ella, le dijo:

—Sepa que ya están preparando el menú de la náufraga...

—¿Y esta noche, dónde dormirá?—preguntó Gustavo.

—Una náufraga duerme siempre en un diván...

—Bueno... Muy bien... ¿Pero así todos los días?

—¿Cómo todos los días? ¿Pero es que cree que voy a estar aquí muchos días? Una náufraga debe irse a la mañana siguiente al naufragio, muy temprano...

—¿Pero dónde, si ha olvidado su casa?

—Al pueblo donde nací... De lo que no me he olvidado es que soy de Huevre... ¿Quiere decirme de qué provincia es ese pueblo?

Gustavo buscó en su diccionario y se lo dijo. Ella repuso:

—En el primer tren me volveré a Huevre... Los náufragos aprovechan el naufragio para volver al pueblo en que nacieron...

La cordialidad iba embelleciendo a la náufraga, y cuando, después de la cena, *el Incongruente* se acercó a ella para charlar, viendo sus ojos azules, le dió miedo aquella mujer, a la que tenía que respetar porque era la náufraga de la tormenta y a la que, sin embargo, hubiera querido abrazar, porque estaba apetitosa envuelta en su colcha como si fuese el troncho fresco envuelto en las hojas frescas y verdes de una buena lechuga... ¡Magnífica ensalada!... ¿No le daba derecho a cualquier exceso el que la sentase tan bien su colcha?

Era otra mujer fácil, por como se había metido en su casa; pero imposible porque tenía la dignidad más fuerte del mundo, la dignidad de la náufraga.

Se durmió en el diván envuelta en su colcha y en algunas mantas que la echó; se durmió él en su lecho viéndola dormir, y cuando se despertó al día siguiente se encontró su colcha desprendida del fantasma, pues la náufraga se había ido al pueblo en que había nacido.

La ciudad ¡oh incongruencia! había amanecido de un modo parecido a cuando nieva, y todo está nevado. Estaba blanca, lavada y raspada como las puertas que van a ser pintadas, sin cejas, bigotes ni pestañas.

XIV

El día optimista.

Aquel día Gustavo escuchó entre sueños un canto extraño, continuado, agudo como una lezna. ¿Qué era aquello?

Se levantó, y, descalzo sobre las alfombras, buscó el pájaro.

Era el pájaro mecánico descompuesto, que vivía mudo en la jaula dorada, cuya portezuela había sido sido arrancada, descubriendo eso más la falsedad del pájaro inmóvil.

¿Cómo había roto a cantar aquella mañana? No había oído nunca su canto, y su canto, aunque era hiriente, tenía modulaciones de ruiseñor.

Encontró Gustavo en el día el temple del día feliz, y encontró que era el primer día entre el invierno y la primavera en que las alfombras sobraban.

Algo había anunciado aquel pájaro con su canto inesperado y valiente. Era como una marcha real que le ofrecía la casualidad antes de algún acontecimiento excepcional.

Se afeitó con más jabón que nunca, para ablandarse la barba más que nunca, y usó una navajilla nueva para que el descañonarse no pudiese perturbar la suave felicidad de su rostro.

Y el pájaro, sobre el que caía un rayo de sol, seguía lanzando sus trinos, en que, por lo visto, se desplegaba la tensión de la cuerda interminablemente cohibida durante años.

Pi pi pi piri pi piri...

Esperó el correo o la visita que le había anunciado el día; «pero—como se decía a sí mismo paseando por la mañana con el pijama azul del optimismo—la incongruencia hará que el día más feliz de mi vida esté vacío de acontecimientos».

Nada. No vino el correo, ni el timbre sonó para otra cosa que para que pasase el carbonero, que es el hombre de las grandes pegas, pues numerosas veces en la vida nos hemos encontrado con el carbonero cargado con su serón como un féretro, cuando íbamos corriendo a abrir a persona muy querida y esperada o a recibir el recado fausto o pingüe.

Gustavo, sin embargo, sentía a su lado una felicidad mayor, y los cristales de los balcones brillaban como subrayada su alegría por la raya especial del biselado. Esas rayas nítidas y clarividentes del biselado alegraban más el resplandor de la mañana, con tipo de mañana de San José.

Gustavo, cansado de esperar, dejó la casa llena del canto del pájaro mecánico y salió a darse un paseo con aquella felicidad innombrable.

Como los grandes días felices, siguió el camino de sol junto a los pinares de copa sombrilluda, uno de los cuales estaba lleno de cantos de niñas, y después, como para señalar la fecha, como tantas veces, se fué a retratar a la alta galería de su fotógrafo, cuyos cristales brillaban, como en los solemnes días, con grandes borrones de luz.

El fotógrafo le sonrió, y colocándole en el sofá de honor, le dijo con malicia:

—Hoy no hay que decirle a usted que se sonría.

Gustavo se sonrió más y vió meter en la máquina una gran placa, cuyo tamaño le sorprendió, pues era mucho mayor que aquellas usuales con las que le retrataron siempre.

La bruja de la máquina se acercó a él como grulla

curiosa, y Gustavo sonrió mirando los jardines vagos, los jardines de la monotonía y de la neurastenia de los telones de recambio para otras funciones y otros cómicos más dramáticos, más alegres o más pastoriles.

Gustavo, cumplida la misión de perpetuar su figura embalsamada en el día feliz, bajó las escaleras de la fotografía contando con los quince días de tregua hasta que se reciben las pruebas, que se notan mucho al bajar la escalera, pero que después no se notan nada.

La tarde tenía luz para mucho rato, luz para más día que otras veces, y las tiendas de loza se repetían más y ponían esa alegría que ellas lanzan a los buenos días, pues son bastante más alegres que las joyerías.

Gustavo miraba en todas las lunas de los escaparates su silueta de hombre feliz, la silueta con que había dejado impresionada la placa fotográfica.

En su camino se encontró numerosas orquestas de ciegos, las orquestas que riegan de música las calles y que sólo los días de gran suerte se encuentran. Estaba sorprendido de las numerosas orquestas de ciegos que había sueltas esa tarde. En cada boca de riego parecía haber alguna.

Se sentó en las cervecerías al aire libre y vió que las botellas de cerveza daban un taponazo que parecía un cohete y la espuma de la cerveza se escapaba con más frenesí que nunca.

Había carcajadas por todos lados, y entre los amigos llevaban al que daba las mayores como si fuese un borracho.

Gustavo sentía en sus piernas la flojera del día feliz y encontraba en la calle el regustillo de ese aire de fiesta cuando acaba de pasar la procesión y la ciudad se prepara aún para la cabalgata luminosa, para la retreta que apiña las sombras femeninas a las masculinas en la angosta acera de la calle.

Nadie parecía querer dormirse aquella noche antes de las dos de la noche.

Gustavo cenó alegremente en los *restaurants* en que el hombre que cena solo cena con las miradas de todas las mujeres que cenan con los demás y están aburridas de ellos.

Después se fué a los cafés cantantes, donde se es percha de cinco mujeres, y en el diván de los muelles rotos fué como el gimnasta que soporta siete mujeres a sus espensas. Convidó como si fuese el día de su santo, y en atención a eso aquellas mujeres le dieron a oler sus senos como si fuesen magnolias.

Por fin Gustavo, en el día de incomprensible felicidad, se fué a su casa a las tres de la mañana con las manos pegajosas de licores con azúcar y con un terrón en el bolsillo, el terrón que simbólicamente puso en la jaula del pájaro mecánico que cantaba aún en la noche como ese pájaro desvelado, muchas veces por la animación de la casa en desgracia, y que rompe a cantar como un descosido.

XV

Las pruebas del retrato.

Al cabo de los días, Gustavo volvió a la fotografía en busca de la prueba de su retrato del día optimista. Iba como para ver un retrato de juventud, algo así como el retrato de su primera comunión.

El ascensor del fotógrafo, que tiene algo de cámara fotográfica y que es alegre porque conduce al último piso de la luz y de la inmortalización, le condujo a las alturas.

Ya el fotógrafo no recibía el día de ir por las pruebas como el día de hacerse la fotografía. Ya el que iba era el acreedor, y él se había gastado ya el dinero. Sólo el que estaba ya el producto depositado en un sobre hacía amable al de la caja.

En vez del «haga usted el favor de pasar» del día de ir a encargar las fotografías, era un «pase usted», seco el que recibía el que iba por sus pruebas.

Ya ese día era un sitio sagrado, en el que no se podía entrar, el sitio de la máquina, la galería con su cosa de alegre terraza, en la que van a despachar un arroz.

Otras gentes se vestían o eran recepcionadas en el salón de la luz espléndida, donde el fotógrafo bailaba un rigodón con los que iban entrando.

Ya los que entraban a retratarse tenían un gran desdén por los que iban a recoger su fotografía, porque ellos estaban en plena fiesta y los otros eran los que iban por los residuos de la fiesta, ya chafados, fraca-

sados, vencidos, con la camisa sucia y los guantes renegridos.

Gustavo iba inquieto y deseoso de recoger su retrato. El «él» de aquel día feliz próximo y al mismo tiempo remotísimo era otro tan distinto, tan anómalo, tan excepcional, como que el pájaro mecánico, que no había cantado nunca desde hacía muchos años y que se había vuelto a negar a cantar desde el día siguiente, hubiese cantado esplendorosamente, como los pájaros de las peluquerías, que cantan maravillosamente por entre los cortes de las tijeras y las púas de los peines.

Le parecía como si en aquella tarde él hubiese paseado por una ciudad muy de Río de Janeiro, vestido con un traje blanco.

«Pronto voy a enterarme»—se decía, ya en la ventanilla, esperando a que diesen sus retratos a la muchachilla, que también se sentía otra que la del día del retrato y que ponía una gran avidez al meter la cabeza por el ventanillo.

El encargado dió a Gustavo los retratos en el azul sobre comercial, y Gustavo sintió la timidez de ver los retratos allí mismo. Eso estaba permitido a las señoritas, a las modistillas y hasta a los recién casados; pero todo hombre que se ha retratado solitario debe ser como un magistrado que se retrata porque tiene el deber de retratarse. Mirarse en un retrato delante de gente es como mirarse en el arroyo narcísico.

Gustavo aguardó a estar solo en las escaleras, que parecen ser un vano tan grande del mundo, que ni Dios ve lo que pasa en ellas.

Ya en las escaleras sacó su retrato y se quedó asombrado porque lo primero que vió es que no estaba solo, que en la fotografía, a su lado, había una mujer desconocida, sentada al otro extremo del sofá.

«¿Quién será esta mujer?»

No era fea. Era una mujer de una gran simpatía,

con unas retorcidas patillas que la daban gran carácter.

«¿Pero quién era ella?»

Gustavo subió de nuevo las escaleras y mandó llamar al fotógrafo. Estaba acabando de retratar a una familia de doce personas, así es que tardó mucho. Gustavo, mientras, miraba con asombro a aquella mujer, que muy a su lado, parecía buscar su calor y haber deseado unir su cabeza a la suya en la fotografía.

Buscó por las vitrinas otro retrato de aquella mujer, pero no lo encontró. Era la más agradable de todas las retratadas y la que respiraba más felicidad.

El fotógrafo salió por fin para ver qué le quería Gustavo y se sorprendió muchísimo de aquel caso. Todos los que esperaban turno para retratarse miraban a Gustavo sorprendidos, como si se tratase de un loco o de un desmemoriado, pues aquella mujer revelaba una verdadera intimidad con él.

—¿Pero es verdad que venía usted solo?... Yo no me acuerdo ya; pero me parece que venía usted con la alegría especial del que viene acompañado...

—Pues le juro a usted que venía solo... aunque, eso sí, viniese alegre...

—Pues no parece que sea una superposición, porque hubiese sido mucha casualidad que hubiesen coincidido todos los detalles... Usted debe de estar trascordado...

—Es algo muy difícil de olvidar una mujer... Ellas se encargan, señor fotógrafo, de que no se borre su recuerdo tan pronto como uno quisiera muchas veces..

El fotógrafo, que no podía comprender aquel despropósito, le dijo a Gustavo:

—Bueno, pues déjeme una prueba y llévese las demás, y yo estudiaré qué ha podido ser eso...

Gustavo, consternado y sonriente, salió por en medio de los grupos sin dejar de mirar el retrato.

La muchacha a la que la tocaba la vez de retratarse, oyó Gustavo que le decía al fotógrafo:

—Pero que yo no salga al lado de ningún caballero... ¡Fíjese lo que iba a decir mi novio!

Gustavo, ya detrás de la puerta, se asomó riendo al óvalo de cristal de la entrada y después volvió al descenso de la escalera, parándose en cada escalón para pensar mejor qué podía haber sido aquéllo.

Era otra mujer que le ponía la casualidad en su camino, aunque con tan mala fortuna que no le dejaba sus señas siquiera.

«¿Se me pegaría en el paseo de los Pinos?»

«¿Quizás la alegría del pájaro mecánico dependió de verme con esta mujer misteriosa?»

«Si fuese más antigua, pensaría que era una antepasada; pero toda la moda es actual.»

«Además, a mí nunca me ha pasado nada completamente sobrenatural... Todas esas bromas que me gasta el Destino han tenido siempre una base de realidad.»

«Ahora yo debo buscar por todos lados esta mujer que se ha sentado conmigo en el sofá fotográfico; esta cómica del alto teatrillo de aficionados.»

«Sus patillas son dos interrogaciones lo bastante encosméticadas.»

Gustavo seguía parándose en cada dos escalones, deseoso de salir a la calle con alguna orientación y sin el retrato en la mano, porque las vecindades de los fotógrafos están llenas de gentes guasonas y fisgonas que sonríen al que sale porque ya saben cuál es la clasificación de los retratados y conocen la cara del que se admira a sí mismo; la cara del que ha salido mal y quiere imitar con su rostro el gesto raro que le han sacado en el retrato; la cara del que se cree un redomado hipócrita por el tipo de eso que ha sacado en la fotografía, etc., etc.; una clasificación muy larga, pero que aplican desde detrás de los visillos al que

desemboca en la calle radiante por el portal del fotógrafo.

Gustavo, en vista de eso, guardó los retratos y, después de preparar un gesto muy compuesto e indiferente, salió a la calle.

Sólo al torcer la esquina, cuando estuvo en la plaza independiente, sacó de nuevo el retrato y se dispuso a perseguir a aquella mujer por todos los rincones de la ciudad, asistiendo a todas las iglesias, comiendo en los *restaurants* y en los comedores de hotel, parándose en las esquinas, montando a caballo, que es como un hombre se acerca más a los balcones de las casas y recorre una ciudad con una atención más cachazuda y solemne, tanto que si él fuese detective siempre seguiría a caballo todas las pistas.

XVI

La de las patillas interrogativas.

Llevaba muchos días de buscar a la compañera de fotografía, a la mujer de las patillas muy atusadas, como interrogaciones. Cada vez le interesaba más, y sobre todas las nuevas incongruencias de cada día resplandecía ella, la interrogadora además de ser la incógnita.

Desechada toda esperanza y por agotarlo todo, fué a ver al fotógrafo con el temor de sus risas y quizás de sus impertinencias.

Subió en el ascensor sin ninguna alegría, con la seriedad con que siempre subía en los ascensores.

Gustavo pensaba siempre que ascendía en ascensor cosas peregrinas.

«Están demasiado solos los descansillos por los que va pasando el ascensor. Debía haber alguien saludándonos en cada piso, mirándonos hasta perdernos de vista en lo alto, como si vieran ascender un alma al cielo... Debía haber mujeres en blancos matinés de criollas que moviesen sus pañuelos de encaje como si fuésemos los primeros aeronautas que ascendieron en un globo cautivo.»

Gustavo miraba con tristeza los descansillos, a los que hacían un feo horrible la puerta de la derecha y la de la izquierda completamente cerradas.

¡Qué gran deseo de repartir saludos en el trayecto, más raudo que el del tren oficial, que no se para en las

estaciones, tan raudo como un aeroplano oficial que se fuese encontrando a la humanidad en fila!

«En el ascensor se rectifica la corbata y se prepara el saludo y la disculpa para la visita.»

La espuela del ascensor sonaba al pasar por el límite de cada piso.

Gustavo sólo temía que alguien le cortase los jarretes al ascensor y cayese sobre su asiento, o que tropezase en el techo, dándose un coscorrón terrible.

Gustavo, por fin, junto a la techumbre, en el teatro sin música, sin palabras y sin pantomima, saltó del ascensor como de una carroza y cerró las puertas sobre su ausencia para que descendiese su ausencia—de algún modo él—al mismo sótano.

Al verle entrar, el de la *Caja* le dijo:

—Le esperábamos.

—¿Se encontró a la mujer de mi fotografía?

—Sí... Es que se usó la misma placa dos veces, con tan rara coincidencia, que resultaron los dos como retratados al mismo tiempo... Gracias a que esa señorita vino a buscar su fotografía y no la encontramos, dimos con lo que había sucedido...

—¿Y quién es ella?—preguntó Gustavo sin poderse contener.

—Es una señorita pianista... Primer premio en el Conservatorio todos los años... Vive junto al Conservatorio, en el número cinco de la calle del Conservatorio... Vive con su mamá...

—Muchas gracias... Ya he salido de dudas... Créame que me estaba volviendo loco esa mujer desconocida y sentada a mi lado...

—El maestro ha dicho que, si quiere usted, repetirá la fotografía...

—No... No... Adiós—dijo Gustavo, temeroso de llevarse otro susto apareciendo retratado con otra mujer desconocida.

Gustavo bajó la escalera defraudado. Se había creí-

do ya que le pertenecía aquella mujer y se había acostumbrado a ir de su brazo, porque en el fondo la creía a su lado siempre, cuando ahora resultaba que era una pianista ¡con los primeros premios del Conservatorio!, el fruto prohibido, la mujer llena de ataques nerviosos, la epiléptica del piano, la de los dedos duros e imperiosos, la de los avarientos abarques con la mano, la espantosamente honesta.

Una pianista con los primeros premios del Conservatorio era la señorita inconvencible, orgullosa, casadera, con la que era inútil probar la aventura.

¡Ah, no! ¿Casarse con la pianista consumada, la mejor pianista de una generación, que lo tocaría todo como una pieza de estudio? No. Ni siquiera subiría a su casa por no ver los taburetes llenos de partituras desencuadernadas, como revistas viejas mal barajadas y con los nombres de los compositores en los antiguos tipos de imprenta de los antiguos carteles de concierto...

No podría visitar a esa muchacha, que lo primero que haría sería, para demostrarle quién era, volverle la espalda y tocar algo, lo más largo, al piano, sin papel, viendo en el espejo negro del barniz de muñeca su silueta y el de la vieja madre, siempre vigilante...

Había que renunciar a aquella aventura, pues era una de las peores añagazas que le había preparado el Destino la de quererle casar con la niña del Conservatorio, la mocita de las patillas interrogantes, que rizaba como unos bigotes de caracolillo sobre sus sienes musicales.

Siempre sería curiosa aquella fotografía en que resultaría retratado con la mujer a la que no conoció nunca.

XVII

Un telegrama.

Ya estaba la casa sumida en la obscuridad y el silencio. Era la única hora en que Gustavo se sentía libre de la incongruencia, y gracias a eso podía descansar y prepararse con ese asueto para el inesperado Carnaval del día siguiente. Ya hasta el timbrazo del lechero no se oiría sonar en la casa.

Todos los nervios de Gustavo se aflojaban como los de las guitarras cuyas clavijas se sueltan.

Ya todo estaba hundido en la blandicie del irse a dormir, cuando, rin-rin, sonó el timbre y se encendió la bombilla del pasillo, poniendo una lumbrarada de incendio que acaba de estallar súbitamente y cuyo primer chispazo alumbra demasiado.

Gustavo, temeroso, como siempre, del Destino y su estar bromeando cruzando con el suyo los hilos de otros destinos, como los días de mucho viento se cruzan los del teléfono, se levantó y salió a abrir con el pijama de los sustos, el pijama de cuello levantado y arrugas de sobrecogimiento por todo el cuerpo.

Era el chico de los telegramas, con su cara despierta de chicuelo que vela y se burla sin poderlo remediar de los que se levantan enfurruñados de sueño.

Se iluminaba, como el monago de las extremaunciones, con la vela consumida que le acababa de dar el sereno, como una anticipación a lo que no sabía si podría cobrar, pues el pobre chico de los telegramas

muchas veces vuelve a bajar con el telegrama intacto, porque «no es ahí» o porque el durmiente o la durmiente no ha querido levantarse.

Gustavo le dió unos céntimos, firmó el rabo del telegrama, cerró la puerta y después abrió el parte:

Muerto mi marido y enterrado esta tarde, te espero primer tren de la mañana o, si no quieres venir plena luz, tren del atardecer. Mis señas son: Velarde, 55.—SOCORRO.

Gustavo, sorprendido, pues no se acordaba de ninguna Socorro, buscó de nuevo la dirección del telegrama y se encontró su nombre y sus señas, la característica de *urgente* y que venía de Segovia.

«¿Qué debo decirme—se consultó a sí mismo Gustavo—: ¡Pobre Socorro! o ¡Feliz Socorro!?»

Desde luego iría al otro día al atardecer, y pensando en quién sería aquella mujer que le llamaba con tan ansiosa súplica, se durmió.

Al día siguiente salió en el tren de la tarde, y cuando hubo llegado a la vieja ciudad merodeó sin equipaje por los alrededores de la casa de la viuda.

Un pañuelo de orla negra le hizo señas desde un balcón, y Gustavo penetró en el portal de la casa, siendo recibido por la misma viuda, que le abrazó tiernamente.

Le parecía haber visto a aquella señora en una cena célebre, o algo así por el estilo.

—¡Me había quedado tan sola, que pensé en usted!

—Muy bien hecho—repuso Gustavo, sin atreverse a preguntar por qué le había llamado.

Encontraba en aquella mujer tan desconocida y tan íntima el parecido de alguna mujer que se cruzó en su camino antiguamente.

Cuando se acercó a ella para inmolarla con sus besos, notó que olía a éter como una borracha.

A media noche la dió un ataque de histerismo y él la dió te y agua de azahar. «Vaya—se dijo Gustavo—; esta es la mujer por la que hay que levantarse de noche toda la vida.»

Pero tenía para Gustavo el encanto de la incongruencia, porque ¿por qué le había llamado?... ¿Por qué había entrado a usar algunas prendas del difunto, hasta sus zapatillas, por ejemplo?

No se lo explicaba; pero eso le hacía guardar una gran cortesía con la dueña de la casa.

Ella se ponía cada vez más histérica y maltrataba a Gustavo con sus escenas y sus desmayos. El otro se había suicidado, según le dijeron, y quizás su entrometimiento y su histerismo le iban a llevar a él al sepulcro.

La encontraba muy amable compañía de las comidas de por la mañana, pero muy lívida y accidentada durante la noche.

Día tras día, Gustavo la distrajo; pero era inútil luchar con su histerismo.

De noche tampoco dormía, lo que la hacía más histérica al día siguiente.

Gustavo tenía miedo. ¿Se tendría que suicidar él también?

Para el barrio, Gustavo era su hermano, y era gracioso, durante el novenario, ver a Gustavo recibir a todas las señoras del barrio que se condolían de la muerte del pobre esposo de Socorro.

Todo le divertía y le distraía a Gustavo; pero constantemente se preguntaba: «¿Quién es esta mujer?», encantado de gozar lo desconocido con temblores de usurpador.

Gustavo, sin embargo, tornábase cada vez más inquieto. Aquella mujer decía cosas que le dejaban preocupado.

—Hoy ha amanecido el día nevado de minutos... Asómate, mira...

Otra vez la veía limpiarse la cabeza con cepillo y lendrera, como una desesperada.

—¿Pero qué te pasa?—la preguntaba.

—Que tengo la cabeza llena de segundos...

Tenía la sensibilidad del tiempo; los relojes la desesperaban. El uno le parecía una máquina de coser; el otro, una máquina de escribir, y durante la noche no había hora con ella.

Era la loca. Se había convencido de ello; pero no se acababa de desprender de su lado, porque tenía las blanduras de la locura, que son difíciles de hallar en una mujer como no sea una loca.

Gustavo estaba atemorizado, aunque le compensaba de todo el verla venir hacia él por los largos pasillos del caserón, muy pálida y con la vela en la mano. Además, le unía a ella, fuera de ese sabor a banana madura que tenía el secreto insospechable para él de por qué la había llamado.

Temeroso de continuar allí, la preguntó un día por fin:

—¿Y tú por qué me pusiste ese telegrama?

—Te elegí entre los que figuran en la *Guía de Vecinos de la Capital*. Abrí el libro por cualquier lado, y con los ojos cerrados elegí cualquier nombre... Fué el tuyo, y por eso te puse el telegrama...

Gustavo se quedó defraudado. Había sido elegido en sorteo. Pudo haber sido otro el que disfrutase de Socorro; la ilusión estaba muerta, y Gustavo huyó de la histérica como de la trampa más hipócrita del mundo, pues la locura se pega y los microbios más perfectos son los de la locura.

XVIII

La doncella del domingo y las aventuras del domingo

Los domingos tenían para *el Incongruente* la congruencia espantosa de lo que está regulado por los paseos en orden de las personas de orden.

«¡Qué esperar de un domingo!»—se decía él con engaño y rabia; y miraba por los balcones el mundo lleno de los pájaros grises del domingo, de esas palomas grises que ponen gris la tarde.

Las tiendas cerradas eran como portales o balcones cerrados, y los ventanillos que algunas puertas tenían en lo alto ponían más triste la tarde.

El Incongruente comenzaba a pasar la tarde de convalecencia del domingo, que el lunes es tarde de recaída y el martes es ya normalidad.

Las horas eran las horas de la vacación, y sonaba la campana del reloj con displicencia, como repitiendo las horas, dando las tres en vez de las cuatro, y cosas por el estilo.

En la casa de arriba se movían las gentes y pateaban con esa inquietud que les entra a todos en la jaula del domingo, y el arrastre de las sillas sobre la tarima daba dentera a toda la casa.

El Incongruente tiró el libro sobre una mesa con rabia y alborotó el silencio de su casa.

—¡No espero nada del domingo!

Y se comenzó a pasear por la casa hablando solo.

—Es un día en que está cerrada la Casualidad... ¡Qué se va a esperar de un día en que está cerrada la

Casualidad! Es un día en que mejor sería que nos cloroformizasen...

El Incongruente, que estaba acostumbrado a la excesiva movilidad de su vida y que esperaba cartas en todos los momentos y llamadas al teléfono y al timbre, estaba aburridísimo el domingo, en que hasta los automóviles son los molestos automóviles que matan la ilusión de los caminos porque van dándose un paseo en caravana, el paseo higiénico de la tarde del domingo.

Los objetos de su cuarto estaban más quietos e inmóviles que nunca, pasando su domingo en un mayor descanso que el de los otros días.

La cocina, en el fondo de la casa, gozaba de una calma chicha grande, y todos los cacharros estaban tranquilos porque sabían que no habría una mano que los agarrase con violencia y desafección.

Los timbres de la habitación eran vanos tiros al blanco para la pistola de la mano, pues nadie acudiría a su llamamiento.

Sólo llegaba, en el silencio de la tarde, a sus oídos el ruido de la puerta de cristales del portal, que inundaba de picaporte frío toda la escalera.

¡Qué desolador es, cuando se espera a alguien, oír el ruido del picaporte, dejar el suficiente tiempo de que pueda subir las escaleras, hasta contar idealmente el número de escalones que median entre el portal y nuestro piso, y después nada, sentir que suben más arriba!

Hasta cuando no se espera a nadie es desolador ver cómo se pierde la esperanza que inicia, que sugiere, ese picaporte de la puerta de cristales del portal, ese picaporte formidable, con cadenilla, como si usase reloj, y con algo de máquina de cortar el pelo y de taladro de revisor de tren.

El Incongruente estaba pasando muy mala tarde y se paseaba por la habitación por la que se veía la

calle gracias a que había quitado los visillos que, plegados alrededor de la varilla de su sostén, eran como las muletas con que se ha dado un pase a la tarde.

En eso sonó el timbre de la puerta y Gustavo salió a abrir entusiasmado. Era una mujer, una doncella muy guapa.

—¿Por quién pregunta usted?—la interrogó Gustavo.

—Por usted—contestó ella.

—Pues pase—dijo *el Incongruente,* ya con la sonrisa que daba una especial blancura a sus dientes.

La doncella pasó y Gustavo la introdujo en el despacho.

—Usted se paseaba por la habitación aburrido, ¿no es verdad?

—Sí; tiene usted razón...

—Pues yo pasaba, y me dije: «Pues hay que subir a consolar a ese joven...» Yo sé lo que son esas tardes así de los señoritos, y hubo domingo que, tocándome salir, me quede en casa por consolar a un señorito buenísimo que se llamaba Fernando; pero cuya madre me despidió un domingo de aquellos en que hacía la caridad de acompañar a su señor hijo...

—¿Y ahora qué haces? ¿Con quién estás?

—Con una señora sola, con la que sería insoportable quedarse los domingos...

Gustavo encontraba en la doncella tales finuras y una voz tan pía, que estaba encantado. Podía ser más sencillo con ella el diálogo que con esas señoritas a las que hay que hablar en un tono más elevado, aunque entiendan lo mismo que las doncellas.

«Ya está vencida la tarde del domingo»—pensaba Gustavo—, aunque la presencia de esta doncella en mi casa es cosa tan del domingo que no puedo dejar de ver que es domingo... ¡Es como la visita de la doncella que tuvimos y que vuelve llena de gratitud aun

después de lo sucedido, aun después del escándalo que la echó nuestra madre!»

—Yo no quiero novios de la calle. Yo sé que no soy fea, y por eso he venido a distraerle esta tarde, y usted me ha dejado entrar... Yo quiero merendar los domingos en sitios abrigaditos con los señoritos aburridos que dan ese día besos más apretados que el resto de la semana...

Gustavo, que estaba quieto y mirándola, se acercó a ella y la besó, encontrando el sabor de la carne cruda, carne inferior de «falda», que sólo se encuentra en los besos a las criadas por bonitas que sean...

Después, recogiendo la alusión a la merienda, fué al comedor y trajo elementos para una buena merienda sin servilletas, pues si hubiera traído servilletas hubiera parecido que la criada había puesto la mesa, y había que evitar esas alusiones.

Merendaron... Aquello se ponía cada vez más alegre; pero siempre le parecía a Gustavo que aquella mujer había limpiado los muebles y había cercado bien la habitación. Eso le hacía abstenerse de mayores entusiasmos.

Y la tarde caía con las gualdrapas negras con reborde dorado del domingo. Estaban deshojando los pasteles. La botella de Jerez con su reborde de lacre blanco, como un cuello de tirilla, ofrecía la sospecha de estar vacía, y el jamón se ofrecía como una pierna humana usada hasta saciar su hambre por unos antropófagos.

La doncella estaba roja; pero en los momentos de apuro sabía defenderse como sólo las doncellas bonitas que han nacido para el servicio doméstico saben defenderse.

Así llegó la hora de volverse a casa, y poniéndose los guantes blancos del domingo, iguales que los de los húsares de Pavía, se fué a casa de la señora, temerosa de llegar tarde.

* * *

Como esa aventura del domingo, todas las que los domingos le asaltaban a Gustavo eran así de inacabadas, dejando la pena de haberse festejado en balde, para desaparecer por completo, pues el domingo es el día que más desaparece y se evapora.

Los domingos aparecía en los hoteles de las afueras con mujeres cansadas, que le daban una gran pena y un gran hastío.

Los domingos, encima, muchas veces no venían las que habían quedado citadas con él, y era espantoso un domingo deshabitado, esperando y sin que viniese nadie. Es que las mujeres de los domingos estaban muy comprometidas y sólo tenían una cita que dar el domingo, y se arrepentían entre semana, o la comprometían con otro o de otra manera.

De un domingo de aquéllos, en que no había acudido la cita, le había quedado un gran castillete endurecido, que no había querido tirar a la basura, para perpetuidad de aquel domingo y por si alguna vez se encontraba a aquella mujer llevarla a ver la tarta seca. Era muy bella aquella mujer, eso era verdad, y había quedado, después de muchos ruegos, en ir aquel domingo a su casa. Gustavo había preparado todo muy bien, y hasta había puesto bombillas nuevas, para que las que había no pareciesen cansadas. Para dar a su unión un carácter de boda de reyes de Inglaterra había mandado construir un magnífico castillete de dulce. ¡Y todo se quedó esperando! Y no volvió a saber qué había sido de aquella mujer, si la había cogido el automóvil que pilla a los transeuntes embobados del domingo.

Otra de sus aventuras del domingo fué la de aquella muchacha fina, con carnes de pescado azul, que le propuso que los domingos tenía que acompañarla en unas excursiones en bicicleta. Gustavo estuvo pensando acceder el domingo a la excursión; pero se negó a ir, como se hubiera negado a la mujer que le hubiera exigido que fuese a pescar con ella.

Pero lo que le había dejado un horror del domingo fué aquella visión de la señorita gorda del domingo.

Gustavo aprovechaba los domingos para hacer algunas visitas, y sobre todo las visitas a los hoteles lejanos de las afueras.

Había una señora, amiga de su madre, que siempre que le encontraba por la calle le invitaba a pasar por su hotelito la tarde del domingo.

Gustavo, por fin, fué.

—Pase por aquí—le dijo la invitadora, vestida de blanco—. Aquí tengo a una hermanita escondida. No sale nunca a la calle... No sale de este gabinete... Varía de sillones solamente... Dos sillones con agujero en medio...

Gustavo estaba asombrado. Aquella mujer, vestida con una gran bata con la estampación de las colchas, era terriblemente gorda y parecía una exhibición de feria.

La idea del domingo se empalmó tanto con aquella mujer, que le parecía ser la representante del domingo, la verdadera Dominga.

Por todo esto Gustavo no salía los domingos, y desde que tuvo la aventura de la doncella caritativa no volvió a asomarse al balcón.

XIX

¡Suba, suba usted!

La circulación de la calle se había interrumpido, y todas las gentes de a pie esperaban poder cruzar mientras observaban a los que iban en los coches y en los automóviles, sentados en una situación muy desairada frente a aquella multitud de miradas irrespetuosas. Entre todos los que esperaban estaba *el Incongruente*. Le había tocado estar cerca de un automóvil en el que viajaba la mujer del traje de *charmeuse* negra, el sombrero chiquitito y el collar de perlas. Era muy bella, y *el Incongruente* la sonreía aún, recibiendo su perfil adusto en contestación a su sonrisa.

«Tan próximos un momento, para después separar nuestros destinos para siempre»—pensaba *el Incongruente* sin dejar su sonrisa.

«Estoy a un paso de su habitación, veo su asiento y su alfombrilla, veo sus piernas y, sin embargo, se me irá la visita dentro de un instante...»—seguía pensando *el Incongruente* sin perder su sonrisa.

La dama del traje de *charmeuse* negro estaba irritada, impaciente, pisando con el pie los embragues magnéticos del automóvil...

El gran atrabancamiento continuaba, y los automóviles lanzaban ya sus bocinazos inmóviles, que tan impacientantes son y que parecen gritos desesperados, conminaciones perentorias, algo a lo que tiene que obedecer lo que exigen.

A la cabeza de aquel gran lío de carruajes se veía

el ruedo de gente que formaba como una plaza de toros alrededor de lo que hubiese pasado, como si hubiese en su ruedo un torero muerto, un caballo, un toro.

Los automóviles más listos habían cortado el resuello a sus coches desde el primer momento, y con eso se habían ahorrado un vaso de gasolina. Sólo los más torpes o los más ricos seguían palpitando, marcando el paso sin moverse, aumentando su sofoquina por segundos.

El Incongruente estaba nervioso, porque no había nada que le excitase tanto como esas epilepsias de los automóviles parados y palpitantes. Siempre que tenía que pagar un automóvil que esperaba con ese rezongueo a que lo pagase, lo pagaba con prisa, con atrabancamiento, dándole al chófer todo el cambio, por no esperar más, porque aquello no estuviese tan nervioso.

Su sonrisa en honor de la bella dama con traje de *charmeuse* negro era cada vez más aguda, más apremiante, con un fondo nervioso más vivo.

Ella estaba ya completamente fuera de sí y arrugaba su bolsillo como si quisiera romperlo como un sobre duro.

Aquella situación ya era insostenible. Se habían amontonado tantos carruajes como alrededor de un campo de carreras. Los bocinazos, cada vez más impacientes, agravaban la cuestión, ya de por sí grave, que se debía debatir en medio del anfiteatro de cabezas.

La dama del traje de *charmeuse* negro dejó su portamonedas en un rincón del coche, cruzó mejor las piernas y cambió de expresión. Se volvió hacia él y le sonrió por fin.

Cedía y cedía al fin, después de un gesto irascible.

Aquel flirteo demasiado cercano y tan cínico daba miedo cómo podía acabar. Aquello no debía haber

comenzado, porque ya no tenía otra solución que aquella que lo dió ella rápida, abriendo la portezuela, dándole la mano y diciéndole: «Suba, suba usted», cuando vió que se movía toda la ancha fila de carruajes que esperaban que se rehiciese el puente que se les había ido, dejándoles como a la orilla de un río intransitable.

El Incongruente, sorprendido, pero con ese dominio de sí que le caracterizaba, se estableció en el coche con decisión, y ya en marcha la hizo el saludo apasionado de los automóviles, la cogió las dos manos con apretado entusiasmo. Ella se dejó saludar con aquella intimidad, pues a todo le daba derecho el haberle hecho subir.

—¿Y adónde quiere que le lleve?—le preguntó ella, siempre con aquella expresión dominadora de mujer muy acostumbrada a mandar criados.

El Incongruente, sin dejar de apretar las manos de ella, objetó:

—Pero si yo no tengo prisa... Podemos alargar el camino... ¡La adoro tanto!...

Ella no podía atajar aquello, puesto que le había permitido subir al automóvil; pero estaba dispuesta a poner término a la situación dejándole en su casa...

—Dígame sus señas, pronto, que es ya muy tarde... —dijo la bella enlutada, cuyas negras plumas le hacían cosquillas en un oído al *Incongruente*.

—Pero ¿para eso me ha hecho subir al automóvil?...

—Para eso... La situación ya se había hecho intolerable; por eso, para resolverla de algún modo, para llevarle a su casa, le mandé subir al automóvil.

El Incongruente, que soñaba ya con la casa llena de alfombras, cuyos salones le iban a pertenecer, con sus correspondientes arañas, sintió el escalofrío de ser reexpedido a su casa, cuyo aburrimiento esta noche iba a ser glacial, pero la dió las señas. Ella, como quien va a llevar a un amigo a su casa, se las

sopló al cochero por el canuto de las comunicaciones privadas.

—¿Y no me dirá usted cómo se llama para que yo conserve mejor su recuerdo?

—No puedo... Soy casada, y ésta es la única locura que he cometido en mi vida...

—¡Valiente locura!

—¿Es que no quedaría deshonrada para siempre si esto se supiese?

—Quizás... Pero vea usted qué atrevimiento más estéril resulta...

—¿Le parece a usted poco que le haya paseado en mi automóvil y que le haya dejado coger mis manos como si fuese mi marido?

El Incongruente, atraído por aquella mujer, sentía el constipado de la tristeza. No tenía remedio la cosa. Estaba ya al lado de su casa.

El chófer paró con el resbalamiento elegante de los grandes automóviles, con un gesto de patinador, y abriendo la portezuela se despidió de la bella dama vestida de *charmeuse* negro.

Al bajar vió que en la portezuela había unas armas de condesa, y mientras ella daba sus señas al chófer con voz apagada, él estudió bien el escudo. Un alcón sobre campo de gules y en la parte baja, en una esquina, una mano con guantelete.

El automóvil partió y Gustavo se quedó quieto en el dintel del portal, como si aquélla no fuese su casa, como si estuviese esperando que la mujer a la que había venido siguiendo se asomase al balcón, diese luz a cualquier cristal.

Gustavo, con el recuerdo del escudo, y como si fuese un miniaturista que lo dibujase y fuese poniendo los colores puros en cada cuartel, cogiendo el oro, con el fino pincel, de las conchas de playa en que está depositado, no subió a su casa hasta no tener completamente acabado el recuerdo del escudo de la portezuela.

XX

En casa del rey de armas.

Al día siguiente Gustavo se dirigió a casa de un rey de armas para consultarle el caso.

El rey de armas le recibió en un pijama hecho con retazos de escudos y le pasó a un gran salón despacho, empapelado con un papel heráldico y con relieves en el techo que representaban los cien escudos de los cien mejores linajes.

Gustavo le explicó al rey de armas cómo era aquel escudo que quería encontrar.

El rey de armas se levantó y buscó en el gran libro del estampillado heráldico. En seguida encontró el escudo de la portezuela.

—¿Es éste?—le preguntó.

—Este—respondió Gustavo con franca alegría.

—Pues este escudo es de la casa de los Forzados...

—¿Y quién lo lleva hoy?

—Hoy no lo lleva nadie...

—¿Cómo?

—Está vacante... El último Forzado murió arruinado y sin descendencia, vendiéndose todos sus bienes en subasta pública...

Gustavo vió perdida la única pista para encontrar a aquella mujer...

—¿Es que se creía usted con derecho a ese título?

—Sí... Quizás...

—No lo creo, querido señor... Porque resulta que lo es una señora inmensamente rica, que ha comprado

el palacio con caballerizas y todo... Ya ve usted lo que son las casualidades... Me consultó para no tener que borrar los lemas de la fachada de su casa, de sus automóviles ni de los reposteros, y yo, buscando en los libros y en mis legajos, encontré que era parienta del muerto y, por lo tanto, podía revalidar el título...

—Sí que es extraño—dijo Gustavo—. ¿Y cómo se llama esa señora?

—Es la señora de Morguete, el gran banquero Morguete... Les va a costar el título treinta o cuarenta mil duros, pero lo tendrán...

Gustavo, viendo una dirección que seguir, se despidió del rey de armas con saludos hasta los pies y se fué a un libro de teléfonos para saber las señas de aquella mujer que le había llevado en automóvil como a un atropellado por su automóvil, cuando sólo era el atropellado por su belleza, que le ofuscó al sentirla tan familiar y tan cercana durante aquel largo rato en que estuvo interrumpida la circulación.

XXI

En las reuniones de Morguete.

Gustavo encontró en el libro de teléfonos el apellido de ella y sus señas, y se preparó a ser presentado en sus reuniones. Alguien entre sus amigos le presentaría en aquella casa de los futuros condes de Forzado.

Hizo numerosas visitas aquella mañana, encaminadas todas a conseguir aquella presentación. Se parecía al que busca que le pongan el conocimiento a un talón y no encuentra quién pueda ponérselo.

Por fin, el hijo de su sastre se ofreció a presentarle en casa de Morguete.

—Precisamente hoy es su día de recibir... Así es que a las diez de la noche, de frac, en casa de usted —dijo aquel simpático muchacho, al que recibían en todas partes por el estupendo frac que lucía, aunque alguien decía que era el *jockey* de su frac.

A las diez estaba Gustavo pronto, impaciente, ensayando el juego de sus manos, siempre sin saber qué hacer con ellas cuando se vestía el frac.

«¿Le recordaría aquella mujer que le había arrancado a la acera de todos para burlarse de él?»—pensaba Gustavo, fumándose el cigarrillo del fraseólogo que resulta el hombre de frac frente a los espejos de la soledad, que busca en cuanto se lo viste.

El hijo del sastre llegó, y con él se fué al palacio de los Morguete, que estaba profusamente iluminado, toda la calle llena de gente que atisbaba el paso y repaso de las parejas, a través de las persianas cerra-

das... Era un momento y casi una ilusión; pero se veía un reflejo de la agitación de la fiesta a través de las sutiles rendijas.

Gustavo penetró en aquella casa rebatida sobre la antigua con cierto burlón paso de hombre que va a dar una sorpresa a la señora dueña. El hijo del sastre, que le precedía como volando con su frac de más altos vuelos, penetró en el salón y, dirigiéndose a los dueños de la casa, les presentó a Gustavo. Ella tuvo un gesto de quererse acordar al verle, y el señor le miró con fijeza, mirándole los botones de la pechera, pues como toda su fortuna provenía de la joyería, era lo primero que miraba y tasaba. Gustavo dió con su amigo los paseos de los maldicientes, a través de los espaciosos salones, y después buscó sitio al lado de la dueña de la casa.

—Señora, yo soy el que fué conducido por usted en su automóvil.

—¿A la Casa de Socorro?

—No; a mi casa.

—¡Ah, sí!—dijo ella—. ¿Y cómo ha averiguado mi nombre y mi dirección?... Esta es una osadía, caballero...

—Señora, el escudo de armas que hay pintado en la portezuela de su automóvil me ha conducido hasta aquí...

—¿Y para qué?

—Porque me debe una indemnización... El solo hecho de que usted me llevase en su automóvil probará ante los tribunales que fuí atropellado por su belleza...

—Bueno, caballero; me obliga usted a llamar a los criados para que le arrojen de mi casa...

Y dicho eso, la señora de Morguete tocó el timbre con tal fuerza, que se quedó el botón incrustado en el ombligo de la pared.

El estrépito insistente, inacabable, que parecía so-

nar a entrada de cine, quitó fuerza a la frase que hubiera querido lanzar con toda solemnidad la futura condesa en su debut de condesa de folletín. Por todas las puertas acudían criados, pues aquel parecía el fuego de la electricidad. Todo se suspendió, y todos, en su inquietud, parecían querer cazar las moscas del timbrazo.

Gustavo, aprovechando aquel revuelo grotesco, que no dejaba levantar la voz, se escabulló y, tomando su gabán, su sombrero y su bastón, se fué a la calle.

Iba como huído de una vergüenza posible, y aun oía el ruido de los timbres y veía la confusión de todos queriendo cazar el tábano loco. ¿Explicaría ella el origen de aquella algarabía?

El caso es que él había salido expulsado y que sentía ganas de olvidar y huir. Aquella era una aventura más abortada, pero que le había dejado con unas ansias feroces de ocultarse, de echar a correr y seguir corriendo.

Desazonado, como si oyese en su casa la misma convulsión en sus timbres—les quitó la bombilla que los alimentaba—, pensó en hacer un viaje largo, o meterse fraile, o en abjurar de sí mismo.

Sentado en un sillón de los grandes, teniendo muy presente el gesto de la de Morguete cuando se tiró al timbre como la flecha al corazón del blanco, Gustavo vió en su imaginación una motocicleta.

Vista la motocicleta, necesitado de huir, avergonzado, sin querer tener explicaciones con todos los que le vieron en la *soirée*, decidió comprar una motocicleta al día siguiente.

XXII

Huída hacia el pueblo de las muñecas de cera.

Después del desaire que le había hecho aquella mujer, se fué a su casa y se puso a pensar en la motocicleta. No tenía otro remedio. Era como si se fuese a comprar una pistola automática para pegarse cinco tiros.

Decidido a comprarse una motocicleta, se durmió como el niño que espera un juguete cuando amanezca el nuevo día.

Soñó con motocicletas, y cuando se despertó, lo primero que hizo fué salir a la calle, dirigiéndose al bazar de las motocicletas.

«Mañana no podréis ni verme de veloz que pasaré entre vosotros»—decía a los transeuntes con su gesto.

El Incongruente entró en la cabrería de las motocicletas, después de estarlas viendo pacíficas, quietas, atadas a sus pesebres, como él recordaba haber visto de niño el fondo de la cabrería al atardecer.

Sonó el timbre optimista y los cuatro carillones de las tiendas de automóviles y motocicletas, tiendas en las que el negocio es tan grande que se anuncia como con música. Además, quiere dejar bien sentado el dueño que cuando se entra allí hay que darse cuenta de en dónde se entra y hay que comprar algo obligatoriamente.

El señorito de la americana muy fruncida a su cuerpo avanzó por el paso de alfombra central con

gran solemnidad, como el que recibe en el magnífico despacho de su padre el ministro al amigo reciente.

¿Le debía dar la mano? ¿No? ¿Cometería una grosería insubsanable? No se la dió, sin embargo, porque pensó que sería peor dársela, pues quizás tomándole por un advenedizo encareciese el precio de la motocicleta y le engañase.

El Incongruente se dió por muy enterado en todo lo que respectaba a motocicletas y atajaba siempre al vendedor diciéndole:

—Sí... ya sé... ya sé... Ya la conozco...

Como sabía montar en bicicleta, le fué muy fácil salir con la que por fin eligió, y comenzó a recorrer calles como si se desenrollase la serpentina de las ruedas. Dió la vuelta a la ciudad varias veces, y por fin tomó una carretera y salió escapado, siguiendo la recta interminable con gran decisión, pues la máquina que había elegido era la máquina capaz de las mayores distancias.

La hora del apetito le llegó en plena carretera, con ese deseo de comer pan caliente que dan las carreteras. Gustavo, al pasar frente a un ventorro, sintió la necesidad de parar su máquina, y entonces se dió cuenta de que se le había olvidado o no se lo habían enseñado al venderle la moto.

Durante un largo trecho de camino estuvo buscando el resorte en que podía estar el toque de parada; pero nada, al distraerse estaba a trueque de caer, y no conseguía dar con el quid. En vista de eso, decidió parar donde se le agotase la esencia del motor.

Por causa de esa imposibilidad de parar, parecía que la máquina se dirigía sola a alguna parte, con un sobre cerrado del Destino en su cartera, el sobre que sólo podría abrirse al llegar al pueblo final de la etapa.

El hambre de pan que le daban los campos se había agravado, porque se había unido al hambre del al-

muerzo y al hambre de la cena, pues la hora del puchero estaba inscrita en el cielo que echa las primeras estrellas en las cazuelas campesinas para darlas el sabor conmovedor de la noche.

Gustavo no sabía ya qué camino llevaba, y hasta deseaba embarrancar. Por embarrancar ascendió por una antigua calzada y siguió después por un campo de lentisco, saliendo vencedora de esos obstáculos la motocicleta último modelo, utilizable hasta en las trincheras.

Ya no buscaba los caminos que dan cierta seguridad de que no estarán nunca cortados a pico; ya iba por los andurriales rústicos, dando saltos sobre los camellones de las tierras, pero sin perder velocidad, sin embargo.

A eso de la media noche su motocicleta perdió velocidad y se notaron en ella los síntomas del sueño, los síntomas del corazón que se para.

Gustavo se sintió feliz porque estaba cerca de un pueblo iluminado como por luces de espejo. Un pueblo que lanzaba adioses en vez de bienvenidas y que con eso exageraba la ansiedad de entrar en él.

La motocicleta había disminuído su estertor como si su agonía fuese a terminar, y entonces Gustavo tuvo que ayudarse pedaleando.

El pueblo, que parecía próximo, como todos los pueblos con esa apariencia, era un pueblo lejano, al que le costó mucho trabajo llegar haciendo andar aquella especie de cocina económica de una gran pesadez.

Las casas tenían una inexpresión bajo la luz de la Luna que parecían haber fallecido. Realmente, lo que parecía luz de espejos era destello de los espejos, pues en vez de cristales tenían espejos todas las ventanas.

¡Qué fantástico cacareo el de los espejos! ¡Qué modo de tirar lunas a la Luna!

Gustavo bajó los ojos con el rubor del que no puede mirar demasiado a una cosa de brillos desordenados y subió a la ciudad de los «Espejuelos», como la bautizó en seguida.

Era sorprendente aquella ciudad de techumbres puntiagudas y de sombras tan silenciosas como nunca las había visto.

No había nadie en las calles, y aquella profusión de espejos en los balcones parecía dejar más solitarias las casas, pues así rechazaban toda intimidad, toda profundización, todo secreto. Allí dentro resultaba que no había sino una sombra atarugada y sin interés. La curiosidad estaba en las calles y en sus juegos de luz y sombra bajo la luz de la Luna. ¡Qué de gritos por todas las ventanas! ¡Qué de disparos!

A veces parecía que rompían los espejos o que un fuego lívido comenzaba en veinte sitios.

Gustavo se sentía algo así como en su ciudad natal, pues enteramente parecía aquella la ciudad de la incongruencia, el San Petersburgo de la incongruencia.

Nadie le salía al encuentro ni se oía ningún ruido en ninguna parte. Así llegó a la gran plaza, cuyas casas se miraban unas a otras con miradas de íntima curiosidad.

«Qué visto resulto yo en el centro...»—pensó Gustavo—. «Parece que todos los peluqueros del mundo me sitúan entre sus espejos para que vea cómo estoy por detrás y por la derecha y por la izquierda y por todos los frentes.»

También parecía a ratos que todas las casas ponían los ojos en blanco.

El reloj del edificio que por las apariencias era el Ayuntamiento tenía una esfera de espejo que parecía iluminada como la de los relojes incandescentes; pero sus manillas estaban inmóviles y como pintadas en el cristal.

Fijándose más se encontraban detalles sorprenden-

tes: no había tiendas, ni ningún cable cruzaba el cielo de las calles, ni había faroles públicos para las noches sin luna.

Estando tan nuevo y como sin usar el pueblo de «Espejuelos», sentía Gustavo, al deambular por sus calles, que parecía una pura ruina, la ruina ideal, la ruina de lo nuevo.

Fijándose más parecía el sueño de un carpintero monstruoso, el proyecto de una ciudad que no pudo realizar.

Su motocicleta exhausta le seguía dócil como una bicicleta, mansa como un corderillo.

Gustavo, sorprendido de no encontrar ni posada ni cantina en toda la localidad, comenzó a tocar su bocina. Sus bocinazos se convertían en bocinazos de luna al tropezar con los espejos; pero nada más se escandalizaba.

—¡Bua! ¡Bua!—sonaba la bocina, como apretando la barriguita al hijo adoptivo del pueblo, como apretando a todos «el gran simpático» de sus respectivas pandorgas.

—¡Bua! ¡Bua! ¡Bua!

Los espejos no le hacían caso y le seguían despidiendo.

«No he visto pueblo más raro...»—se decía él—. «Parece que los serenos están parados en los balcones, en vez de parados en las esquinas.»

Como único recurso en la situación, y aunque no creyese en su eficacia, siguió tocando la bocina. Todos los espejos galvanolunados le devolvían sus bocinazos, diciéndole un «A mí qué» muy expresivo.

¡Ah! Pero por fin se oyó un ruido de pasos auténticos. Alguien se acercaba. ¿Un bandido, dueño de aquéllo? ¿El carpintero maniático? ¿La araña propietaria?...

Pronto apareció el que era: un caballero con gorra de plato, en cuyo galón ponía: INTÉRPRETE ÚNICO.

Gustavo se quedó mirando a aquel hombre de ojeras de loco y le preguntó:

—¿Me quiere usted decir dónde estoy?

—En el pueblo de las muñecas de cera—respondió él.

—¿Y dónde podría dormir esta noche?

—En mi casa... Es la única casa habitada por un ser de carne y hueso...

—Vamos—dijo Gustavo, que estaba rendido.

Y se dirigieron a casa del intérprete.

—Como no viene nadie por aquí—dijo el intérprete a Gustavo—, no tengo más cama que la mía; pero tiene dos colchones...

Y sacando uno lo echó en el suelo. Gustavo se tiró sobre él y pronto estuvo roncando.

A la mañana siguiente se despertó temprano, pues le despertaron los brillos de los espejos disolviendo el sol. «¿Así es que estoy en el pueblo de las muñecas de cera?» Una alegre sonrisa parecía poner bigotillos de punta muy engomada y afilada sobre su boca irónica.

Parecía que la incongruencia buscaba para él lo inencontrable, pero con lo que había simpatizado más en la vida.

Porque el ideal de Gustavo era una muñeca de cera, poder tener sentada en un diván la mujer silenciosa y fiel, con sus cabellos naturales y suaves, cabellos auténticos, que le darían toda la verdad.

—Vea usted mi esposa—quería decir Gustavo a sus visitas.

Buscaba Gustavo a la muñeca de cera por todos sitios y no la encontraba.

Quería una muñeca de cera para casarse con ella, para obviar el acto de la boda inevitable e inenarrable.

Ya con aquella mujer en su despacho habría quedado vencida y neutralizada esa prevalida añagaza de la mujer, añagaza que no tendría importancia y que

sería sólo una cosa natural y sincera si no propendiese al matrimonio.

«Por fin—pensaba él—voy a realizar mi ideal.»

El intérprete le condujo a la calle, donde se encontró con un día espléndido y vió que los balcones daban ya a fondos de casa muy bien puestos, con arañas de cinco brazos y cinco bombas, de ésas que cuelgan en las casas de muñecas, falsas arañas en que es muy grato contemplar las filigranas del cristal. Las ventanas de los espejos tenían vuelta la hoja, pegadas hacia dentro.

Por algún balcón asomaba la silueta bella, estática, de alguna mujer de cera, que parecía haberse quedado mirando las nubes con fijeza.

El guía le dijo:

—¿Quiere usted visitar a la mujer más bella del mundo?

—Sí... Vamos—dijo Gustavo.

Y siguieron las aceras sin huellas de pasos, llegando a un portal entornado, en el que penetraron, subiendo unas escaleras que sonaban a cajas de puros vacías.

El intérprete abrió la casa con su llavín de portero de ministerio, y levantando la cortina que daba a la habitación con ventanas a la calle, le presentó a Gustavo la mujer más hermosa del mundo, algo fascinador e inasequible...

—Es la reina de la ciudad, por su belleza...

Gustavo, ya en la habitación de la regia belleza, obtuvo sus sonrisas y ciertos graciosos movimientos de cabeza.

—¡Es sublime!—exclamó Gustavo entusiasmado.

—Muchas gracias, caballero—dijo la mujer de cera.

—¿Pero habla?—preguntó Gustavo al guía.

—Hablan, sí... Porque no son muñecas de cera, sino mujeres de cera... Es decir; el momento antes de volverse muñecas, el momento antes de quedarse

inmóviles y con la sangre cuajada en la mayor de las embolias...

—¡Si me dejase con ella!—dijo Gustavo suplicante.

—¿Con fines honestos?—preguntó el guía.

La mujer de cera contestó por Gustavo, dirigiéndole una mirada dignísima y adusta al guía.

—Si yo la pretendiese—dijo Gustavo—sería para hacerla mi legítima esposa.

El intérprete, convencido, se retiró y dejó a Gustavo solo con la mujer de cera. Nunca había sentido éste una emoción más fuerte, ni el silencio le había pasmado tanto, ni había querido decir más cosas que en aquella ocasión.

—¿Y usted me podría querer?

—¿Por qué no?... Mucho... Si hace penitencia de todas las mujeres sucias que ha amado y durante un mes se baña dos veces al día en el río que ciñe por un lado al pueblo...

—Lo haré—dijo Gustavo.

—Pues entonces hábleme ya como si fuera mi novio. ¡Le han llamado los espejos de mis ventanas tanto!... ¡Ah! ¡Pero yo esperaba que alguna noche le había de traer!... ¿Y han venido muchos con usted?

—No... Sólo yo...

—¡Ah! ¿Así es que las demás no tienen novio?... ¡Qué felicidad más grande la mía!

Gustavo sonrió ante aquel corazón tan femenino, que se alegraba de ser el de la única amada, y deliraba de alegría al pensar que sus compañeras miraban estáticas el hermoso día solitario y sin forasteros de siempre.

—En tus ojos hay más verdad que en los otros, porque eres más bella...

—¿Y mi belleza bastará a retenerte siempre?

—¿Siempre?—preguntó sorprendido de aquel siempre, Gustavo...

—Sí, siempre... Yo necesito las cosas para siempre,

como ninguna de tus hermanas... Yo te doy por tu siempre una belleza que todos envidiarían; porque me hagas compañía siempre; porque me defiendas de los comerciantes que vienen por las embólicas, cuyo estado esperan en mí como en las demás... Yo iría a París sin duda... Pero prefiero quedarme aquí, pero en tu compañía, siendo tu esposa ante Dios y ante los hombres...

—¡Qué bella te pones hablando!... No se acaba de animar tu rostro; es decir, no se contrae en ningún rincón. Es como si se oyese hablar un cuadro...

—Mira, no tantos piropos... Quiero, por el contrario, que me digas si soportarás siempre la melancolía de quererme.

—Siempre... Pero, ¿por qué ha de haber melancolía al quererte?

—¿Tú sabes lo que es soportar siempre a la imposibilitada que no se descompone, que no pierde nunca su belleza, aunque tú envejezcas?...

—¿Pero tú me querrás aun cuando sea un anciano y tú sigas siendo la jovencita de hoy?...

—Te querría; pero para que yo te quiera ese día y soporte esa melancolía tienes tú que recibir, como la mayor dulzura que yo puedo ofrecerte, la melancolía de verme ahora incapaz de poder soportar tu fogosidad de joven nada más que con las miradas y las palabras.

—Me basta... Me bastaría con ver esa mano siempre... No he visto manos más puras y en postura más pura que ésa... No saben las mujeres colocar así las manos...

—¿Y ves que me doy cuenta del mundo? ¿O me crees ignorante?...

—Veo que lo comprendes todo, y por eso tu frente está desrizada con piedad y con una dulzura invariable, que pierden por momentos las frentes humanas... Seré capaz de guardarte fidelidad día tras día en el estudio vacío...

Gustavo la miraba extasiado y comprendió la dulzura de aquella compañía de cera, tan femenina como cualquier mujer y, sin embargo, en nada corretona, porque hasta a las cojas las gusta recorrer el mundo cojeando.

¡Qué serenidad en los negocios iba a tener! Hasta iba a defenderse de la incongruencia en que incurría por irse detrás de las mujeres.

Leería los libros y los periódicos frente a aquella mujer, mirando por encima de la lectura su tranquilidad y su paciencia. No tendría que llevarla de paseo, ni tendría que ir con ella al teatro. ¡Nunca viajaría a su lado, soportando esos celos de ir en el mismo vagón!

Había resuelto el problema del matrimonio, y ya no tendrían que decirle en la sobremesa los casados con los que comía:

—¿Y usted, cuándo se casa?

O:

—Beba usted el final de la botella para que se case este año.

Ya no pagaría las fuertes contribuciones que castigarán al célibe, y siempre habría recuerdos para su esposa en las cartas de las gentes.

Tendría la alegría y el egoísmo que pone un armario de luna femenino en una casa y sombrereras sobre el armario para los sombreros de gran pluma de las muñecas de cera, finas plumas azules generalmente.

—¿Tú me serás fiel siempre?—le preguntó ella de nuevo.

—Sí... Siempre... Porque tú eres mujer, y además la mujer inmóvil y sin golosinería.

—Así soy... Pero si fueses infiel me encontrarías muerta... rota... caída... irrecomponible, y si por casualidad lo pudiese ser, sería la picada de viruelas eterna.

Gustavo, en la paz del decorado de aquella habi-

tación con muebles y espejos de teatro o de casa de muñecas agrandada, sentía la dulzura de vivir con la compañera silenciosa y pura que ofrece su amor siempre...

Cuando el guía apareció se lo dijo:

—Me casaré con ella...

Y a la noche partió por los caminos desconocidos, tardando mucho en dar con el camino de la vida.

Ya en su casa, comenzó a preparar sus cosas para la boda ideal, que procuraría ocultar a las mujeres, porque si se enterasen odiarían las muñecas de cera y las romperían en una noche de nueva decapitación de los Inocentes. Lo primero que hizo fué encargar el lecho-sillón donde la muñeca estaría sentada, dentro de la hemiplejía que tendría en el mundo de los vivos la que habló una vez con él porque tuvo la suerte de encontrarla en su pueblo.

Gustavo, como un hombre que se va a casar, rompió sus cartas de amor antiguo y quemó sus recuerdos. Jamás requisaría sus cajones la imposibilitada eterna; pero quería recibirla con toda dignidad.

La motocicleta, mientras, saltaba en su rincón, inquieta, alborotada, deseosa de correr, vendada ya por algunos sitios, con vendajes de vagabundo.

¿Debería sacar sus papeles? Sí. Por una vez debía sacar sus papeles, para saber por lo menos dónde estaban.

Gustavo se afanó con una gran urgencia en preparar sus papeles, compró la pulsera de oro y cargó de bidones su motocicleta, dispuesto a partir.

Y partió.

Y estuvo muchos días buscando el pueblo de las muñecas de cera, y creyó muchas veces encontrar el camino, y de nuevo se perdió y no pudo dar con él, teniendo al fin que desistir de volver a encontrar la más bella mujer del mundo, con cuya imagen inolvidable hubo un momento en que se fué a casar.

XXIII

Psicología de la moto.

Después de un viaje absurdo, en que se salvó Gustavo de la vida inmóvil a que le quiso someter su enamorada de cera, se dedicó a la motocicleta, aprendiendo bien su manejo y dándose cuenta de cómo había que pararla.

—¡Y pensar que me escapé sin saber cómo se paraba!

Y todos los amigos reían del suceso divertidísimo e inaudito.

Ya tenía Gustavo familiaridades con la motocicleta, a la que llamaba de todas maneras, con su léxico coloreado e incongruente:

Esa pistola que se ha escapado con cargador y todo.

Ese cochecito de niño desbocado.

Ese buscapiés disparado.

Esa bicicleta con dolor de tripas, con el vientre descompuesto.

Esa rompe neumáticos impenitente.

Esa camilla despotricante y loca de urgencia.

Ese telegrama hinchado.

Ese galgo de ruedas.

Esa cuna delirante, que se ha vuelto loca de infantilismo.

Esa sierra de las distancias.

Esa carretilla loca, que después de lanzada baja las rampas con desusada velocidad.

Ese triquitraque desesperado.

Esa cabra que tira al monte.
Esa canoa automóvil de los caminos.
Ese cajón veloz para las huídas.
Ese botones de la funeraria, que parece llevar un sarcófago muy lejos o a los pueblos de alrededor.
Esa caja escapada.
Esas ruedas echadas a rodar como los tejos que salen rodando.
Ese estuche que busca su joya.
Esa bicicleta para rizar el rizo de los caminos.
Ese elemento de los carrouseles que se ha escapado con su amante.
Esa caja de violín con vida propia e inaudita.
Esa rauda palmatoria de los caminos.
Esa relojera de la velocidad.
Ese par de lentes vertiginoso de los caminos. Lentes montados en acero para ver a largas distancias.
Ese triciclo trotón, ultravertebrado, evoluto, que ha perdido una rueda y ha salido corriendo para mantener su equilibrio.
Esa apuesta de carreras, que se fuga con el dinero.
Esa cerbatana soplada por un canuto.
Esa especie de máquina de coser, huída de su hogar.

Etcétera, etc., etc.

Se pasaba los días recapacitando sobre los atlas, estudiando el mapa, siguiendo todos los caminos.

Cuando ya había aprendido bien el nuevo camino, hacía la *toilette* del motociclista y salía a todo escape.

Parecía ir a estrellas o a mundos desconocidos, pues levantaba la cabeza al cielo antes de salir, como si fuese a subir la gran rampa.

A la portera no la decía nunca nada mas que: «No sé cuándo volveré».

Su motocicleta tenía nervosidades de caballito con los ijares muy sensibles, y arrancaba con intermitencia, dando saltos como encabritada.

—Hay algunas que salen así—le habían dicho en la tienda.

Era también como un borriquillo inquieto, como un buche fogoso y cochambrilero que agradece más que se le pongan unos trapajos y unas hilas cuando se descompone que no que se le varíen las piezas y se le haga una reparación en regla. Cuanto más puerca, mejor. Cuantas más muñequeras de alambre y vendas la pongan, mejor también.

La moto tiene permiso para ir a cualquier lado y está dispuesta a todo.

Su tripajo, su intestino, es cada vez más sobrio en gasolina, y mueve a la máquina como a una moneda que se hubiese echado a rodar por el mundo.

Ya la bicicleta tenía un alma rauda y sólo necesitaba encontrar la unión entre el alma y el cuerpo.

Una motocicleta es como un aeroplano, y muy parecida a la bala de cañón.

El automóvil es un filmador que filmase lo que se ve y fuese dejando detrás de sí, ya representados, grandes, largos, copiosísimos tirabuzones de película.

La moto, que es la ametralladora de las distancias, fabrica el mismo *film* de lo que se va viendo y va dejando detrás, como la cinta de su gorra, la cinta del *film* proyectado, como interminable recortadura de papel con las tijeras de la paciencia y larga viruta sacada al espacio.

Tiene el encanto de los patines, yendo sobre los cuales se siente el tacto de los caminos.

Se paraba en las ventas sin miedo ni temor, pues seguramente si alguien la montaba para robarla no se movería en absoluto y prorrumpiría en histéricos jadeos.

Sentía él la alegre satisfacción de la moto cuando la dejaba apoyada junto a las paredes de la venta. Se solazaba de antemano con el cortadillo de vino o los huevos fritos con jamón que se comería él.

«¡Qué desinteresada es una motocicleta!»—pensaba Gustavo, pues no tenía que ocuparse de decir: «Eche usted un pienso a mi borriquillo.»

No revelaba el cansancio nunca, y si lo tenía era de momento y sólo pedía tiempo para refrescarse. Tenía trazado un destino de miles de kilómetros, y lo mismo la daba seguirlos en fila que paso a paso, mes tras mes; siempre estaba dispuesta para dar la vuelta al mun o.

Iba por la cuerda, a veces floja y combeada y a veces estirada y rectilínea, de las carreteras, con precisión de artista de circo, como llevando las ruedas por su carril.

Parecía el propangandista de las distancias, que va dejando detrás de sí los prospectos de su moto y de su alarde.

La motocicleta ponía en movimiento el pañuelo del que se despide a sí mismo, y pingaba en el aire rígido de la velocidad, y a veces en los súbitos aumentos de velocidad de la moto flameaba como una bandera.

—Estoy persuadido—decía él—de que la motocicleta es un ser vivo... Tiene espantadas, sobresaltos; olfatea una vacada lejana; la he sen'ido trepidar al sentir la proximidad de la víbora... Así como nosotros procedemos del mono, la motocicleta es el animal que procede del hombre. Era como la hija del ingeniero y la burra.

Tenía una especie de atención que prestaba oído como a una lejana repercusión de la moto.

—Me parece que viene—parecía decir con su gesto de estar con cuidado, en cualquier vericueto.

Desde que tenía la motocicleta no veía apenas a nadie, y era aquélla como una unión libre de esas que arrancan a un hombre a todas sus obligaciones y amistades.

Hasta los santos de sus amigas los olvidaba por la

motocicleta, con alegrías y carreras súbitas de loca. En las tarjetas postales que enviaba disculpándose decía siempre:

«Perdóneme que no me haya acordado de su santo; pero es que tengo una motocicleta.»

«Recuerdos a su motocicleta»—le escribían a él.

La motocicleta le despertaba, le obligaba, podía con él.

En pleno sueño oía su *taf-taf*, de despertador . rdo, de esos despertadores para no causar sobresalto, pero para despertar, y muchos días se había levantado precipitadamente como si tuviese que hacer un viaje imperiosamente, y cubriéndose los ojos medio cerrados con las antiojeras del corretón, había salido por donde su moto le había llevado.

Había como un deber en salir a escape sobre la moto siempre que ella lo desease con firmeza. Era como el deber de correr a apagar algún fuego lejano o a arrancar la víctima al asesino.

XXIV

El pueblo alegre.

Con su seguridad de que después de llegar al término de un camino y entrar en la vereda perdida entre las malezas se llega a tropezar con otro camino ya formado y dispuesto, por el que puede seguir su vertiginosa carrera la motocicleta, Gustavo, en otra de sus excursiones fantásticas, cortó el monte por lo más inesperado, y aunque su iniciativa le costó llevar la motocicleta del ronzal durante un largo rato, pronto encontró el camino inesperado, y por él dirigió la motocicleta. Los árboles eran por aquellos parajes de ese color amoratado que tiene la lombarda.

La motocicleta parecía seguir una pista como un perro policía; él la dejaba ir sin apretarla mucho las orejas, sin conducirla apenas.

En la encrucijada de unos caminos se paró, es decir, hizo como que se la estropeaba algo. *El Incongruente*, que no sabía cerca de dónde estaban ni dónde iban, estudió con temor lo que la había pasado. Nada. En seguida la puso en movimiento y comprendió que lo que había querido ella era elegir otro camino, pues él iba a tomar el primero, que se encontraba de frente, y, por el contrario, era el primero de la derecha el que había que escoger.

La motocicleta aquella noche refunfuñaba con más silencio, como con cuidado de no despertar las alondras dormidas en las bolas de las acacias.

El Incongruente tenía la seguridad de que iba a

algún sitio extraordinario. Esa silenciosidad de su moto era un buen presagio.

Cada árbol se acostaba en el camino como si se hubiese echado a dormir en la carretera. Así como por el día quería la sombra de los árboles, en las noches de luna la sorteaba.

«Voy hacia un pueblo como el de las muñecas de cera»—se decía, lanzando a mayores velocidades la motocicleta.

Por fin vió un pueblo en todas cuyas torres habían anidado las cigüeñas. Resultaba pintoresco ver aquella especie de coronación de espinas sobre las que había una especie de veleta viva, aunque incongrua.

«Muy feliz debe de ser ese pueblo para que esté tan rematado de cigüeñas»—se dijo Gustavo, y avivó su motocicleta, cuyos tiros ahuyentaron a todas las cigüeñas hacia las espaldas del pueblo, saliendo al frente, por todas las bocacalles que desembocaban a la carretera, una multitud de gentes vestidas con trajes arlequinescos, preciosos de color y graciosos de corte, pues tenían todos esas puntas que cuelgan de los trajes de los bufones.

Todos avanzaban hacia él riendo, y algunos, por gastarle una broma, hacían como que le tiraban las zapatillas, causando eso la hilaridad de todos.

Por fin se encontró rodeado de personas inteligentes que se reían de buena gana de lo curioso del aparato, que no les chocaba mas que por el lado cómico.

En seguida un doctor se adelantó hacia él y le tomó el pulso, sacando de un botiquín unas píldoras, que le dió, haciéndole tragar la primera como sacerdote que da de comulgar.

Por lo visto en aquel pueblo feliz los doctores estudiaban a los sanos, preveían sus enfermedades y atajaban cualquiera irregularidad.

—Hablamos vuestra lengua—le dijeron a Gustavo—, porque con vosotros hace comercio el comité

de comerciantes; pero esto no significa que estemos en relaciones con vuestros pueblos de hombres tristes y taciturnos... Aquí, por ejemplo, ya hemos curado la tuberculosis...

Gustavo se dió cuenta de qué clase de pueblo era aquel en que había llegado a caer, de que era el pueblo feliz y campechano.

Uno de aquellos hombres azules le ofreció una cantimplora con un vino riquísimo, y otro le dió un puro con la boquilla de ámbar atornillada al puro.

Al entrar en el pueblo se sorprendió de ver tanta colgadura, y los grandes y estupendos grafitos de las fachadas, dibujos infantiles de una gracia por arrobas... «por arrobas de carbón», como le respondió un «felicense» cuando le oyó esa apreciación.

—Pues esto está así siempre—le dijo otro «felicense».

—Todas las contribuciones se recaudan para pagar la alegría—le dijo después otro.

A las ventanas se asomaban mujeres en *matinée*, con todos los pelos sueltos, desmelenadas, con peinetas de oro, retrecheras. Eran las doce del día, y todas se acababan de levantar. Todos los alegres juegos de cama, colchones forrados de damasco, almohadas repletas de lana, colchas de borlas, se oreaban sobre las barandas de los balcones.

Ablandando el suelo de la calle había tiradas ramas de olivo, como cuando han pasado las procesiones a las que se quiere evitar el incienso profano del polvo.

Cantares como saetas salían de todos los balcones, dedicados al huésped. Todas las mozas le invitaban, y los niños gritaban: «¡Ha llegado nuestro nuevo papá!»

Parecía enteramente Gustavo el ganador de las carreras en motocicleta, el que había llegado el primero de los corredores al pueblo de la meta, en que el jurado había preparado el arroz para los vencedores.

Le enseñaron la iglesia de los colorines, el salón irisado del Consistorio, y en cada sitio destaparon una botella de champaña al coro alegre de los niños, que cantaban:

Salve, oh tú, champaña.

La banda de música no dejaba de tocar, y como a Gustavo le chocase aquéllo y preguntase a un «felicense», éste le contestó:

—Es que son dos bandas de música, y cuando la una cesa, la otra comienza... El mayor atentado contra la alegría que produce la música es su silencio súbito... Gracias a estas dos bandas, la alegría no desciende ni se interrumpe...

La banda siguió tocando después que Gustavo hubo pasado, como si fuese a tocar todo el día.

—Pues durante todo el día toca—le dijeron.

Y le dieron también el siguiente dato: «que eran nietos de músicos, y por eso no necesitaban papel... Ya tocaban de memoria».

¡Qué gran comida la del gran pueblo de «Felicísimo»! Todos se emborracharon; pero se tendieron en los lechos preparados junto al banquete, y pronto roncaban bajo la parra que les ocultaba el sol, bajo el salón de los emparrados para los banquetes de primavera. Las sombras de las hojas de parra ponía en todos los rostros algo así como esas manchas del deseo con que salen algunos chicos.

Gustavo se sentía dichoso, también un poco embriagado y enloquecido por aquel espectáculo de un pueblo hilarizante y lleno de gallardetes.

Enardecido por la fiesta y con verdaderas manchas moradas en la cara, se dirigió al pueblo solo.

—¿Quiere ser usted novio de mi hermana?—le dijo un mequetrefe.

—¿Y dónde está tu hermana?

—Está tocando el gramófono en casa...

—Vamos.

—Vamos.

Recorrieron varias calles enarenadas de alegría y por todos cuyos balcones salían los alaridos de los gramófonos, mezclados a las dulces notas de los peines de las cajas de música repasando, alisando, volviendo a pasar por entre los cabellos de la Armonía.

Por fin el rapazuelo se paró en un portal y gritó:

—¡Lola, aquí te traigo un novio!

Gustavo entró en la casa, donde encontró un olor a sándalo quemado y un ruido insoportable a gramófono lleno de carcajadas—«apócrifas»—, muchas veces del *Mochuelo*.

—Señorita.

—Caballero, quíteme la bata y deme esa blusita azul que cuelga en el perchero de mi alcoba...

La confianza era admirable en casa de su novia.

—¡Así es que me querrá siempre!...

—Siempre—dijo Gustavo abrazándola.

Ella se dejó abrazar, besar, todo, mientras le daban una serenata discreta al pie del balcón...

—Hoy he cumplido mis diez y seis años, la edad apta según los «felicenses», y he sido tuya... ¿Me querrás siempre?

—Siempre—respondió Gustavo.

Y temió aquel siempre, dicho con ironía la primera vez y la segunda muy seriamente.

—Así es que usted ha sido el elegido... ¡Que sea enhorabuena!—dijo el padre abriendo la botella de champaña de la boda, la más antigua de la casa, la botella del pasado más remoto, según prescribía el ritual del gran pueblo Felicísimo.

—Hemos rechazado el ser una gran ciudad que nos ofrecía el Estado... Somos la sede del mundo feliz... —decían los pueblerinos de Felicísimo.

Gustavo de vez en cuando se acordaba de su mo-

tocicleta; pero le atemorizaba el pensar cómo iba a dejar los compromisos adquiridos, y más que nada aquella boda que tan sincera había sido.

Otra vez le sucedía lo que en el pueblo de las muñecas de cera, sino que más en vivo, con lazos menos frágiles y con el temor, además, en este caso, de que pudiesen buscarle en la vida cuando huyese.

Por todas las ventanas salían cantares de gramófono, notas de xilofón, toques de trompeta y cohetes, muchos cohetes, interminables cohetes, como si se hubiesen incendiado las mieses de los cohetes.

—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!
—¡Pum!

Todos los del pueblo salían por la mañana con una gavilla de cohetes en la mano, y todos dormían con un cohete debajo de la almohada.

Gustavo estaba atemorizado de cómo aquel pueblo se quería quedar con él para toda la vida. Le empadronaron, le tomaron medida para un traje azul, le tomaron medida hasta para hacerle la cama en que había de dormir en casa de su elegida, la que, según las leyes del pueblo de gentes honradas y alegres, sólo por el hecho de haber sido elegida era la esposa eterna.

Al atardecer, cuando le dejaron un momento solo para que se asease, Gustavo escribió una carta en que decía:

«Mis queridos amigos: Os agradezco mucho lo que habéis hecho por mí; no olvidaré nunca las gracias

divinas de Adelaida y el rato admirable que he pasado en este pueblo feliz; pero tengo que irme, estoy demasiado comprometido en los pueblos tristes para poder quedarme aquí.

»Para disculpar el que haya aceptado las cosas magníficas que me habéis concedido debéis tener en cuenta que me las habéis ofrecido vosotros mismos, mostrándomelas desde los balcones de vuestras casas.

»Adiós.»

Y después firmó con su firma sincera y personal.

Abandonada sobre la mesa la carta, entró en el corralillo donde estaba la motocicleta y salió con ella sigilosamente por la puerta del corral, haciéndola saltar con gran dificultad el marco del dintel, muy alto, para que no pudiesen salir las bestias aprovechando cualquier descuido.

En la noche, el pueblo resultaba un pueblo japonés, pues todo estaba iluminado con farolillos de colores y estrellas de cristal. Todos los cristales tenían el esmerilado de la fiesta, y se oían las músicas de las dulzainas, de los gramófonos y de las armónicas.

Le entró a Gustavo una gran tristeza de tener que dejar aquel pueblo; pero pensó que no era el suyo, y, por lo tanto, tenía que aguantar su ausencia.

Ya en la vertiente de las afueras del pueblo, montó en su motocicleta y salió escapado hacia las ciudades tristes, en las que nunca es tan obligatoria la alegría como en aquel pueblo feliz.

Los cohetes acompañaban a las estrellas.

XXV

Sus sueños.

Lo que ya era una cosa espantosa de incongruencia eran los sueños del *Incongruente*.

Durante sus sueños, era unas veces una mesa, otras un pez de acuario y hasta alguna noche un ídolo negro.

Lo más raro se fundía en sus sueños, y los paisajes de ellos eran algo inaudito que ni yendo a América ni internándose en Africa se podía dar.

Había en sus sueños muchas visitas a grandes palacios con escalinatas de mármol, que subían entre los saludos de cien reinas asomadas por los cien balcones de los palacios.

En sus sueños había cambios de luz súbitos, cambios de asunto, y a lo mejor entraba una pelota de colores dando saltos por entre el sueño, o una mariposa, o se oía el estampido de un cañón y se veía pasar la bala enorme.

Veía procesiones de velas interminables por caminos que, por ser más largos, daban vueltas a montañas de gran cintura.

Oía coros de acordeón que levantaban sobre las playas de su espíritu mares de melancolía, y después los acordeones se convertían sobre las mesas del descanso en montones de cartas de luto preparadas para echar al correo.

En sueños se repetía él mismo numerosamente, y a veces había una reunión de Gustavos que discutían

de todo con opiniones diferentes. Es lo que más le obsesionaba: aquellas discusiones entre aquellos seis Gustavos, entre los que después no se reconocía.

Las mujeres de sus sueños eran mujeres de rostros extraños, algunas con los rostros en blanco, y muchas se apresuraban tanto a ofrecerle un hijo suyo, que en cuanto él las miraba se lo sacaban de la faltriquera.

Aquellos hijos le asustaban a Gustavo, que se sentía obligado en sueños, y, sobre todo, por el horror de los hijos atropellados y dudosísimos.

Había lluvias de flores en sus sueños, serpientes de agua y señores de más de mil años que arrastraban sus barbas blancas por la escena.

¡Qué magníficos parques zoológicos había en sus sueños! Pero el que más le había impresionado fué aquel en que a las cinco de la tarde, hora de la comida un poco a la francesa de las fieras, las echaban niños de los que las visitaban y amas de cría magníficas, cuyos collares rotos ponían una nota jovial en el pavimento de la jaula.

Tenían momentos clarividentísimos sus sueños, como el momento del correo, en que abría la más numerosa correspondencia y leía de verdad todas las cartas denunciándole crímenes que la policía no quería descubrir, hallazgos de tesoros fáciles, suicidios posibles, y muchas idas a América por desesperación.

Entre las prendas de su sueño había una que se repetía en los palacios, en sus habitaciones particulares y hasta en los trenes, que era un armario de luna del que salían, por decirlo así, todas las aventuras.

Numerosas veces la cama se había convertido en féretro cerrado y en el que sólo había quedado abierto el cristal de la cara. ¡Cuánta gente de la conocida en sus aventuras y mucha otra que no conocía se asomaba al cristal! Era como si lloviese en una ventana de tanto como lloraban aquellas gentes. Ese era el único sueño que le consolaba, que le hacía dormir sin sueños

inquietantes, llenos de escaleras, de viajes, de telegramas, de radiogramas, que se enredaban en sus cabellos como *bigoudis* marchitos.

Tan incongruentes eran sus sueños, que comenzaba el sueño siendo viejo y acababa siendo niño, yendo las impresiones tan trastornadas, que sólo encontraba la felicidad cuando era niño, sintiendo entonces más que nunca la muerte, porque, aunque se moría de puro viejo siendo niño, él sentía la muerte como una desdicha súbita, sin haber vivido mas que un día, pues acababa su vida en la hora precisa del final, por el revés, cuando volvía a perderse en el vientre materno para morir antes del parto.

Había, como en su vida, en sus sueños muchas llamadas, porque el modo de atacar la incongruencia, lo que subvierte la lógica, es la llamada.

Estando en los proscenios plateas de los teatros —burladeros rojos para poder tocar las piernas de las bailarinas—, Gustavo, en sueños, recibía el recado eterno de las grandes actrices, diciéndole que se pasase por sus cuartos... ¡Cómo abundaba en sus sueños aquellos «de parte de la primera actriz» que le hacían feliz!

En sus sueños viajaba en automóviles inverosímiles, que escalaban las montañas, dando un salto muy removido al pasar, al doblar el dintel de las alturas.

En sus sueños pudo llegar a ver un ocaso de cerca cuando el Sol se apoyaba en el horizonte como un gran escudo que descansase sobre el suelo, y había visto a la Luna entrar en la hucha del horizonte, como una moneda de plata más en el ahorro de los días.

¡Cuántas veces se había casado y divorciado en sueños! Siempre tenía hijos distintos, que le pedían dinero invariablemente.

No era él en los sueños; él se perdía, y le era difícil poderse encontrar, siendo él mismo e' detective de sí mismo.

Y el sueño insistente era él. El sueño que sobrepujaba y coronaba su incongruencia era el de firmar con otra firma los documentos que le presentaban a firmar. Aquello sí que era el colmo de la incongruencia. ¡Y cuántas veces lo había hecho!

Le presentaban el libro de los certificados, y firmaba con otro nombre; le presentaban la escritura de venta, y firmaba con una firma y una rúbrica de un señor que no era él...

Había perdido así varios contratos, y estaba procesado por la falsificación más rara del mundo: por falsedad en documento público con gran cinismo y en perjuicio del sujeto llamado don Gustavo, de él mismo.

Los despropósitos de sus sueños eran macabros y le daban aquella gran presencia de ánimo para la incongruencia con que él despachaba con la vida cuando se despertaba lleno de las cicatrices borrosas y horrorosas de las incongruencias soñadas.

XXVI

La cena con la viuda.

¿Pero qué hora era?

Parecían las siete de la mañana; pero eran las siete de la tarde. ¡Qué modo de dormir!

El día estaba pacificado. ¡Si siempre pudiese levantarme a esta hora, a esta dulce y bienquista hora! Pero hay el miedo de no vivir mucho si se levanta uno a esta hora. Parece que la vida se va a ir adelgazando, amortiguando, languideciendo.

Gustavo se dijo: «Hoy va a comenzar uno de los días más incongruentes de mi vida, me lo temo.»

Llamó al criado.

No estaba. Entonces revisó su cuarto y revisó la cocina: tampoco estaba la cocinera.

> *A un señor como es usted no hay quien le sirva. Como estamos a 2 y nos pagó ayer, nos vamos.*

«Bueno—se dijo con su gran paciencia—; tienen razón... No iban a estar sin comer hasta las siete de la tarde... ¿Pero habrá algo en la despensa?»

Buscó en la despensa. En la despensa no había nada. Se habían ido robándolo todo.

¿Estarían en sus cajones los cubiertos de plata? Tampoco.

¿Presentar una denuncia? Temía tanto a todas las

derivaciones, incongruentes y casuales de la denuncia, que desistió en el acto de presentarla.

¡Pero qué día más obscuro!

Es que eran ya las siete y media de la tarde.

Encendió las luces y llamó por teléfono, pidiendo una buena cena al Bilbaíno.

¿Ahora una buena cena en la soledad?

Volvió a telefonear: «Una buena cena para dos».

¿Pero y la otra quién sería?

No quería alegrías como grandes ruedas de fuegos artificiales; deseaba una cosa pacífica, hasta un poco tristona.

Arriba en el tercero había una pensionista rica, siempre de luto, pero mujer al fin y al cabo, y mujer que no habría pasado de los cuarenta años.

Subió Gustavo las escaleras y llamó en casa de la viuda.

—¿A quién anuncio?

—Al vecino del primero.

A poco apareció la viuda con su peinador negro.

—Señora: vengo a proponerle una cosa que no es seria; pero me honraría mucho... Hoy es mi santo, y como tengo que pasarlo solo, he pensado en usted para que me recuerde mi familia y, entre las mujeres de mi familia, a una hermana muy guapa que tuve...

La viuda se atusó nerviosamente el pelo por detrás. Abrió mucho sus ojos, pero por fin se conmovió.

—Pero se lo tenemos que preguntar antes a mi marido... Para todo cuento con él...

—¿Pero no murió su marido?

—Sí; pero le consulto a través del espiritismo... Verá usted... Acérquese a esta mesa de tres patas... Venga... venga...

Unieron sus manos sobre la mesa de «pata de gallina» y la preguntaron cosas. Gustavo temía que la mesa le diese una patada en la espinilla y metió los pies muy adentro.

—Paco, si quieres que vaya a cenar con este señor, da dos golpes; si no, uno.

La mesa esperó un largo rato para contestar: parecía reflexionar, tomarse tiempo, consultar la fisonomía y la intención de Gustavo; pero por fin rompió a hablar... dió los dos golpes...

—Iré... Espéreme a las nueve... No convendría que me viesen los criados... Ellos no penetran en la intención de las cosas... Después se encontrarían en la carnicería y murmurarían de nosotros.

—No habrá ningún criado.

Gustavo estaba entusiasmado con la cena fantástica que se le preparaba. Iba a cortar sin brusquedad, con un espectáculo nuevo, la dulce languidez de aquel día que había comenzado a las siete de la tarde, todo él del color de los amaneceres encapotados, día sin día, día desrabonado o desrabillado.

Pronto apareció el criado del *restaurant* con una cena suntuosa en cacharros en los que se conservaba hasta el humo. Hasta champaña venía en la cesta. Le conocían ya.

Pagó, le dió una buena propina al criado y comenzó a preparar la mesa. «Mejor será que encienda los candelabros y gaste hoy velas, sus velas.» Y así lo hizo. «A la luz de estas velas, ¿qué pieza resultará mejor en la pianola?»

Puso una pieza absurda, medio triste, medio alegre, pieza para poner música a un acto insensato.

Se vistió de levita. «Creo que éste es el traje apropiado para cenar con la viuda de un intendente mayor.»

Entonces sonó el timbre.

—«Ya está ahí.»

Abrió. Era, en efecto, la viuda. Gustavo la abrió con sigilo y cogiéndola de una mano, en la que primero creyó encontrar unos guantes rotos, que después pensó si serían mitones. Así la introdujo en el comedor con su regia iluminación de velas de cera.

—He tenido que decir que he ido a pasar la noche en casa de mis primos porque hoy es el santo de uno de ellos—dijo ella.

Gustavo, de levita, le hizo un saludo de gratitud, queriendo así también lucir su levita, que sólo se porta bien en los grandes y solemnes saludos.

—Señora, muy honrado—volvió a repetir, repitiendo el saludo.

En cada saludo parecía sonar la gran campana de la levita.

Se sentaron a la mesa.

Gustavo abrió el primer pote, de huevos «apenas pasados por agua en gelatina». Estaba apretada la tapadera y tardó en abrirse; pero cuando al fin se abrió salieron corriendo dos pollitos recién nacidos, con pelillos en vez de pluma...

—¿Qué es esto, caballero?—preguntó la viuda, creyendo que era víctima de una broma.

—Esto es, señora—contestó Gustavo—, que hemos tardado en cenar, y como los huevos no estaban apenas cocidos y se han sentido en ese ambiente confortable y tibio de la gelatina, se han abierto igual que en una incubadora.

Gustavo, sonriendo, porque se dió cuenta de que aquélla, por las velas encendidas y por todo, parecía una macabra sesión de magia, tomó la otra tartera y la abrió. Doña Consuelo del Dulce Nombre, como la llamaban los porteros y los criados, miraba con desconfianza.

Gustavo estaba azarado. ¿Qué iría a salir de allí? Por fin encontró el sentido a la tuerca y salió un pastel muy exquisito, con su humo concentrado como granada que acabase de explotar.

—Yo esperaba otra cosa—dijo él.

—Y yo—dijo ella—temía ver aparecer una araña... He sentido la aprensión que pica; y como un picor es lo que más me desazona en el mundo y ya no po-

dría comer si no acabo con él... usted me permitirá que me rasque con la manecilla que traigo envuelta en un papel... Me parece que me anda el bicho por la espalda...

—Señora, no faltaba más...

Y de aquel papel misterioso, en que parecía traer envuelto un macarrón, sacó la manilla de hueso, una de esas manecillas que se pescan en el mar de las esponjas y de los cepillos de dientes, y se comenzó a rascar con ella.

Después se volvió a sentar y comenzaron a comer. En el reloj sonó uno de esos sustos que muy de vez en cuando produce el reloj, algo así como ese ruido que producen los dedos cuando se les estira y hacen ¡clac!

Los dos se volvieron asustados. Algo había que les inquietaba. Quizás ya la viuda comenzaba a comprender que aquello había estado mal hecho, y quizás él no comprendía cómo iba a acabar aquello. Los dos esperaron, sin embargo, a opinar decisivamente, a haber entrado en la comida. Los que lanzaron los mejores brindis los improvisaron después de comenzada la comida, entre el segundo y el tercer plato y la quinta y la sexta copa, la primera parte, y la segunda, desde el tercer plato hasta el final y desde la sexta copa en adelante.

Gustavo echó vino por segunda vez en la copa de la viuda.

—¿Qué tal sentará el bicarbonato con el vino?—preguntó la viuda.

—Muy bien, señora—contestó Gustavo—; le da un tono de vino con seltz...

—Echaré doble, porque las cenas de Pascua o de día de santo son peligrosas.

Echó sus papelitos y se tomó la copa. Gustavo la volvió a servir. Ella, para quitarse el sabor del bicarbonato, se volvió a beber la copa.

—El bicarbonato—dijo—es como la sal en las comidas... En las mesas inglesas ponen el bicarbonato y la sal al lado de cada invitado, para que se eche lo que quiera... En Alemania o no sé en dónde, ya hay helados de bicarbonato...

—Sí—insistió Gustavo—; y ya se dice «que el que es capaz de comerse unos huevos sin bicarbonato es capaz de comerse a su padre y a su madre crudos».

La cena se iba poniendo alegre. La viuda del intendente se abrió el cuello de la blusa.

—Va haciendo calor—dijo, y continuó—: Y por cierto que aún no le he felicitado... Usted me ha invitado por su santo, y yo no le he felicitado... ¡Muchas felicidades!... ¡Muchas felicidades!

Y diciendo eso le estrechó la mano.

Sus lunares eran más negros, como las pintas de la vainilla en un gran plato de arroz con leche. Era una lástima que sus manos se hubiesen tornado viejas, porque cuando no se piensa en el amor, cuando se renuncia a él, es lo primero que se pone viejo en la mujer.

—Esta me recuerda una cena que dió el príncipe de Sajonia; fué así improvisada, pero suculenta.

Y la señora viuda comenzó a contar cenas suntuosas en los grandes palacios.

Gustavo, de vez en cuando, la servía una copa de vino.

—¿Estoy muy sofocada?

—No—contestó Gustavo—; está usted arrebatadora... ¿Por qué no se descota un poco?... Estará usted mucho mejor...

—No sé si me lo permitirá él—contestó ella.

—¿Y cómo preguntárselo?—repuso Gustavo, olvidado del espiritismo.

—Por medio de la mesa... ¿No tiene usted una mesa de tres patas?

—No... Pero tengo una sierra, y ahora mismo sierro cualquier mesa... Esta.

Y Gustavo agarró una mesa...

—¿Pero no se caerá si le corta una pata?—indicó la viuda.

—Es verdad... Para tener una mesa de tres patas hay que cortar tres patas a una de seis... Va a ser larga la labor; pero quiero que pregunte otras cosas a su marido... Su marido, que es condescendiente y que le ha dejado que cene conmigo, puede dejarla que pase aquí la noche... Los muertos no tienen más interés que el que se les recuerde y ya no les importan ciertas cosas. Puesto que hemos cenado ya, voy a cortarle tres patas a la mesa de comedor... Voy por la sierra...

A los pocos minutos se oía el ris ras de la sierra.

—¡Cómo siento que por mí sacrifique una mesa de patas tan bonitas!—dijo ella.

—Más bonitas son las suyas, y merecen todos los sacrificios—contestó él, rectificándose inmediatamente—. He querido decir las piernas...

—Ya me lo había supuesto—dijo ella.

Ras, ras, ras, ras, ras, ras.

Y la mesa parecía quejarse como un ser sano al que cortan inútilmente las piernas...

—¿Y por qué serán tres patas y no cuatro las que tiene que tener la mesa?—preguntó él.

—Vaya usted a saber... Porque con cuatro sería el animal irracional, y con dos, el hombre... Los ángeles deben tener también tres...

—Entonces usted debía tener tres—contestó Gustavo, que ya estaba ebrio y al que aquella mujer interesaba por lo inesperada que resultaba, por como no estaba ya enfundada para el amor. «Todo depende —pensaba Gustavo—de lo que conteste esta mesa... Que sean pares o nones... Si los pares son los que valen, hago trampa.»

Por fin iba a caer la tercera pata... Ya se sentían los ris ras de la agonía, inconfundibles, desmaterializados.

Ras...

¡Plan!...

Y cayó la última pata. Gustavo, de levita, y después de haber trabajado tanto, sudaba... Se limpió el sudor con una servilleta y dijo a la viuda: «Acerquémonos».

La viuda se sentó a su lado, enlazaron sus manos con cariño, como si fuesen a recibir la bendición del mismo marido. ¡Qué osadía!

«Paco—dijo ella con voz trémula—: ¿me dejas pasar la noche con este caballero?... Si das tres golpes no me quedo; si das más, me quedo... Habla; da con una pata.»

Entonces se dió un caso insólito... La mesa comenzó a dar golpes seguidos, numerosos, irritados, furiosos, como si se estuviese verificando un movimiento sísmico que sólo hubiese atacado a la mesa. Por un momento siguieron con las manos pegadas a la mesa, haciendo fuerzas sobrehumanas para contenerla; pero pronto no pudieron aguantar un calor terrible, como el que tiene una plancha caliente, a la que se ha probado con los dedos.

Los dos de pie, y como la pareja sorprendida *in fraganti* delito de adulterio por el marido, se daban la mano en un rincón de la habitación. La escena no era teatrable, pero era maravillosa. Un personaje que no había supuesto Calderón tomaba parte en la escena. Precioso drama del porvenir, titulado *La mesa vengativa*.

La mesa, con intenciones de toro bravo, como si la cabeza de toro de mimbre con la que juegan los niños se hubiese envalentonado, era una cosa inanimada que se volvía airada contra ellos, algo así como si se hubiese rebelado contra el hombre una silla a la que se hubiese pisado un callo.

La mesa bufaba como bufa la electricidad irritada y echaba un poco de humo; además, les tiraba coces

inarticuladas. Aquello era cómico; pero también era muy serio, porque, entre otras cosas, era verdad; desencadénense por lo que se desencadenen, el mismo Gustavo había leído que se desencadenaban estas tempestades y estos ataques de nervios en las mesas de los espiritistas...

Huídos, acobardados, porque no les valía esconderse detrás de otro mueble, porque la mesa los empujaba, Gustavo pensó que su salvación era que la mesa del comedor no cogía por la puerta del despacho, porque tenía que desarmarla cuando los días de riguroso invierno se le antojaba comer en el despacho, muy calentito y sociable...

Llevó a la viuda al despacho, cogiéndola por la cintura. La mesa burlada se atravesó en la puerta y comenzó a forcejar, a estropearse contra el marco.

—¡Si siquiera hablase!—dijo ella—. Yo le sabría contestar... ¡Pero así, de ese modo obcecado, brutal!...

—Aquí está usted a salvo... En ese quicio se tendrá que descornar... No le hagamos caso... Es un fenómeno físico, es como la electricidad... Ahora se queda usted conmigo aquí en este sofá, y me da usted un beso por ser tan animal su marido...

Se besaron, se adormecieron buscándose el cuello, el suave rincón del cuello.

La mesa, atravesada en la puerta, parecía un obstáculo puesto allí por si alguien venía.

El la buscaba los relicarios... Todo parecía producirse en ese momento después del cual los niños, ya sin poder más, se van a la cama... cuando olieron a quemado... La mesa ardía... ardía por minutos, pues ya echaba el humo premonitor...

Gustavo se arrojó contra el teléfono y gritó:

—¡El catorce! ¡El catorce!

A los dos segundos le pusieron en comunicación, y Gustavo dió sus señas, y que era un fuego que no podía atajar...

La mesa ardía ya...

Gustavo y ella salieron a la escalera dando gritos. Ella quería subir a salvar unos recuerditos y un poco de papel del Estado que tenía...

Él la acompañó gritando...

Los vecinos salían desnudos por la escalera.

Nadie tenía la llave del portal y, por lo tanto, comenzaron a dar grandes golpes en la puerta...

La viuda subía más de prisa que Gustavo.

A Gustavo se le echó en los brazos una mujer desnuda, y le dijo:

—¡Sálveme usted, caballero! ¡Que me voy a desmayar!

Gustavo la cogió en sus brazos y comenzó a bajar las escaleras, dejando a la viuda que subiese.

Seguían apareciendo en las escaleras mujeres desnudas con los senos moviéndoselas a empellones y las piernas cortas.

Gustavo apresuró el paso; se oía el crujir de sus muebles... ¡Pero él para qué iba a entrar! Cambiaría de decorado, pediría otro libro de cheques, volvería a domar otras zapatillas... Por de pronto, estaba de levita... Era el personaje de la vecindad, pues hasta el general estaba en calzoncillos...

Ya en la calle, depositó en uno de los colchones que habían tirado por el balcón a la pobre desmayada, y sacando una tarjeta la depositó entre sus dos senos, el único sitio con retentiva que ostentaba; así se enteraría de quién había sido su salvador. Él se debía a los demás...

—¡Araceli! ¡Araceli!—gritaba la generala, llamando a su hija...

Gustavo se acercó a la generala y la preguntó:

—¿La llamaron?

—Sí—contestó la generala—; pero se fué a su tocador a arreglarse... Se estará rizando el pelo probablemente.

Gustavo cogió tres mantas para echarlas en la escalera si estaba ya incendiada cuando él bajase y subió al piso primero, que era el del general...

Araceli, en efecto, flemática y distinguida como siempre, estaba en su tocador acabándose de arreglar, con las tenacillas puestas a calentar en el infiernillo...

—Pero, señorita... Mejor sería calentarlas en el incendio.

Ella sonrió. Aquel hombre la comprendía.

—Si espera usted a que me arregle; si tiene usted valor, me casaré con usted...

Gustavo dejó las mantas en un asiento; sacó un cigarrillo y lo encendió en el fuego que asomaba por una mirilla que había abierto en la pared. ¡A él con ésas! Le parecía muy digna de vivirse aquella aventura, y muy digno el premio. Si era bella la domadora, ¿por qué no entrar en la jaula del león a su solo requerimiento?

Las campanas de los bomberos sonaron al extremo de la calle. Entonces Araceli se puso de pie y dijo:

—Vámonos, que esos animales serían capaces de descomponer mi *toilette* y cogerme de la cintura como si fuese un capacho.

Gustavo cogió las tres mantas y las fué echando sobre el fuego que ya inundaba la escalera. Los dos bajaron las escaleras cogidos del brazo, como los novios que acaban de casarse. La multitud, emocionada, aplaudió; la madre, como en la escena de las sacristías, abrazó a su hija llorando...

Los bomberos entonces comenzaron a derribar la casa y a reblandecerla. Los vecinos se escondieron en las casas de la gran plaza a que daba la casa incendiada.

Gustavo, de pronto, se acordó de la viuda, la buscó por todos lados, la llamó, y entonces intentó subir de nuevo... Los bomberos no le dejaron... Les dijo

que en el último piso había una viuda que seguramente se estaba incendiando...

En efecto; toda la altura del edificio era pasto de las llamas.

La pobre viuda había perecido con su papel del Estado y sus recuerdos. El marido había matado a la adúltera. Aun desde la muerte se había cumplido el artículo 438; pero el amante había podido huir.

El incendio, en cambio, le había dado reputación y había puesto en sus manos dos mujeres que serían suyas: aquella a la que puso la tarjeta en el seno y la hija del general.

Y cuando todo había sido pasto de las llamas, el pobre propietario se presentó a todos y dijo con voz llorosa, enseñando el paraguas que llevaba colgado al brazo:

—Miren mi última propiedad... Ya no me queda mas que este paraguas.

Todos rodearon al propietario, muy tristes, mirando aquel paraguas, que era el caduceo ridículo del hombre arruinado.

XXVII

Después del incendio.

Gustavo había perdido aquella viuda que tenía pedazos encantadores, restos sabrosos, esquinitas muy tostadas; pero ya tenía relaciones con la cruel hija del general, que le llama «su bombero».

Todas las tardes había una hora en que iba a reunirse con su novia en casa del general, con toda la casa llena de jaulas de canarios, cuya amarillez inquieta alegraba los días malos.

Todos los días la hija del general se mostraba con el mogango de la displicencia, siempre envuelta en trajes ligeros que dejaban ver su descote de pez espada.

Gustavo estaba comprometido con aquella mujer porque había sido su salvador, y tan comprometido resulta el salvador con la salvada como la salvada con el salvador. La había arrebatado a la muerte y tenía que llenar su vida. Si no ¿por qué salvarla a su destino? Cuántas veces le diría en la vida: «¡Mejor hubiera sido que me hubieses dejado quemarme!»

Gustavo, en medio de sus relaciones con la hija del general, tenía la preocupación de la otra salvada por él en el incendio. La bella mujer a la que puso la tarjeta en la juntura de los senos, en el bolsillo ideal, no respondía, no daba señales de vida, y no podía averiguar dónde se había mudado, porque la portera, que era la única que podía decirlo, había desaparecido en el incendio, pues, aunque guardadora del portal, habitaba en lo más alto de la casa.

Gustavo no se podía olvidar de aquella mujer exuberante, de senos muy iguales y que, en medio del incendio, fueron como dos globos de la escalera que encendieron en ella la sensualidad de las catástrofes. Vestida de calle quizás no reconociese a aquella mujer, a la que reconocería siempre en camisa. ¡Qué extraña paradoja!

Gustavo pensaba en la ingratitud de aquella mujer a la que había salvado la vida y que, sin embargo, no se acordaba de él, ni le había escrito siquiera la postal de la gratitud.

Durante mucho tiempo le guardó rencor, hasta que un día se dió cuenta, dándose un fuerte golpe en la frente, de que no podía haberle buscado porque las señas de la tarjeta que había remetido entre sus senos eran *también* las de la casa desaparecida.

«¡Qué estúpido soy!... He debido pensar antes en eso... He debido caer»—se dijo Gustavo.

Y para conseguir volverla a encontrar puso un anuncio en los periódicos que decía:

«Caballero que salvó a una bella mujer en un incendio y le dejó en sitio visible su tarjeta, desea saber dónde habita. Apartado de Correos 605.»

A los dos días apareció en su casillero de la lista de Correos una carta apasionadísima:

«¡Cuántas veces en las pesadillas que reproducían el incendio le he visto a usted, resplandeciente, caballeroso, salvándome de una muerte segura!

»¡Pero qué difícil encontrar las señas del que se ha mudado de la casa incendiada y cuya portera ha muerto en el incendio!

»Esperaba la nueva lista de vecinos de la ciudad para ver si encontraba su apellido. ¡Cuánto me alegro de que usted se haya adelantado!

»Le espero sola, sin la vieja tía que me acompaña, pasado mañana, a las seis.»

Gustavo, inquieto, devorado por la gripe de la voluptuosidad, esperó con inquietud la hora de la cita, y aquella tarde engañó a la hija del general, sin remordimiento, porque la otra también era la novia producida por el incendio: la salvada a las llamas.

La entrevista fué deliciosa. Aquella mujer, a la que había visto en camisa la noche del incendio, se le mostró llena de candidez, reservada, con el cuello subido hasta las orejas.

Gustavo, entusiasmado por el contraste entre la honestidad de ahora y la deshonestidad del incendio en aquella bella mujer, sin pensar en la hija del general, la ofreció ser su esposo.

—¡Ah, no!—dijo aquella mujer—. Me moriría si tuviese un hijo.

—Pero si yo sólo aspiro a sus palabras, a sus perfumes, a sus sueños...

—Sí... Pero yo me moriría si tuviese un hijo... Es la tragedia de mi vida... Yo le pondría el nombre de Manuel, mi abuelo, el que fué general de húsares y al que yo quería mucho; pero es imposible... No puedo tener un hijo... No se empeñe usted, caballero...

Gustavo insistió con aquella joven deliciosa y cándida; pero no conseguía de ella ninguna afirmación.

—Sólo nos podremos amar platónicamente durante toda la vida... Escríbame... Pero yo no puedo tener ningún hijo, me moriría... Lo han repetido los médicos... Imposible aceptar otro amor que el romántico...

Gustavo sintió la tristeza de un verdadero imposible y como se sintió sin el deber de casarse con la otra salvada por él en el incendio, preparó todas las cosas para casarse con la hija del general. No tenía más remedio.

XXVIII

El día de la boda.

A mucho se había comprometido el día del incendio; pero en la vida hay que realizar alguna vez el acto insubsanable de morirse.

El día de la boda apareció un día turbio, con claridades de día de tendido en el cielo y como si las grandes sábanas del internado celestial hubiesen sido colgadas en lo alto.

Gustavo pensó en marcharse de viaje y no asistir a la boda; pero le asustó pensar en cómo iban a entrar en su casa todos los invitados e iban a dedicarse a los peores actos de pillaje. Sus cuadros, sobre todo, le hacían conservador.

Poco a poco se fué vistiendo con gran esmero y se hizo la corbata veinticinco veces, porque, como se decía él frente al espejo: «Es la corbata de la boda, y debe estar bien para que el acto sea legítimo... Casarse con una corbata mal hecha influye como nada en un matrimonio, corrompiéndole desde el principio.»

—¿Y debo desayunar? ¿Se desayuna el día de boda?

Como el que necesita una cerilla y no sabe a quién pedírsela ni dónde hallarla en la casa en que hasta la cocinera las tiene agotadas, Gustavo comenzó a dar vueltas por la habitación pensando en el desdichado problema de si se podría desayunar el día de la boda.

«Desayunaré y no se lo diré a nadie»—se dijo, y se desayunó sopando mucho en el café con leche.

¿La incongruencia que perseguía a su vida, no se acabaría con el matrimonio? ¿No sería su esposa un tapón para las incongruencias?

Vestido con perfecta distinción dos horas antes de la indicada para la boda, se puso a mirar por el balcón las cosas de la calle. Le sorprendió que todas tuviesen su aspecto usual y que nadie mirase a su balcón, cuando iba a ser un protagonista de la mañana de la ciudad en este día, y nadie ya en el tiempo le podría quitar esa autoridad que tuvo la mañana en que fué a casarse. La tarde es del rey y los ministros; pero la autoridad de la mañana se la comparten los que se casan y los que se bautizan...

Frente a aquella mañana, que no se daba cuenta de lo que iba a suceder, le congratulaba y se creía que realmente se iba a suspender la boda como momentos antes de los exámenes le quedó siempre la esperanza de que el profesor se muriese y los exámenes quedasen suspendidos.

Un trapero que se paró frente a sus balcones con dos sombreros de copa sobre la calamocha se encaró con él y se puso a dedicarle su grito como si le dedicase el toro de la mañana, igual que el torero que lo brinda.

A Gustavo le entró una rara comezón y una rara hilaridad.

—¡Lo compro todo! ¡Ropas, sombreros, dentaduras!

Gustavo, al ver aquella insistencia, pensó que le enviaba aquel emisario su incongruente Providencia.

—¡Suba!—le dijo asomándose al balcón.

El trapero, iluminado por aquel mandato, se enfocó hacia el portal y comenzó a subir las escaleras.

«¿Y yo que le voy a vender?»—pensaba Gustavo.

Pero decidido, como obedeciendo al magnetizador

que hace quitarse las americanas a los que suben al escenario y ponérselas del revés, Gustavo se quitó la levita, se puso el batín y, cogiendo el sombrero de copa del perchero, abrió la puerta al trapero y se los vendió por casi nada. El trapero se echó al hombro la levita como un gabán de que se ha despojado por el sofoco su dueño, y se puso el tercer sombrero rematando la pirámide...

Gustavo se quedó despejado, como libre de tener que ir a la boda, como habiendo imposibilitado el acto sacrificando su sombrero de copa y su levita.

Otra vez volvió a su balcón. La mañana tenía el blancor de los buenos días de compras, el blancor en que se sentía cocinera feliz o colegial que de nuevo iba al colegio y que en ese día tan blanco iba a ver las cosas mejor que nunca.

Pero ahora, al asomarse al balcón, se dió cuenta de que su boda era inaplazable aun sin levita y sin sombrero de copa. Todas las cocineras que pasaban con su gran cesta sobre la cadera y esos hombres medio con tipo de vagabundos, medio con tipo de empleados, que también seguían el camino de la iglesia en que él iba a casarse, iban a ver salir la novia del coche y a ver al novio entrar.

—Ese, ese es el novio.

«No puedo defraudar a todo un pueblo... Ya no tiene remedio.»

Se puso, pues, la americana obscura y se fué a la iglesia. Siempre dirían que era un novio que odiaba las ceremonias.

Al llegar cerca de la iglesia vió que había dos coches parados y los dos con el lacito en la fusta y los atributos de la boda. Los lacayos virginales de los dos coches parecían las novias de los cocheros.

En la escalinata de la iglesia, como dos comisiones de parlamentarios que esperasen al rey, esperaban los invitados y los testigos.

Los de la izquierda eran los suyos, pues reconoció al general y a muchos amigos de la casa.

—Está esperando la novia hace una hora—le dijo el general al darle la mano con indignación.

Gustavo penetró con decisión en la iglesia y vió que en los altares todas las velas estaban impacientes, temblorosas, inquietas.

—Vea usted cómo están las velas de nerviosas por su tardanza—le sopló el general al oído con un *simou* tabacoso...

Gustavo estaba aturdido.

—Nos duelen ya las rodillas de esperar tanto—le dijeron dos viejas arrodilladas cuando pasó junto a ellas.

Por fin penetró en la sacristía, donde le pareció que le iban a poner la pesada capa pluvial del casado y la mitra seglar del matrimonio.

Al entrar se quedó sorprendido porque vió a las dos novias vestidas de blanco y no supo cuál elegir en el primer momento, pues las dos parecían esperarle. ¡Pero cuál no fué su confusión cuando vió que avanzaban las dos hacia él!

Hubo un momento de estupefacción en todos, y nadie se atrevió a intervenir en la escena. Nadie había visto una escena de rivalidad parecida. Aquel suceso se convertía en un cuadro que más parecía cuadro de historia que nada.

Gustavo se dejó interpelar, sobre todo por la otra, por la desconocida, a la que dedicó su atención, buscando de qué conocía él aquella cara.

—¿Y usted quién es?—dijo atrevidamente la hija del general, dirigiéndose a la otra vestida de blanco...

La otra novia mostró un retrato a la hija del general, y Gustavo, con curiosidad, se asomó a él. ¡Era el antiguo retrato de aquella tarde feliz en cuya prueba apareció sentada a su lado aquella mujer!

Todos se aproximaron a ver aquel retrato.

—¿Pero es que ha tenido usted algún hijo con él? —la preguntó *la generala*.

Entonces se destacó la madre de la otra novia, y con un tono insultante y vindicativo gritó a la generala:

—No tiene usted derecho a ofender a mi hija... Mi hija es el primer premio y medalla de honor en todos los cursos del Conservatorio...

Gustavo aprovechaba la confusión para callar. Aquella novia inesperada le iba a salvar por fin.

La pianista, cuyas patillas interrogaban sobre ella misma y preguntaban: «¿No estoy bastante bella?», avanzó hacia Gustavo y le dijo:

—Has sido mi novio de siempre desde que vi tu retrato unido al mío... Por eso desde que vi anunciada en los periódicos tu boda preparé mi hatillo y tejí mi traje de novia... Quería sorprenderte momentos antes con el ofrecimiento de otra novia cuando aún te quedase tiempo de elegir... Todos estos buenos amigos se han prestado a la aventura...

Gustavo seguía meditativo y eso encolerizaba más las miradas de los invitados por parte de la familia del general, que esperaban que se decidiese.

Gustavo, en vista de las circunstancias y como quien ha sido embargado por el más terrible de los conflictos, dijo:

—Señores... Tengo que meditar el caso... Yo les escribiré...

Y se fué a escabullir, cuando la hija del general le salió al encuentro y le dijo:

—Por mí no tienes nada que meditar... Estás libre... No me casaría contigo ya nunca...

Gustavo, como pesaroso y desesperado, desapareció de la iglesia.

XXIX

Camino de París.

Ante el conflicto insoluble de las dos novias, salió Gustavo aquella noche misma para París, haciendo las maletas en diez minutos. Como no pudo ir colocando las cosas en su sitio, las cosas habían abultado tanto que necesitó llevar tres maletas y un baúl.

—¡Caramba! Me he dejado la maquinilla de afeitar...

Ya no podía volver; estaba a diez kilómetros de Madrid cuando se acordó de eso. Le afeitarían en la peluquería y volvería a sentir las yemas del peluquero dejándole las huellas dactilográficas en todo el rostro. Sentiría de nuevo el sutil dibujo del mapa de cada dedo del «fígaro».

Se sonreía en el fondo del vagón, acurrucado dentro del cuello de su gabán, subido como en broma hasta por encima de la cabeza, pensando que llevaba en la maleta el reloj grande del despacho y aquel termómetro graciosísimo que le habían regalado a su padre todos los empleados del ministerio en que fué jefe.

«Para que veáis—les diría—que soy un hombre precavido... Traigo el reloj más seguro de mi casa y el termómetro más suntuoso que se conoce.» ¡Cómo iban a reír todos!

De pronto se puso un poco serio. Como temía la incongruencia, pensó que bien podía descarrilar el tren para cometer una incongruencia digna del caso.

Algo incongruente le tenía que pasar en el camino. No había mirado a sus vecinos de coche, porque no

había tenido tiempo aún de darse cuenta de que viajaba hacia París sin haberlo pensado hasta media hora antes del suceso.

Notó que todos los viajeros le miraban fijamente, un poco asustados por sus gestos incongruentes, sus sonrisas intempestivas y su modo de haberse metido en un rincón y haberse subido el cuello del gabán...

A todos, según notó al observarles mejor, les conocía. ¿De qué? Eso es lo que trataba de averiguar. ¿Les había hecho una judiada alguna vez?

Todos le seguían mirando.

Iba a ser juzgado. No tenía escape. Buscó el timbre de alarma, con la ilusión de poderse colgar de él en caso de peligro.

Aquella señora guapa que le miraba por entre los pelos despeinados y largos de su piel era aquella rubia de su aventura en la caja de la escalera, y el que iba al lado, el marido que gritaba en la escalera y que le buscó por todos lados con dos pistolas.

El niño rubio que iba con ellos se parecía tanto a él, que aquello daba más autoridad a la sospecha. El niño rubio no le quitaba ojo. Gracias que no debía de saber hablar; si no, hubiese dicho algo, le hubiese llamado por su nombre, le habría recordado que preguntó por él cuando abrió por primera vez los ojos al mundo.

A los demás viajeros les buscaba en el rostro la señal por la que les conocía. Lo que no había era conquista.

Gustavo esperó a la hora del vagón *restaurant*, que llegó por fin. El vagón *restaurant* tenía la luz del comedor campestre y la monotonía de todos los viajes. Parece entrar el viajero en un comedor de una familia desconocida, en que le esperan su padre desconocido, sus hermanitos desconocidos, sus madres desconocidas, sus cuñadas desconocidas y demás parientes.

Gustavo se orientó en el vagón *restaurant* y se sentó

en la mesita de dos, frente a la mujer del collar de perlas, que el que mira se come como entremeses deliciosos.

Gustavo, después de saludar alegremente a su vecina, se puso a mirar el adorno del coche *restaurant*, los ventiladores de alas muertas, los timbres engañosos a los que no hace nadie caso, los candeleros para cuando hay que viajar con velas porque se ha fundido la luz eléctrica, más que del tren, de todo el paisaje por el que se camina.

¿Aquéllo era estilo imperio o estilo brasileño?

Desnudó la sorpresa del panecillo y le puso alegre el brillo de la plata de la mesa.

—Parecemos un telegrama de muchas palabras, el telegrama que anuncia una espléndida comida, que camina por los hilos del telégrafo por en medio de los campos...

La dama se sonrió de aquella salida y limpió el tenedor como la que limpia el peine.

El insistió audaz, por haber encontrado aquella sonrisa en la dama.

—Perdone usted que esté tan desarreglado... Me ha cogido usted de cualquier modo...

Ella volvió a sonreír.

—Parece que comemos los dos juntos como en el velador de las aventuras; ¿no es justo que me dirija usted la palabra?

—Tiene usted razón... ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias—respondió Gustavo haciendo una profunda inclinación de cabeza.

Se hizo una pausa, durante la que se contemplaron con simpatía.

—¿Va usted a París?

—No; yo me quedo en Miranda para esperar otro tren...

—¡Qué lástima! ¡Yo que esperaba llegar a París a su lado!

—Yo también lo siento... Pero yo soy la dueña de unas viñas y unas bodegas importantísimas... El Rioja de la Viuda Gómez.

—¡Ah! ¿Pero es usted la viuda Gómez, la auténtica viuda Gómez, la legítima, esa de la que hay que exigir la firma en el cuello?

—Sí; la misma... Aunque en el cuello no lleve mas que mi collar de perlas...

Gustavo, alegre de estar con aquella gloria nacional, tocó palmas y dijo al mozo:

—Tráigame una botella de Rioja Viuda Gómez, alambrado...

Gustavo volvió los ojos a la viuda, buscando en sus ojos la alegría de las viñas, la viñeta alegre de los majuelos...

—Ya notaba en usted algo embriagador...

—No me irá a decir usted... que huelo a vino—dijo la viuda de Gómez.

—No; no es eso, huele usted a la esencia refinadísima de sus mejores vinos, a la solera de su importante bodega...

El camarero destapaba la botella alambrada quitándole el bozal de alambre, la redecilla como para que no se despeinase.

Gustavo miraba con envidia aquel descote rubio como el vino blanco.

—¿Es tinto o blanco?—preguntó al pensar aquella imagen del vino rubio, y el camarero le dijo, parándose en el acto por si rechazaba la botella:

—Tinto...

—¡Ah! Entonces no... Lo quería blanco.

El camarero hizo el gesto de «¡Me lo podía haber dicho antes!», y se fué a buscar el blanco.

«El negro representaría a su marido en la comida... El blanco la representa a ella sola.»

Gustavo se sentía ya dueño de aquellas bodegas, y pensaba que pasearía con la viuda por entre los vi-

ñedos picando un racimo, siempre con gesto de ordeñar la ubre del paisaje.

Hablaba con vivacidad, como si ya estuviese borracho antes de tomar la primera copa de la viuda.

—¿Y será usted viuda hace mucho tiempo? Lo digo porque viste usted ese precioso traje color salmón...

—Mucho tiempo... Desde los diez y ocho años...

—¡Anda, caramba!—exclamó Gustavo sin poderse contener, entregado a la franqueza, alegre porque aquello equivalía ya a no haber sido nunca casada.

Ya el camarero había destapado la rubia botella y echado las dos primeras copas. Gustavo tomó la suya y brindó por ella.

—Brindo por la viuda de Gómez, y empleo para brindar su propia sangre... Se vé que es usted una mujer divina... ¿Pero usted no bebe?

—Yo no bebo...

—¡Qué cosa más fantástica!

—No es fantástico... Está bien que dé uno a beber la sangre a los demás; pero no que se beba uno su propia sangre.

—¡Ah! Comprendido... Comprendido—dijo Gustavo exagerando su expresión, queriéndosela tragar con los ojos...

Tenía algo de posesión litúrgica y esencial aquella comida frente a la viuda de Gómez, tomando su propio vino y dedicándola las miradas de agonía embriagada que el que bebe lanza por encima de la copa.

El tren avanzaba huyendo de los pueblos hambrientos de Castilla en pleno banquete, escapando con su pan y sus viandas, no fueran a comérselas aquellos indígenas, viendo cómo los perros, locos, representando el hambre general, corrían detrás del tren con osado deseo de morderle, de recoger los huesos de la «segunda serie».

Gustavo iba cada vez más entusiasmado, y ya en los licores y el café pensaba en la consunción del

vagón *restaurant*, que se gasta como un buen puro y una copa de coñac cien estrellas o cincuenta cepas, de ésas que son saboreadas deliciosamente.

—¡Qué lástima! ¡En seguida suprimirán el vagón *restaurant!*—dijo ella también, poseída de la tristeza de meterse en su camarote obscuro, sin aquella intimidad de comedor lleno de ceniceros muy pesados.

—Camarero—llamó entonces Gustavo con una gran decisión, encargándole que avisase al encargado.

El encargado fué, y Gustavo le dijo:

—Daré lo que sea preciso si no quitan el coche *restaurant* hasta Miranda...

—Quiere el señor una cosa muy difícil... A nadie se le ocurrió nunca eso... No figura entre los suplementos de los recibos...

—Pues es necesario... Yo pagaré lo que me pidan...

—Tenemos que telegraiiar a la Compañía...

—Telegrafíen—acabó Gustavo.

Todos los del vagón habían vuelto la cabeza hacia Gustavo con gratitud, como se vuelve hacia el que ha dado buen dinero a los zínganos y ha alargado su actuación musical.

La viuda de Gómez le miraba admirada y agradecida. Aquel hombre realizaba ante sus ojos lo mismo que Josué deteniendo al Sol... Algo inaudito, nunca visto... Iban a descubrir el paisaje de aquel viaje como nunca...

El tren, parado más de lo debido en la estación en que telegrafiaba el jefe del *restaurant*, esperaba el sí o el no de la Compañía. Por fin salió el jefe del vagón *restaurant* haciendo gestos de que sí con la cabeza.

El tren se puso en marcha, y Gustavo leyó el parte de la Compañía: «Dos mil quinientas pesetas.»

Gustavo sacó su cartera y firmó un cheque por valor de «dos mil quinientas pesetas», dándole al encargado cincuenta pesetas de propina.

El vagón *restaurant*, que se compunge tanto cuando

tocan a vaciarlo, estaba alegre, animado, feliz; y todos los comensales comenzaron a pedir copitas de licor, y vinieron los camareros, utilizando sus dedos como amplias licoreras,—una copita como dedal de cada dedo—pareciendo que en cada mano, en vez de cinco dedos, tenían diez.

Gustavo cada vez entraba en más íntimo coloquio con la viuda, que le invitaba a beberse una botella de las tres más antiguas botellas que tenía guardadas, no ya en el aparador, ni en el armario de luna, que es donde guardan las mujeres las cosas que más escondidas quieren tener, sino en el *cofre-fort*.

El tren avanzaba por sitios que se asombraban de ver el coche *restaurant*, como si no estuviesen los hombres ni los árboles preparados para una visión tan directa y de tan anchos oquiales.

Por fin llegó el tren a Miranda, y todos los comensales, borrachos de licor, porque nunca se había dado el caso de que el coche *restaurant* estuviese tanto tiempo a disposición de los pedidos, fueron saludando a Gustavo y a la dama color salmón.

Gustavo y la viuda de Gómez se quedaron en aquella estación, perdiendo su billete Gustavo, pero contento de esperar al rápido del día siguiente o torcer por completo su viaje. El niño rubio de su vagón, al verle coger las maletas y despedirse, dijo:

—¡Adiós, papá!...

Y la señora de la aventura de la escalera, con hipocresía de madre, dijo:

—¡Qué niño éste! ¡Qué atrevimiento!

Gustavo entró en el salón de espera de primera, sala desamueblada, pero con un íntimo rescoldo de numerosos días de espera estimulante de la pasión, lo bastante escalofriante de ambiente para provocar la confidencia. Les colocaron los equipajes en un rincón y se dispusieron a esperar el otro tren, que tardaría unas horas.

Apremiaba la declaración y el dar a aquella aven-

tura un rumbo u otro. Aquella podía ser una despedida retardada o la aventura para toda la vida.

Gustavo, cerca de la chimenea de mármol, sentado frente a la viuda de Gómez en el sillón color carbón, la intentaba enternecer con el tono que se da a la conversación en la sala de los viejos, en el saloncillo de las nostalgias.

—Voy a su pueblo si acabamos casándonos...—resumió Gustavo.

—No; de ningún modo—dijo ella—. Como un amable compañero de viaje sí puede venir... Pero yo no puedo casarme... Mi marido murió del *delirium tremens*, borracho todo el día con nuestros vinos, y todo marido que yo tuviese sería un borracho... Es mi sino no casarme...

—No beberé mas que una copa en las comidas...

—Eso me dice ahora; pero después pillaría las botellas de las soleras y pronto me maltrataría, muriendo con una muerte a la que sólo es parecida la de la rabia.

—Lo beberé con agua...

—No insista... Es inútil.

—Tiremos las maletas del pasado... Dejémoslas olvidadas aquí, y vamos, si usted quiere, lejos, hacia mi casa de Madrid...

—No puedo... no...

Se acercaba el momento de la partida de ella, y el mozo vino por los equipajes...

—Los míos déjelos...—dijo secamente Gustavo.

Y se despidió de ella besándola lentamente la mano, como poniéndola un clavo más que un beso.

Después sólo sintió una tristeza infinita, que aumentó la cena en el *bufet* con sus burguesas lámparas enormes de comedor de mucha familia y sus mesa-redondas y enormes, mirando sorprendido los grandes aparadores con más de cincuenta teteras por si todo un tren se pone enfermo o mareado de mono-

tonía, de asco al viaje. Bebió un vino cualquiera, pues se había jurado no beber más Viuda Gómez.

Durmió en un hotel próximo a la estación, y al día siguiente salió para París.

Solo en el vagón con una francesita, acabó por acariciarla las piernas como comerciante de sedería encantado con la ternura de la seda o como perrito atrevido. Pronto se llenó el vagón y pronto llegó la hora de la cena en el vagón *restaurant* de nuevo.

«¿Será que todas las mujeres tienen una condescendencia especial con el viajero para que las convide en el comedor del tren, como máscaras que se dejan coger del brazo por ir al ambigú solamente?»—se preguntó Gustavo.

Pero no tenía otro remedio, por haber tocado la seda de la francesa, que convidarla a cenar en el vagón *restaurant*. Fué una cena divertida, pero costosa, porque ella le dijo al entrar:

—¿Sabe usted cómo se come bien en los vagones *restaurants?* Pues tomando una mesa de cuatro personas y haciendo que sirvan a las cuatro para comer bien dos...

Gustavo hizo la prueba y cenaron alegremente, aunque a Gustavo le crispaba ver cómo la servilleta de la francesa se quedaba llena de úes de corazón, porque desteñían sus labios.

«¿Se le ocurriría mandar que dejasen el vagón *restaurant* enganchado hasta París?»

Nunca más. Ni volvería a tener ninguna aventura hasta después de comer en el vagón *restaurant*, y no porque fuese roñoso, sino por no hacer el primo...

La cuenta había sido graciosa esta vez, y se la guardó en el bolsillo como papelito optimista y gracioso. Eran las cuentas de los vagones *restaurants* los documentos más fehacientes de la vida, las pruebas de haber tomado una participación más directa en las fiestas alegres de los viajes. Tenían hasta emoción novelesca en su tipo especial.

Cie Intle DES WAGONS-LITS

C SÉRIE F X

La Compagnie prie instamment MM. les Voyageurs qui auraient à se plaindre du service, de bien vouloir adresser leurs réclamations à PARIS, à la Direction Générale, 40, rue de l'Arcade.

LIGNE Hendaye-Paris 38716

	Café ou Thé avec pain et beurre		
	Déjeuners à		
	Dîners à 4	25	
	Café 2	1	50
	Bordeaux 1	12	
	Bourgogne 1	12	
	Evian 1	2	50
	Vittel, Vichy, Perrier		
	Saint-Galmier		
	Champagne 1	35	
	Tabac	5	
	Bières		
	Bonbons	15	
	Liqueurs 6	14	
	Suplements	10	
	TOTAL	132	00

Otra vez en su vagón, comenzó ese trayecto nocturno y triste del viaje a París, durmiendo sin gratitud su invitada, mientras a su lado se vendaba los ojos el señor que no quería disputar con los demás si debía apagarse o no la luz, señor al que le importa muy poco todo y que ya hacía rato se había puesto las grandes zapatillas como calientapies, y que ahora, con los ojos vendados por el gran pañuelo de seda, parecía un fusilado, que le habíamos fusilado.

El pobre Gustavo, como burlado por las mujeres, estaba molesto porque además había cogido la pulga del tren, la peor pulga, la pulga viajera y saltona que tan pronto pica en un brazo como en una pierna.

Para distraerse salió al pasillo, huyendo de respirar el ácido carbónico que, como las plantas, también parecen expeler los viajeros durante su sueño. En el pasillo mató al mosquito de alas de libélula engañosa, que es el que da las palúdicas.

Vió cómo el tren parecía ir tirando faroles a la noche, y cómo también de todas las ventanillas tiraban colillas a la obscuridad.

Se veían todos los numerosos rieles de Francia, en madejas metálicas.

Se puso a pensar en la falta de experiencia de los descarrilamientos que hay en las gentes. ¿Cuál es el sitio mejor para que nos coja la catástrofe?... ¿Se salvan los que comen en la primera serie más que los de la segunda?... ¿Perecen los primeros los que van en el pasillo?... ¿Qué astillas son las peligrosas?... ¿Qué remate, saliente o barra se mete por la barriga?... ¿Quizás el único que se salva es el pinturero que va dentro del acordeón que une un vagón con otro?

Gustavo, embarullado por aquellas cábalas sobre los descarrilamientos, pensó que si no tuviesen el miedo a los choques los trenes no llegarían nunca.

Después repasó las alcobas de todo el vagón; vió a la

mujer arropada con la más grande manta de viaje; vió al niño colgado de la hamaca, y como el que ha arropado cariñosamente a todos los que duermen en la casa piadosamente, se fué a su departamento y, mirando el reloj antes de dormirse, pensó: «Si todos los viajeros llevasen un buen reloj, el tren llevaría buena marcha.»

XXX

El amigo de su padre.

Cuando se hubo arreglado, dejando negras de negro de humo las toallas del hotel, bajó la escalera, y al ir a depositar su llave en el casillero, vió que ya tenía una carta esperándole. ¿Quién podía escribirle recién llegado y sin haber dado las señas a nadie?

Abrió la carta y vió que era de un señor que decía ser el amigo íntimo de su padre, que se estaba muriendo en aquellos momentos, «y necesito verte en seguida», acababa diciendo tuteándole para obligarle más.

Gustavo tomó un automóvil y se fué por la película de los automóviles hacia la casa del agonizante.

¡Qué triste calle la suya en el barrio de las chimeneas torcidas! El automóvil tuvo que quedarse a la entrada, y Gustavo se hundió en ella buscando en aquellos portales de carbonería el número del amigo de su padre.

Lo encontró por fin, y entró en la portería más sombría del mundo, con unos muebles como ennegrecidos por el incendio.

La portera le dijo:

—Sí... don Antonio, en el bajo... En aquella puerta obscura.

Gustavo se dirigió a la puerta obscura, en la que brillaba el tirador de metal de la campanilla. Gustavo llamó.

Nadie abría ni se movía en el fondo de la casa.

Gustavo volvió a llamar.

—Sí... Voy—contestó una voz agónica.

Y poco a poco, dando con el costado en las paredes del pasillo, se sintió que iban a abrir la puerta.

—Espere un momento...—comunicó la voz agónica después de dejar levantado el picaporte.

Y se sintió una carrera de hombre descalzo que va herido.

—Ahora... ya—dijo dentro del rebullimiento de ropas y muelles de la cama.

Gustavo empujó la puerta y entró.

—Me estoy muriendo solo—dijo el hombre, que tiritaba por haberse levantado a abrir—; pero ya estoy tranquilo porque has venido... ¡Cómo te pareces a tu padre!...

El agonizante estaba en un ambiente estilo Imperio; la cama y todos los muebles, relojes, espejos, estilo Imperio.

—Te dejo—le dijo—cinco casas en los grandes bulevares... Las cinco mejores casas de París... Rentan no se sabe cuánto... Pero sé duro con los inquilinos y desahucia a todo el que puedas... Piensa que si ellos fuesen los propietarios harían lo mismo contigo... Paga los seguros el mismo día primero de año, en cuanto abran la oficina... No varíes el empapelado de las habitaciones, porque eso trae mala suerte y porque el día en que esos papeles sean bien antiguos podrás vender la casa, no a los propietarios, sino a los anticuarios... Sólo tiene una condición mi testamento, y es que tienes que cuidar a *Salot*, el pájaro negro que me ha hecho compañía siempre y gracias al que he podido retener lo que hoy te dedico... ¿Cumplirás todos mis encargos?

—Todos—dijo sumiso *el Incongruente.*

—Ahora dame agua hasta que me muera... Agua sin parar—le dijo el agonizante.

Gustavo llenó una gran botella de agua en la fuente

de la cocina, atrancada desde hacía muchos días, y dió el primer vaso de agua al moribundo.

—El automóvil que he tomado está a la puerta... Si no va a tardar mucho en morirse no le despido...

—No... no... despídelo... Tienes que saber hacer economías... Aunque no voy a tardar mucho en morirme, es un gasto inútil... Oigo el taxímetro más que a un despertador; corre aunque esté silencioso, y apaga el taxi... Corre, pero deja la puerta abierta, porque no podría abrirte ya...

Gustavo se entretuvo discutiendo con el chófer.

La portera salió a fisgar, y cuando entró le dijo que ella era descendiente de Luis XVI y que tenía el despertador más puntual de las porterías.

—¿Así que es usted el heredero de don Antonio?

—Sí, señora...

—No se olvide que me tiene prometido el reloj de noche, que marca sobre un globo de luz las horas que no se suelen ver...

Gustavo volvió a la alcoba de su protector. Había entrado en su ausencia una anciana con sombrero muy empingorotado y una estrella de oro al cuello.

—Aquí te presento—dijo al *Incongruente* el amigo de su padre—a la señora que ha visto construir la Gran Opera...

—¡Pero es posible!—repuso *el Incongruente*, mirando a los ojos de rata muerta de aquella anciana.

—Sí... Yo asistí a la función inaugural de la Opera...

El Incongruente pensaba en la Gran Opera, cuyas piedras ya eran viejas, y miraba a la anciana amiga del amigo de su padre.

—Este es el mocito que me sucede—dijo el viejo amigo de su padre—; pero él la respetará en su guardilla... ¿Lo oyes, Gustavo? No la eches del cuarto que ocupa hasta que se muera...

Gustavo prometió respetar la voluntad del inesperado amigo de su padre y le siguió dando vasos de agua.

Por fin el viejo amigo de su padre que le dejaba una gran fortuna se quedó rígido y muerto. La anciana le recitó las oraciones de los muertos y le tapó con la sábana, como se hace con los cadáveres acostados en las mesas de disección.

Gustavo buscó el testamento, y cuando lo hubo encontrado salió a la calle para avisar a la funeraria. Preparó el entierro y volvió al piso bajo de obscura legañosería.

Allí pasó la noche acompañado de los porteros de las cuatro casas de los grandes bulevares, que le llevaron cuatro coronas, en cuyas cintas ponía:

«A nuestro amo, sus porteros reconocidos.»

Gustavo, después del entierro, tuvo que dar la mano a los cuatro porteros, perdiendo así la autoridad sobre ellos, y después se fué al Banco Hipotecario e hipotecó las tres casas en una cifra fantástica. ¡Qué gran vida se iba a dar en París!

«¡Ah, pero algo de luto debía de llevar por su protector!»

Entonces entró en una litografía y se mandó hacer unas tarjetas de luto.

XXXI

Vida en grande.

Gustavo, después de la herencia, se dedicó a la vida alegre y lujosa con más ardor que nunca.

Se compró una roseta de una cruz china. Era imprescindible. Y para ser más rumboso se compró la más grande, que parecía haber abierto en el ojal como un capullo fértil.

Encontró en las noches de París novias antiguas, que se habían olvidado ya de hablar en el lenguaje en que le amaron y que hoy hablaban el francés de barquillo de la frivolidad, el francés inconsistente y quebradizo.

Las casualidades se dieron en casi todos los *restaurants*, y siempre cenó con la mujer en la que se encuentra al final de la cena la pariente o la antigua novia.

Entre los sucesos extraños de París estuvo el encontrarse aquella tía suya que siempre iba con manto allá en el pueblo y que ahora lucía un hermoso sombrero rojo y era el asombro de las demás mujeres alegres.

—¡Pero querida tía!

Gustavo encontró aquella noche un encanto desconocido hasta entonces, el encanto de encontrar los brazos rollizos, magníficos y ya muy formados de la tía.

¡Qué extraña cena de familia entre los *jaz-band*

locos con platillos en las manos y en los pies, sobre la gran tarima musical!

—¡Es mi tía, señores!—gritaba Gustavo entre los vapores de la borrachera, y ella le quería dormir en su hombro, curarle de la exaltación del alcohol.

Otro encuentro que tuvo en París fué el de un maletín con joyas por valor de un millón. Su primer impulso fué hablar, decir: «Aquí está esto»; pero se calló y llevó el maletín a su casa, parando antes en un café para despistar al chófer en la hora de las preguntas.

A la noche todos le llamaban ladrón, aunque se decía que la dama se había olvidado en el taxi el maletín.

Gustavo repasó las joyas. Eran magníficas: un collar con ochenta y cinco perlas finas, separadas por zafiros blancos, dos esmeraldas cabuchonas enormes, muchos brillantes rosa, un medallón de cristal de roca rodeado de perlas, un broche de agua marina rodeado de muchos brillantes antiguos, otro broche en forma de L compuesto de un zafiro azul y un zafiro amarillo y un montón de cosas más en rico conjunto.

Gustavo admiraba su tesoro al irse a acostar y seguía leyendo las indagaciones y oyendo cómo llamaba ladrón al *gentleman* que había escondido el maletín.

«Nadie se pone en el caso del que se ha encontrado la maleta... Todos se ponen en el caso del que juzga.»

Gustavo guardaba el maletín porque no sabía cómo presentarse después de haber sido insultado y porque le indignaba aquella pérdida, aquel alarde de un descuido de un millón. «¡Se necesita desvergüenza!—pensaba irritado—. ¡Perder un maletín con un millón en joyas!»

Y callaba, callaba, hasta que un día, con un gesto humorista, apareció en la policía con su maletín, dando los veinte mil francos de prima para los pobres

y diez mil más de su bolsillo; pero dejando una nota oficiosa, para repartírsela a la Prensa, y en la que fustigaba a quien debía tener tanto dinero que se olvidaba un maletín con un millón en joyas. «Ya eso no le pertenece—acababa diciendo Gustavo—; eso pertenece al que se lo encuentre, o a la gente que pase por la calle, o a los pobres que buscan con una gran atención las colillas caídas en la calle.»

La Prensa aplaudió mucho su rasgo y publicó su retrato.

XXXII

Una noche en el «cabaret».

Los *cabarets* eran su centro, y por eso se fué a cenar al *cabaret*. Pensando en «la carta», distraído, tradujo directamente: «la lettre», y el mozo, creyendo que era un señor para el que había una carta hacía mucho tiempo, se la dió.

Gustavo, que tenía la sumisión de la incongruencia, la tomó sin chistar y la abrió como si hubiese sido para él.

«Mi querido Francisco: Dueña de un castillo que me ha tocado con una gran fortuna en una herencia inesperada, voy a vivir sola y tranquila en él. Sólo si tú llegas te recibiré encantada, porque tú solo has sabido ser el confidente de mi vida. Tu *Magdalena*.»

«Iré—pensó Gustavo—. Estará ella completamente sola y es dueña de un castillo... Estará deseando que yo llegue...»

Por haber sido designado tan misteriosamente por la Providencia para encargarse de esa mujer, ya se creía Francisco más que Gustavo.

El *cabaret* estaba lleno de alegría, y cuando entraba alguien, el introductor se burlaba de él. A Gustavo, por haber llegado el primero, cuando toda broma hubiera resultado intempestiva, no le había tocado el florete del maestro. Sólo cuando vió que le servían cinco cosas y un gran pan en aquel sitio en que sólo

se despachaba café y cerveza, dijo, descubriéndole a las miradas de todos:

—He ahí el comilón, el señor Comilón.

Todos volvieron la cabeza para mirarle, y se solazaron al verle comiendo al por mayor.

—¿Ustedes gustan?—les dijo a todos Gustavo.

—¡Pues no les ofrece a todos! Este hombre es un nuevo rico—insistió el gracioso mentor de todos.

Gustavo, que tenía hambre, comía, reía y dominaba la situación gracias a su desparpajo.

Dos o tres mujeres le miraban cautivadas, y a un requerimiento de él se pusieron a comer lonchitas de salchichón. Tenía desconcertado al *cabaret*. El mismo introductor de embajadores no sabía lo que decir frente al caso insólito de que aquel caballero hubiese tomado por el comedor de su casa el salón artístico del *cabaret*.

Más mujeres le rodearon, y él a todas les daba una rajita de salchichón, repitiendo constantemente al camarero la misma frase.

—Camarero... Prepáreme una nueva emisión de salchichón... Cien monedas más de salchichón, cien rublos de salchichón...

Y después repartía como si diese limosna aquellas monedas con canto de plata...

Los cancioneros estaban atemorizados y no comenzaban. Aquel hombre les iba a aguar la fiesta, les iba a estropear las canciones.

Uno, el más viejo, con tipo de presidente de la República, comenzó a cantar los dolores de la cabeza del guillotinado.

Gustavo sonreía y pensaba tirarle las rodajas plateadas que habían quedado del salchichón, cuando de entre la multitud se levantó un hombre que gritó:

—¡Mentira!... Yo he sido guillotinado y no se sufre así.

Gustavo, con una moneda de salchichón en la boca,

como esas máquinas en las que no acaba de entrar la perra que se las echa, se levantó para encararse con aquel hombre que así le había quitado el cetro de la noche.

Nadie le veía, porque aquel hombre había hablado por detrás. Después, como quien se quita el cuello postizo porque hace mucho calor, se lo arrancó de un tirón y enseñó a todos las más señaladas cicatrices que habían visto, como si el hacha hubiese dado varios golpes en falso en aquella nuca, como en un tronco con nudos.

Gustavo notó que una mujer se pegaba a él y le decía, toda temblorosa:

—Paga y vámonos; tengo miedo, mucho miedo, porque ese hombre fué sentenciado a la guillotina porque asesinó a mi madre y quiso asesinarme a mí...

Gustavo, como un hombre elegante que era, se limpió la boca y salió del *cabaret* con aquella pobre mujer pálida, a la que se le había retirado toda la sangre del rostro, hasta de las encías.

—Lo comprendo... lo comprendo—la dijo en la calle, emocionado aún por aquella sesión tan de *cabaret*, la sesión perfecta en que había habido broma, chicoleos y por fin la canción triste con un final inesperado y de una gran autenticidad trágica: todos un momento sobre el cadalso, el verdadero cadalso, el cadalso de la alegría montmartresa.

—¿Dónde quieres ir?—preguntó Gustavo a la asesinada.

—Nada más que a mi casa... Llévame a mi casa... Se han levantado tantos tristes recuerdos esta noche, que es como un viento que me perseguiría por la calle... A lo que más se parece el grito de los asesinados es al grito del viento... Todos los días de viento me acuerdo mucho de mi madre; creo que se queja aún, y si me da el ataque de histerismo comienzo a pedir socorro y a llamar a los guardias...

Gustavo la miraba de reojo y la encontraba apetitosa, porque era la hija de la asesinada y porque ella misma fué casi asesinada.

—¿Me enseñarás la cicatriz?

—Te la enseñaré.

Sólo de pensar que iba a ver la cicatriz de la que fué casi asesinada se le subió el tomate del rubor a la cabeza, y comenzó a andar más de prisa.

Delante de ellos paró un ómnibus extraño, como no habían visto nunca otro. Gustavo, que sacaba de lo natural todo lo sobrenatural, le dijo: «Es el ómnibus de los que van dormidos, de los que quieren que les lleven a su casa dormidos.» En efecto; eso debía de ser, porque iban los caballos con las patas entrapajadas, para que no se oyesen sus cascos.

A la medio asesinada se la ocurrió una cosa pueril.

—Llevan las pezuñas como las escobas que se envuelven en un paño para que no se levante polvo.

En el fondo del Sena gritaba un hombre:

—¡Que ya me he arrepentido de suicidarme! ¡Salvadme! ¡Salvadme!

Gustavo, que conocía las trampas que le preparaba la incongruencia para torcer su camino, le dijo a ella:

—Corre... No nos vaya a comprometer...

Delante de ellos iban un hombre y una mujer bailando un cancán. Era extraño aquel baile en la soledad de la calle. ¿Sería otra trampa?

Torcieron por la primera calle que encontraron. En ella había colgado de un farol un ahorcado.

—¡Aprieta el paso!... Haz como que no has visto nada...—dijo él, pensando en Nerval y temiendo ser comprometido durante muchos siglos en la historia del suicidio, que siempre se sospecharía que fué crimen, si daba la casualidad, claro está, que el suicidado era un grande hombre.

—Vamos... Vamos—decía de vez en cuando.

Ya no sabía dónde estaba. Ella le conducía de la

mano, y ella le detuvo en un portal de la calle más obscura de París, calle en la que aún duraba uno de esos reverberos colgantes que bajan si se baja la cuerda de la comba de cuyo centro penden.

Se abrió el portal, y Gustavo notó que además de que el frío era intenso en él hacía un tiro hacia dentro que parecía como la resaca de la casa, una resaca que obligase a subir los tramos de la escalera al que había entrado.

Después de subir cincuenta escalones, la que había sido asesinada casi, abrió con su llave, y Gustavo entró en un cuartito que estaba iluminado antes de entrar ellos.

—¿Es que vive aquí alguien más que tú?

—No; es que desde el día del crimen vivo con la luz encendida... Pago doscientos francos de luz... Es la desinfección del crimen.

Dejó su sombrero, sus guantes; se quitó su gabán y en seguida fué a un cajón de un armario y sacó todos los periódicos que se ocuparon del crimen, mostrándole primero los ilustrados, en que estaban retratadas ella y su madre; después, el cuadro del crimen; después, ella envuelta en algodón en rama en una cama del Hospital; después, la fotografía de la vista; después, la fotografía del asesino, que era indudablemente el mismo que habían visto esta noche, aunque habían pasado por él los bastantes años, aunque su condena había sido breve, porque la abreviaron todos los indultos posibles, gracias a que le protegía la esposa de un ministro que lo recibió en su gabinete íntimo el día que cumplió.

—¡Aberraciones de París!—como decía ella.

Fué una larga lata el oírla leer como en una portería toda la historia del crimen; pero él quería contentarla, para poder al fin ver la cicatriz.

En eso se armó un viento terrible, que sonaba en la chimenea con cadavérico afán. Ella se comenzó a po-

ner nerviosa, y de pronto, excitadísima, se fué al balcón, lo abrió y comenzó a gritar: «¡Al asesino! ¡Socorro! ¡Socorro!»

El la quiso contener. Nada. Imposible. No era posible soltarla de los hierros del balcón.

Los gendarmes acudieron y se llevaron a Gustavo sin quererle escuchar las explicaciones ni a él ni a ella.

Al llegar a la delegación, el jefe de Policía le tomó por otro:

—¡Ah! Por fin... Este es... Agente Fondut, el premio de cincuenta mil francos será para usted... Este es Delayati... El bandido italiano que asesinó en Niza a las tres millonarias...

—Pero ¿y si no quiere declararlo... si no se le prueba?—dijo el agente.

—Para eso nada mejor que ofrecerle la mitad de premio...

Gustavo protestó. Pero el jefe de Policía le enseñó dos retratos, uno de frente y otro de perfil, en los que aparecía un hombre que era casi igual a él.

Le registraron, y de las primeras cosas que vieron fué aquella carta recibida en el *cabaret* por hacer una traducción demasiado directa del «denme la carta» español.

—¡Ah! Ya no cabe duda... Es el mismo... Lleva en el bolsillo una carta dirigida al nombre supuesto que durante cinco años usó en Francia.

Ya después de aquello Gustavo entró en ese estado de abulia en que se sumía cuando la incongruencia le preparaba una serie seguida de sorpresas. «Ya se deshará ello solo»; y guardó silencio, resignado. Lo único que sentía es que después de haberle comprometido la que fué casi asesinada, no le enseñase la cicatriz. ¿Por qué se habría levantado aquel viento ululador?

Le llevaron a la Dirección de Seguridad francesa, ese ministerio de Estado, en que junto a cada puerta

hay un criado de calzón corto y con el toisón de los cotillones al cuello. Allí pasó al despacho del director, que le saludó diciendo:

—Saludo al gran criminal y le ruego firme estas cuarenta y nueve postales de mis cuarenta y nueve colecciones de los grandes criminales. Después, como lo cortés no quita lo valiente, le haré unas cuantas preguntas.

Gustavo ya no pudo más y le explicó quién era y cómo había adquirido aquella carta, y cómo aquella mujer había gritado por histerismo, llamando a la policía.

—Todo es tan incongruente y tan burdo, que no hay quien lo crea...—repuso el jefe de la policía.

—¿Quiere llamar al ministro de España, que me conoce a ciencia cierta?

El jefe de policía dudó un momento y dijo a sus subordinados: «Guardádmele con cuidado, que voy a llamar al ministro de España para preguntarle por ese nombre que da.»

A Gustavo, sentado en un sofá entre los dos agentes, se le ocurrió que lo que él debía hacer era sacar una patente, una certificación de «incongruencia aguda», algún documento certificado por los más eminentes hombres de ciencia y las autoridades. En sus pasaportes debía figurar: «tipo... incongruente».

Lo que no volvería sería a ir a París, porque la incongruencia en París era muy peligrosa.

Pronto le llamaron al despacho. El ministro de España, reconociéndole, le dió la mano y dijo al comisario:

—Es un caballero respetable de España, antiguo amigo mío...

El comisario, corrido y sin saber qué hacer, le besó la mano diciéndole:

—*Pardon... Pardon...*

XXXIII

Cartas de mesa a mesa.

Como refugio contra los atropellos, *el Incongruente* se metió en un café cualquiera, café con los asientos de hule, como los departamentos de tercera clase en los trenes franceses.

El Incongruente lanzó varias miradas vagas a las cosas lejanas, a un tranvía presuroso muy al fondo, a un anuncio que ocupaba toda una fachada,

K U B

y después observó las gentes del café.

Frente por frente de él había una señora con un señor de sonrisas menudas, condecorado con tres rosetas, como si se las hubiesen puesto las postulantes de la Fiesta de la Flor. No miraba siquiera a su mujer, de orgulloso que estaba de sí mismo. Se paseaba por delante de sí, con las manos a la espalda y el bastón entre las manos, atravesado sobre su espalda.

El Incongruente, al mirar la larga avenida con árboles que se abría frente a la ventana del café, vió a aquel mismo señor paseándose así, lejano, enseñando a todos la ráfaga condecorada de su solapa.

Entre el señor y la señora, un gran tipo de comerciante escribía cartas con membrete comercial y margen atravesado por el «cuentacorriente en todos los Bancos del mundo».

El Incongruente, de pronto se sintió atravesado por

la mirada de aquella señora de nariz de zorra, y como quien baja la mirada poco a poco para coger *in fraganti* la mosca de una mirada ajena, fué ladeando los ojos hasta encontrarse con los de ella bien parados, inmóviles, indudablemente apasionados.

La sonrió con disimulo, con las patas de gallo de la sonrisa de los ojos, y recibió de ella la más clara de las sonrisas; sonrisa en la que tomó parte toda la compañía: los ojos, la nariz, que se agudizó más; las orejas, el descote, que abrió ella nerviosamente con un gesto de su mano; hasta el sombrero, cuyas plumas se movieron con alegría, como los quiquiriquís de las gallinas moñetudas.

El camarero interrumpió aquel expresivo coloquio apareciendo con una bebida extraña.

El Incongruente hizo un gesto de no haber pedido aquello; pero ante el ademán determinado del camarero, se dió cuenta de que aquélla era una incongruencia más del Destino.

¿Qué era aquello?... Aun pudo alcanzar a leerlo. «Preámbulo» se llamaba aquella bebida color ladrillo, a la que el agua de seltz levantó en espumarajos iracundos.

Ella se reía de la bebida, y sobre todo de la espuma de mar picado que se levantaba de la copa.

El Incongruente hizo un gesto de resignación, y ella se rió con más descaro, llevándose la cartera a los labios, tapándose con el sobre de hule de su bolso.

El marido permaneció ensimismado, como si viese en los espejos los pasajes de su historia pintados por los mejores pintores.

Ella hizo un gesto al camarero, y éste la trajo una carpeta, una pluma y un tintero. Ella, sin lograr distraer a su marido con todos aquellos gestos, sacó del fondo negro de la carpeta un papel timbrado con el nombre del café y comenzó a escribir una carta, que por los gestos le dedicaba a él.

El Incongruente tenía miedo de aquel marido, pues casi había sido comprometido sin querer. Si cogía aquella carta, creería descubrir un adulterio, en el que la complicidad resultaría terrible, cuando sólo era hija de la precipitación de aquella mujer.

El comerciante, como un aislador, escribía impertérrito sus cartas comerciales, en las que dominaban los números y los tantos por ciento con sus dos ojos vivaces.

Ella le miraba de vez en cuando como a la inspiración, como quien mira al novio lejano y después escribe un párrafo.

El marido, impertérrito, se miraba hasta en el techo, como si fuese un motivo del plafón.

El Incongruente observó que las perchas del café tenían relación con aquella cabeza y que todas eran, no se sabía bien por qué, perchas de aquel señor. La idea aquella le hizo colgar con rabia, como quien se mete así de alguna manera con el señor cachazudo e insensible, su sombrero en una de las perchas. En efecto; tanto correspondían las perchas con el señor, que hizo un gesto de dolor, de inquietud y de molestia después del sombrerazo que recibió en una de sus perchas.

Ella, alegre, inspirada, escribiendo por rachas los párrafos de su carta, firmó, por fin, con letras grandes y nerviosas, poniendo hasta la firma en aquel documento tan comprometedor.

—¡No! ¡No la firme usted! ¡No la vaya a coger su marido!—la dijo con el gesto haciéndola un ademán brusco.

Pero ella ya le ofrecía la carta, firmada y con el sobre puesto, por encima del comerciante sordo, como sentado en el cuarto de la Caja.

El Incongruente la tomó y la abrió debajo de la mesa, sin perder el miedo al marido de mirada perdida.

Un señor que avanzaba, y cuya sombra inquietó al *Incongruente*, le hizo tener el gesto tímido y temeroso de guardar la carta en el buzón de un bolsillo. Fijándose mejor en el señor, vió que era un cualquiera, que no les conocía, y sólo se quedó atento al acto de colocar su sombrero en la percha, temiendo el despertar del hombre de la mirada perdida. En efecto; en cuanto aquel señor dejó el sombrero en la percha, se movió con sobresalto el marido, despierto un minuto por las cosas de su alrededor. Después volvió a la abstracción.

El Incongruente sacó entonces la carta y se puso a leerla, sonriéndose a cada paso con la dadora y escribidora de la carta en una pieza.

La carta decía en el sobre:

Para el encantador joven de la mesa de enfrente.

(Entregada en propia mano.)

Y su texto decía:

«Amor de mi vida: Aunque casada, tengo un marido que no se da cuenta de mi alma apasionada y parlanchina, que necesita preguntar mucho y que la respondan siempre.

»Tú tienes el tipo de mi ideal, y te lo declaro como se deben declarar las cosas, sin pérdida de tiempo, temiendo que de un momento a otro pidas tu cuenta al camarero y te marches.

»Este hombre no se aparta ni un momento de mí, porque somos provincianos que pasamos en París unos días; pero yo te espero en mi ciudad, en Saint Maló, donde podríamos vernos muy a menudo.

»Escríbeme ahora mismo que irás; dime lo que hay en tu alma y conságrame algunas palabras de cariño que me hagan dormir esta noche más plácidamente

que nunca. Será tu carta un ramo de flores que dejare en mi mesilla de noche para perfumar la alcoba tristísima de mi hotel.—Tu *Margot.*»

El Incongruente la miró con gran amor, y encendido en impaciencia, llamó al mozo, indicándole que quería recado de escribir.

«Amor mío—comenzó la carta—: Así debe portarse la mujer apasionada, que como es dueña de sí misma, sin necesitar llenar ningún impreso ni esperar quince días, puede franquearse como tú te has franqueado conmigo.

»Así como queda un rencor triste contra quien nos ha hecho rogar por su amor, en mí no quedará sino gratitud por usted, gran señora del amor.

»Yo iré por Saint Maló pronto y nos veremos en esa casita de las afueras que en provincias sirve para las citas; lo mismo dará que sea una antigua casilla de Consumos que un antiguo torreón para el telégrafo de señales.—Tu *Gustavo.*»

Gustavo envió la carta, dirigida:

«A la bella señora de al lado, esposa del señor condecorado y distraído.»

Ella sonrió al leer el sobre y abrió la carta. Gustavo estaba ya nervioso, precipitado, y para dar benignidad al camarero con una nueva propina, porque se sonreía con una sonrisa demasiado cruel, pidió lo que anunciaba un cartel que pendía de una de las perchas, y que, colocado sobre la cabeza del marido, parecía ser el inri alusivo:

DEMANDEZ
LE YAOURTT
DU CAUCASE

Le trajo una tartina de leche agria, que dejó, haciendo un gesto que hizo reír a la señora, que le escribía de nuevo una nueva carta. Gustavo, por hacer algo y por distraer con sus gestos al marido, se tomó aquella leche agria, que era como una medicina.

Poco después recibía de nuevo una carta de la vecina de mesa.

«Mi encantador joven: Cuando el amor tiene ya una tradición de constancia como el nuestro, la seguridad es mayor.

»¡Qué hermosas horas hemos pasado juntos!

»Ya, cuando lleguemos a vernos en Saint Maló, seremos unos amantes antiguos, formales, que recordarán su larga estancia en París.

»Yo haré que mi esposo pida unos cuantos *bocks* más, y cuando ya tenga impaciencia por marcharse, pediré un chocolate, que es lo que más tarda en enfriarse y lo que nos sostendrá más tiempo en el café.

»Escríbeme otra carta contestando ésta, para que en la gaveta de nuestros amores haya también algunas cartas, aunque de lo que más la llenaremos será de las miradas de nuestra larga constancia.—Tu *Margot.*»

Gustavo, cada vez más cohibido porque el marido parecía darse cuenta y observar aun haciéndose el distraído, pidió otra cosa que anunciaba otro cartel:

ZERZA RUSO

El camarero le trajo en un sopero una sopa humeante. Temió que aquello ya llamase la atención del marido, y hubo un momento en que no se atrevió a levantar la tapadera de metal para no distraerle.

Después abrió la sopera y la emprendió con una sopa de licores, que en seguida se dió cuenta de que iba a influir en su segunda carta de amor, haciéndola más apasionada. Se tomó las primeras cucharadas, y mientras se enfriaba un poco comenzó a escribir:

«Mi cada vez más querida señora: Bien dice usted que cuando el amor se muestra asiduo nos da más confianza...

»¡Cuán largo ha sido el tiempo de nuestra asiduidad! Hemos visto crecer en nuestras sienes esa primera cana que no es augurio sino de constancia, pues después de arrancada tarda muchos años en reaparecer la segunda.

»Cuando nos veamos en Saint Maló recordaremos París como huéspedes del mismo hotel que se miraron de ventana a ventana sobre la incomprensión del marido, enfrascado en la guía de ferrocarriles.

»Ya estamos en ese momento ansioso de palabras que cruza las cartas componiendo un tejido escocés que viste de cordialidad el corazón.

»No olvidaré nunca esta tarde, que fué como cien tardes de domingos pasados en el café en grata tertulia de los ojos, novios de mesa a mesa.

»La adora—*Gustavo.*»

La carta siguió su camino como rata blanca que huye, y el marido dió unas grandes palmadas y se dispuso a pagar.

—¡Ah, no!—dijo ella—. Yo quiero aún un chocolate.

El mozo fué, y el marido pidió el chocolate como para que se diese colorete en los labios su querida mujer.

Margot, de nuevo tranquila, se puso a leer la carta, concediendo a cada coma una mirada a Gustavo.

Había llegado a su algidez la escena de amor, jamás desenlazada tan perfectamente en un café, entre la mujer, su esposo, que lee el periódico o el *Botin* con lectura para cien años, y el amante.

El café aburrido de todos los días, con mujeres que no acababan de ser infieles al que estaba a su lado, aunque le daban besos que iban a buscar por tres bandas al hombre solitario, ya tendría una aventura para vivir durante todas las tardes con suficiente novelería.

Por fin, tomado el chocolate, se levantó el marido, y encima le saludó al pasar por el estrecho camino entre los mármoles. Ella le tiró un beso.

XXXIV

Otra mujer de París.

Aquella mujer gastaba todos los días un sombrero, que a la mañana siguiente aparecía en la basura como un gallo muerto y desperdiciado; uno de esos gallos que la aprensión hace tirar porque han muerto de enfermedad.

¡Terrible mujer aquella de las ligas con cascabeles!

La había encontrado, no sabía dónde, una noche y para continuar a su lado le repetía siempre:

—¡Da gracias a mí, que te salvé la vida!

Gustavo veía cómo iba ajándose su traje; cómo su única camisa era lavada por ella en la jofaina del lavabo, y cómo sus medias al ser lavadas también en la jofaina parecía que iban a desteñirse por como se quedaban de ablandadas y de derretidas aquellas medias como de tinta china, de seda brillante.

Se veía que no quería ir por su casa, que había perdido toda su ropa, que tenía miedo de volver al cuarto en que tenía el baúl.

Gustavo, que notaba que había trastornado el último destino de aquella mujer, la comenzó a comprar cositas, y pronto tuvo ella una maleta que vomitaba cintas y que casi no podía cerrarse.

Aquella mujer le confesó un día que sus amigos habían intentado matarle una noche, y que ella había gritado hasta salvarle, hasta que acudieron a salvarle las bicicletas silentes de la policía.

Gustavo no se acordaba de nada de aquella aventura.

Aquella mujer era un coleccionista en medias...

—Si yo fuese muy rica—decía—, compraría todas las medias de los grandes almacenes para no tener que zurcirlas nunca ni pensar en sus puntos idos...

—Y yo compraría todos los pañuelos para que nunca me dijesen las criadas que no tenía ninguno.

Ella guardaba medias y medias en las cajas aplastadas, y sentía la alegría de conseguir una más. Si Gustavo quería que estuviese contenta, la tenía que regalar una caja de medias.

—No podrá conmigo la miseria. Tardará muchos años en llegar si tengo medias de seda de repuesto... Con cualquier falda, eso es lo de menos, haré conquistas si tengo medias cuya tersura tiente todas las miradas... Mientras pueda, un sombrero cada día; y cuando no pueda, medias nuevas siempre, pues es ése mi único ahorro...

El Incongruente se sentía arruinado por aquel despilfarro, pues ella metía la mano en el agua de todo escaparate y sacaba algo en limpio.

—Parece que bailas en todo escaparate... Pareces la debutante asomándose al escenario...

—Bonita imagen.

Y se puso a bailar frente al escaparate de cuadros ante el que estaban parados.

Todo fué bien hasta que una tarde, viendo el museo Grevin de muñecas de cera, se le perdió, entre las muñecas de cera—¡siempre esa dualidad entre la cera y la carne que perseguía su vida!—, y por más que avisó a la dirección del Museo y todos los empleados se dieron a buscar aquella mujer, no se la encontró entre las inmóviles muñecas de cera, entre las que podía estar ella disimulando su ser humano, aunque para descubrirla el director las daba a todas una palmada en la cara.

XXXV

La niña de las Tullerías.

«¡Vamos, milagro que veo una niña en París!», se dijo Gustavo, y se sentó en aquel trecho en que jugaba la niña con la arena, levantando sus falditas al bajarse a coger más arena, con un movimiento de *bouquet* que se ofrece, siendo como el blanco encaje de papel el cuellecito de holanda del *bouquet*, la puntilla de su enagua.

Gustavo estaba encantado y esperaba que la niña se volviese hacia él, cosa que sucedió al verter el flan de su cubo en el banco en que estaba sentado Gustavo.

—¡Ah, caballero!, ¿le molesto?

Gustavo no supo qué responder, sorprendido del tono de mujer con que le había dicho eso la niña.

—Usted no me molesta de ninguna manera.

—Si quiere, dejo de jugar y nos ponemos a hablar de amor...

Gustavo, más sorprendido que nunca, miró a la niña y creyó notar que sus ojos eran ojos de mujer, ojos de máscara engañosa.

La niña se puso a hablar de amor y cómo ella con el que se casase vendría a las Tullerías todas las tardes a las cinco: «Esa será mi única condición.»

«Realmente—pensaba Gustavo—, la niña es demasiado opulenta para ser una niña, y su carne está demasiada cuajada a un fuego lento... Debe de tener la edad de una jovencita, aunque sea una niña.»

—¿Quiere venir a mi casa?... Le presentaré a mi

papá... Soy hija única, y mi papá es el mejor repostero de París...

Gustavo se fué tras ella, y llegaron frente al mejor establecimiento de conservas, embutidos y aves frías de París...

—Papá—dijo la niña en el despacho de su padre—: he simpatizado tanto con este joven, que te presento mi futuro esposo.

—Caballero: Se llevará usted a la señorita de mejor carne de París... Todo en ella está fabricado con las conservas y los alimentos de las mejores marcas... Lo llevo apuntado: se ha comido ella sola diez mil capones de Bayona...

Los largos cuchillos con que se parte el queso brillaban sobre el mostrador, invitándome a probar la exquisita esquina del hombro de la niña...

Si hubiera seguido ponderándola su padre, Gustavo hubiera cometido el atentado antropófago; pero sucedió una de esas cosas frecuentes en las tiendas: que el enredo de un dependiente tiró unas cuantas botellas, como el jugador de bolos cuando hace la jugada máxima.

Se produjo un gran revuelo en la tienda, porque pareció que toda ella se venía abajo, y aprovechando ese descuido, Gustavo huyó de la niña de las Tullerías.

XXXVI

Las actrices de las cortinas.

Por fin, aquella noche entraba solo en su cuarto de hotel, tranquilo de haber roto con aquellas mujeres casuales que, sin tener en cuenta que eran las mujeres casuales, querían ser sus mujeres para toda la vida. ¡Todo para toda la vida, cuando él era *el Incongruente!*

Las cortinas estaban echadas sobre los balcones; todo el cuarto, lleno de la soledad tranquila. Por fin iba a dormir en su cama, esa cama francesa cuya colcha cubre las almohadas y sugiere así como la serenidad y el yacimiento de un muerto, bastando un crucifijo sobre la cama para dar toda la ilusión. ¡Camas de muerto, en que se descansa como muertos!

El Incongruente estaba ya rendido de París, y mañana saldría para Madrid, pues allí la velocidad de las incongruencias era menor.

En el fondo de su alma sentía recelo de la habitación. Si él se hacía acompañar siempre por gentes distintas; si él se prestaba a toda casualidad, era por evitar mayores complicaciones, para que hubiese testigos frente a toda incongruencia excesiva.

Tenía un gran miedo de que se atreviese todo con él, ya que era el predestinado a soportar todos los atrevimientos de que están deseosas las cosas.

Cansado, se acostó en la cama, sobre el supuesto

cadáver, y comenzó a mirar la monotonía de las flores del empapelado. ¡Ni por casualidad eran distintas! Su repetición daba la sensación de un mareo, de esos mareos agudos en que vagan los anodinos globulillos de luz en las pupilas.

Con los ojos entornados miraba el lavabo con trazas de tocador de señora, con su *bidet* abajo, *bidet* que en el cuarto del hombre es como si fuese el estuche de una lira. ¡Y que no había que tener poco cuidado con cada pieza! El había roto una vez una jofaina y le habían cobrado por ella tres mil francos. «Es una pieza única y ya inencontrable», le decía la dueña, y él sintió que realmente era posible que se necesitasen rehacer dos revoluciones para llegar a la hora en que se fabricó aquella jofaina. Y pagó los miles de francos con benevolencia.

«La vida no ensucia ni inutiliza demasiado las cosas», pensaba *el Incongruente*.

En eso se abrieron las cortinas, de pesado paño, del color sucio de hoja seca y húmeda, y aparecieron dos rostros sonrientes, pero sin burla, de un modo tímido, como con sonrisas de debutante. Eran dos jóvenes de ojos azules muy hundidos, en cuyas mejillas salientes parecía que se había estacionado el polvo, agravando su demacración los contornos muy dibujados y obscurecidos.

El, sin abrir sus párpados, como adormilado, las oyó el monólogo de su razón de ser. Eran las actrices de las cortinas de las ventanas de hotel, unas simples aficionadas, las últimas de los aficionados, las más pobres, las que no eran admitidas ni en las sociedades de los voluntarios del arte dramático; las pobrecitas que se contentaban con jugar a la escena escondiéndose detrás de las cortinas del hotel.

—Somos las primeras actrices de los balcones—dijo una hablando por las dos—. Somos las que estamos siempre escondidas, alegres de estar detrás de un te-

lón, mirando por la rendija que queda entr las cortinas, satisfechas de estar del otro lado de la sala, del lado en que realmente queda el escenario... ¡Si recogiésemos alguna vez un ramo de flores!

El Incongruente se durmió mirando esas apariciones tan justificadas por las cortinas corridas.

XXXVII

En el cinematógrafo, «ella» a su lado y la «film» del destino.

Por huir de las cosas de la calle, de la gran irregularidad de los acontecimientos y del empedrado, se metió en el *cine.*

Llevaba en el bolsillo las gafas azules con que veía las películas, pues su gran descubrimiento era ése: que el cinematógrafo padece una atrofia de lo azul, que es lo peor que tiene. En el mismo Kinemacolor el azul no puede ser compuesto y los cielos resultan verdosos. Gracias a sus gafas azules, el cinematógrafo no era aquella cosa pálida, falsa, desaborida que solía ser. Las gafas azules, que por la calle son tan incongruentes, tenían una aplicación en el *cine.*

La obscuridad de la sala le producía el buen efecto de un baño de placer. Se sentía perdido, en otros climas y en otras latitudes, viajero por un túnel extraordinario, que daba de pronto en una luz con tono de desembocadura de túnel, a regiones lejanas y con mediodías esplendorosos y más jóvenes que el de hoy, y, ¡parece mentira!, más que los de mañana y mediodías del ayer, que era mucho más joven que el engañoso pasado mañana.

Sólo le sacaba de su huída en la obscuridad de la sala, de su alejamiento de todos, el que alguien moviese nerviosamente un pie y diese a toda la fila de

butacas esa nervosidad, que es como un sanguiñuelo para el pobre espectador tranquilo y descuidado.

El Incongruente se solía escapar a la incongruencia en la atmósfera muerta del *cine*, donde no sucede nada; el sitio vano, vago, engañoso, en que no hay acción ninguna, sino una especie de contemplación absurda.

Los cinematógrafos eran sus rincones de descanso, y se sentía en las butacas como en un medio de locomoción que, sin ser el tren, tampoco era el aeroplano y tampoco el vapor ni el automóvil.

En esa especie de *steamer* del silencio y de la obscuridad huía de los acreedores de su incongruencia, pues ya se sabía que si estaba en un teatro, los acontecimientos se enzarzaban con él.

Con sus lentes azules encima resultaba como disfrazado en los entreactos, escondiéndose también en tan rápido esclarecimiento de la sala bajo el ala de su sombrero, que se calaba en cuanto daban la luz.

Aquella noche iba bien la sesión, iban bien las horas, cuando de pronto apareció una película norteamericana, de la que era él el protagonista, él, con su mismo rostro, su misma expresión, todo lo mismo; y por si lo dudaba, hasta el alfiler de corbata y la leontina del reloj.

Tenía realmente algo de trasunto de una cosa sucedida en otra encarnación, si los hechos y todo el ropaje de la película no fuesen contemporáneos. ¿Cómo podía ser él aquel personaje de película, cuando nunca, ni en sueños, había pasado por aquellos parajes ni había reconocido a aquellas gentes?

Pero el caso es que, a medida que pasaba la película, se sentía más el mismo en el gran espejo. Ahora era él el que movía toda la fila de butacas, completamente nervioso por los acontecimientos paradójicos, capaces de trastornar a otro que no fuese él, que se sabía el mártir de la incongruencia, algo así como el

redentor de los pequeños incongruentes; el que, como hijo otra vez de Dios, iba a conseguir, gracias a la gravedad de sus incongruencias, el perdón de su padre y señor para todas las insignificantes incongruencias de los hombres.

El Incongruente quería recordar aquellas mujeres, sobre todo la que era con el protagonista del cinemadrama; pero no podía hacer memoria, y cuidado que resultaba claro que se miraban a los ojos y se besaban en varias ocasiones.

El Incongruente sospechaba una cosa que había sospechado siempre: que los grandes funcionarios del *cine*—¿se puede decir actores realmente?—eran, más que seres reales, representantes ideales, fantasmas de otros seres vivos que vivían su vida, sin mezclarse al *cine*. Por eso él, que tenía tipo y alma de personaje de *cine* en una *film* llena de peripecias, de esquinazos del Destino, de casualidades, de incongruencias, había sido escogido entre los tipos humanos para representar ese papel. Lo de menos era el que llevó sobre sí el trabajo corporal del papel, ser que no tenía que ver nada con la vida de las peripecias y que, como todos los personajes de *cine*, reciben por delegación las aclamaciones. ¿Qué fué Charlot sino un fenómeno del siglo, el caso de cien Charlots más auténticos que el que era, por decirlo así; el Charlot mecánico, el representante de los Charlots perdidos por el mundo en existencias mediocres, pero con sincero sentimiento de Charlots, con desinteresado *charlotismo*, incapaz de la especulación, ni en el gran mercado de Charlots, que son los Carnavales?...

El Incongruente se cercioraba de su teoría de la duplicidad de los grandes tipos para la vida y para el *cine*, sin dejar de ser ellos mismos, aunque no tengan idea de lo que hicieron hasta encontrarse en la película.

El Incongruente, cada vez más nervioso, notó que

producía no sólo la vibración de todas las butacas de la sala, contagiadas por su pie, que pedaleaba sin tregua, sino que producía un ruido como de insistente carraca por la dureza y rigidez de sus suelas dobles.

Serenándose en seguida, contuvo su pierna loca, pespunteadora, manipuladora, que parecía ser la que movía y desenrollaba la oscilante película.

La mujer de al lado enredaba su pierna a la suya, como dando varias vueltas alrededor de ella, como si fuese una maciza enredadera. El se sentía complicado ya en vista de aquello, y sentía que ni en la obscuridad iba a estar libre de asechanzas. La serpiente de aquella pierna se liaba a la suya como el bandaje de los alpinistas.

No se había fijado en aquella mujer de su vera ni poco ni mucho. Sólo sabía que tenía a su derecha un viejo que parecía un cura disfrazado, y a la izquierda, una mujer de pelo rizado y con orgullosa gola, a la que no había querido ni mirar, para castigar la presunción de ese decorado pretencioso que la hacía sacar mucho el cuello.

Distrayéndose un poco de la película y abriéndose paso en la obscuridad como nadador que escarba más que nada en el agua espesa y contradictoria, *el Incongruente* buscaba el rostro de aquella mujer, que parecía sorberle la vida con aquella vuelta de tirabuzón con que le había aplicado su pierna panzudita, huesuda y, sin embargo, flexible.

La luz estalló en la sala como una gran bomba que hubiese herido a todos los espectadores, y *el Incongruente* miró entonces a aquella mujer que hasta un momento después de encenderse la luz tuvo enredada su pierna a la suya, como liana viva que le sujetase por siempre, y vió con sorpresa que tenía todo el rostro de la que junto a él había sido protagonista en la película.

Eso le cercioraba más de su teoría del cinematógrafo; eso le llevaba a una evidencia delirante. Igual que los grandes dramas, las grandes películas sorprenden hasta el parecido de los caracteres humanos que se han aproximado o que se aproximarán con la misma lógica que en la película, pero reunidos y formados por la casualidad.

El Incongruente se quitó los lentes para que ella le viera mejor y se diese cuenta del fenómeno; pero ella le dijo en voz baja y sonriendo, como ante una coquetería:

—Si ya le he visto.

El entonces se puso a hablar con ella con la naturalidad con que acogía lo más extraño.

—¿Se ha fijado que yo soy el protagonista de esa película?

—Sí—contestó ella—; y yo la protagonista. Por eso he enredado mi pierna a la suya. ¿O usted cree que eso lo hago con mi vecino de butaca siempre?... Pues no, señor...; ¡no faltaba más!

—¿Usted conoce el tercer episodio?

—No—contestó ella.

—¿Qué nos irá a pasar?

—Después de los peligros que hemos corrido en los otros dos episodios, no creo que nos pase nada malo... El tercer episodio es el del descanso, es el de cerrar la puerta de la vida a la fisgonería de todos...

—Nuestro destino—dijo él—está fotografiado en el resto de la película... No tiene remedio...

—No me negará usted—replicó ella—que esto es extraordinario y curiosísimo... ¡Eso no les pasa nada más que a nosotros!...

Aquella gran familiaridad con que dijo el «nosotros» le encadenaba tanto a ella, que fué el martillazo, el fuego, la soldadura que le encerró por la cintura al mismo aro que encerraba la de ella.

La luz se apagó como la de una gran alcoba donde

todos van a volver al sueño interrumpido. El *tic* del aparato del cinematógrafo era como el tictac del despertador en la mesilla de todos.

El sobre de la segunda serie, o sea el encabezamiento pomposo que volvía a repetir el título de la película, se rasgó para los dos, con inquietud de ver lo que venía detrás, de leer las posdatas.

La pierna blanda y dúctil de ella volvió a dar dos vueltas inverosímiles a la de él, prestándole confianza en el desenlace ansiado.

Ya se conocían. Ya no sentía él tanta extrañeza por las cosas que le sucedían, que no eran tan extrañas, porque eran las que tenían que suceder. Era fatal. Ahora sí que no intentaría escaparse al Destino.

Ella también asistía con fe al resto de la película. Era como una amonestación la que le parecía ir a oír, la tercera amonestación.

En efecto; después de mirarse en la claridad estupenda y optimista de la película, se celebró la boda, una boda suntuosa de película, sin la limitación de las bodas confinadas de teatro.

Los dos vieron cuándo se iban a encender las luces, cuándo iban a volver a la realidad; pero no quisieron aceptar la luz y se besaron. La luz les cogió con los labios unidos, con el cosido sin costura del beso, y se levantó el murmullo vengativo. El público, que había resistido que los dos protagonistas se besasen con hartura en la película, no admitía aquellos besos, que además, ¡oh incongruente casualidad!, se los daban los mismos protagonistas, los que eran tan parecidos a ellos que era como si fuesen ellos mismos.

—¡A la Comisaría!

—¡A la Inclusa!

—¡Al matadero!

Se oía que voceaban de todos lados, y en medio del tumulto, *el Incongruente* salió a la calle del brazo de su prometida, como los protagonistas de la *film* ha-

bían pasado por un paso de alfombrilla muy parecido después de la ceremonia... ¡Lerdo público! ¡No darse cuenta de que eran los mismos, aunque ella no llevase el traje de las novias ni él la levita acampanada!

Ya en la calle, se sintieron unidos para siempre.

—¿Podemos decir o hacer algo que nos una más que todo lo que ha sucedido?

—Nada... Es verdad—dijo ella.

—Si se pudiesen proyectar de alguna manera los destinos, no sería por medio de la escritura en una lectura interminable, no, sino así, por medio de la película...

—Yo no tengo el pasado accidentado y revuelto que tiene la protagonista; pero quiero tener el mismo desenlace...

—Yo no diré tanto; a mí me ha gastado la vida tantas bromas, tantas cuchufletas, tantas pegas, que bien puedo ser, en menos trágico, ese personaje que encuentra tantos obstáculos y tantas falsas señales en su camino... Yo soy *el Incongruente,* que si no hubiese visto tan trazado su destino, si no hubiese tenido la evidencia de haberlo hallado que he tenido esta noche, siempre hubiese sido *el Incongruente*...

—¿Quieres conocer a mi madre?—dijo ella.

—¿No es la de la película?—preguntó él con cierta burlonería.

—Para casualidad creo yo que basta la nuestra...

—Sí... Ya lo sé... Somos nosotros sólo los que hemos coincidido... Ni nuestros padres ni nuestros hijos serán tan lógicos...

El Incongruente subió; conoció a la madre, presentado por la hija como «un novio antiguo, al que no se había atrevido a presentarle hasta el día de la petición de mano».

La madre lloró, porque así como sabía la Providencia que aquello tenía que suceder y hasta estaba «fil-

mados hacía tiempo, la pobre madre no lo esperaba, francamente no lo había sospechado siquiera.

Después, todos fueron preparativos sin ninguna peripecia, y a los pocos días se casaban en el Juzgado de Paz, acabando en aquel mismo instante la incongruencia del *Incongruente*, la vida novelesca de Gustavo.

FIN

INDICE

17225

LIBROS DE AVENTURAS
DE LOS MEJORES AUTORES CLÁSICOS Y MODERNOS

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

GUSTAVO AIMARD.—«Los tramperos del Arkansas». Un tomo. Cuatro pesetas.
ALFREDO ASSOLLANT.—«Aventuras del capitán Corcorán». Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
FENIMORE COOPER.—«El cazador de ciervos». Dos tomos. Cada uno, cuatro pesetas.
— «El último mohicano». Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.
MAYNE REID.—«Los tiradores de rifle». Un tomo. Cuatro pesetas.
— «El jinete sin cabeza». Dos tomos. Cada uno, cinco pesetas.
ROBERTO L. STEVENSON.—«La isla del tesoro». Un tomo. Cuatro pesetas.
— «David Balfour». Un tomo. Tres pesetas.
JULIO VERNE.—«De la Tierra a la Luna». Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
— «Alrededor de la Luna». Un tomo. Tres pesetas.
BALLANTYNE.—«La isla de coral». Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
— «Los mercaderes de pieles». Un tomo. Cinco pesetas.
KINGSTON.—«A lo largo del Amazonas». Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.
— «Salvado del mar». Un tomo. Cuatro pesetas.
MARRYAT.—«Propiedad del Rey». Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.
— «La marina mercante». Un tomo. Cinco pesetas.
DANA.—«Dos años al pie del mástil». Un tomo. Tres ptas.
DEFOE.— «Robinsón Crusoé». Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.
MALOT.—«Aventuras de Román Kalbris». Un tomo. Tres pesetas.
WYSS.—«El Robinsón Suizo». Un tomo. Cuatro pesetas.
SWIFT.—«Viajes de Gulliver». Un tomo. Tres pesetas.
GERARD.—«El matador de leones». Un tomo. Tres ptas.

LIBROS DE LA NATURALEZA

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la tierra, por *J. Dantín Cereceda,* profesor en el Instituto de San Isidro. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas. 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

EN PRENSA

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*.
Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*.
La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*.
Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*.

